

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*

Aprender a recibir



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Jacques Philippe

SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS

Aprender a recibir

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

PRESENTACIÓN

Los capítulos de este libro tienen distintos orígenes. Algunos son artículos ya publicados en revistas, otros son conferencias que he pronunciado en estos dos últimos años en diferentes lugares y que he revisado para mejorar el texto. Me ha parecido que valía la pena agruparlos en una publicación, para hacerlos accesibles a un mayor número de personas y animarlas en su vida cristiana.

Tratan de diversos aspectos de la vida espiritual que profundizan o completan lo que ya he tratado en mis libros anteriores: la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz del corazón, etc...

Lo que proporciona unidad a estos capítulos es la visión de que la existencia cristiana no consiste ante todo en un esfuerzo humano inquieto y tenso, sino en la acogida del don de Dios. «*¡Si conocieras el don de Dios!*», dice Jesús a la mujer de Samaría en el Evangelio de Juan (*Jn 4, 10*). El cristianismo no es una religión del esfuerzo humano, sino una religión de la gracia divina; cuando la Iglesia canoniza a uno de sus hijos, celebra sin duda la respuesta de una persona a la llamada de Dios, pero sobre todo glorifica la misericordia del Padre, la fuerza que tiene esa misericordia para transformar una vida. «*Por gracia habéis sido salvados mediante la fe; y esto no procede de vosotros, puesto que es un don de Dios*», afirma san Pablo en la carta a los Efesios (*2, 8*).

Ser cristiano no es ante todo una tarea que cumplir, una lista de cosas que hay que hacer, sino sobre todo acoger, mediante la fe (una fe llena de esperanza y amor), el don inmenso que se nos ofrece gratuitamente. Vivir el Evangelio es aprender a recibir, con todas las limitaciones y fragilidades humanas, toda la riqueza del amor misericordioso del Padre, dejarse transformar por él día tras día, responder libre y generosamente a este amor, y

compartirlo con quienes el Señor pone en nuestro camino.

Más que nunca, Dios desea revelarse y comunicarse. Nada le agrada más que encontrar corazones que acojan, con total confianza y disponibilidad, el don continuamente renovado de su amor. Ojalá este libro ayude a los lectores a perseverar en la fe, la esperanza y la caridad, para estar siempre abiertos a la acción del Espíritu Santo, y anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo, para que «*toda carne vea la salvación de Dios*», según la promesa de la Escritura (Cfr. *Lc 3, 6*).

1. LA RECEPTIVIDAD ESPIRITUAL

INTRODUCCIÓN

La cuestión fundamental de la vida cristiana es la siguiente: ¿cómo recibir la gracia del Espíritu Santo? ¿Cómo permanecer siempre abiertos a su acción?

«El fin de la vida cristiana es la adquisición del Espíritu Santo», decía Serafín de Sarov, uno de los más grandes santos de la Iglesia rusa, muerto en 1833. El padre Marie-Eugène del Niño Jesús¹ afirma:

«La unión con el Espíritu Santo no es un lujo de las cumbres de la vida espiritual... No, es el primer acto, la primera necesidad.»

En efecto, sin la gracia del Espíritu Santo, no podemos hacer nada bueno ni duradero: «*Sin mí no podéis hacer nada*», dice Jesús (Jn 15, 5). El salmo 126 dice también: «*Si el Señor no edifica la casa, en vano se afanan los constructores; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas*», y añade con un cierto humor: «*En vano madrugáis, y os vais tarde a descansar los que coméis el pan de fatigas; porque Él se lo da a sus amigos mientras duermen*».

Evidentemente, eso no quiere decir que debamos pasar nuestras jornadas en un sillón, pidiendo al Espíritu Santo que haga nuestro trabajo. La acción del Espíritu no sustituye a nuestras facultades humanas, pero las sostiene y las orienta. Una de las primeras condiciones para recibir al Espíritu Santo es la generosidad en el servicio y la entrega de nosotros mismos: dando es como se recibe.

Este salmo nos recuerda, sin embargo, una verdad fundamental: si nuestra reflexión y nuestra actividad no son iluminadas y sostenidas por la gracia divina, corren un riesgo serio de quedar estériles. Podemos a veces agotarnos en unas empresas que no producen nada fecundo ni duradero, porque

actuamos según nuestros pensamientos y nuestras propias fuerzas, en lugar de ser conducidos por el Espíritu.

Se podrían dar muchas otras razones por las que la apertura al Espíritu es tan importante. Solo el Espíritu Santo nos conduce a una verdadera libertad. «*Donde está el Espíritu del Señor hay libertad*» dice san Pablo (2 Co 3, 17). Solo el Espíritu Santo nos hace descubrir y profundizar de continuo en nuestra verdadera identidad, la de hijos de Dios:

«*Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “¡Abbá, Padre!”*» (Ga 4, 6).

Algunas personas tienen la impresión de que ser cristiano consiste en hacer un cierto número de cosas y que, cuantas más se hacen, mejor cristiano se es. Eso no corresponde en absoluto al Evangelio. Lo que importa en la vida cristiana no es precipitarse en una multitud de obras exteriores, sino descubrir y practicar las actitudes y comportamientos que nos abren a la acción del Espíritu. Todo lo demás vendrá de ahí, estaremos entonces en condiciones de cumplir «*las buenas obras que Dios había preparado para que las practicáramos*», según expresión de san Pablo (Ef 2, 10).

En la vida espiritual, se trata no tanto de *hacer*, cuanto de *dejarse hacer*, de dejar que Dios actúe en nosotros, pase a través de nosotros.

Hagamos sin embargo un comentario útil a propósito de la acción del Espíritu Santo en nuestra vida. A veces, el trabajo del Espíritu Santo es perceptible, sentimos su presencia, su unción, pero con más frecuencia es secreto. A veces también, el Espíritu nos enriquece con algunos dones: carismas, gracias, inspiraciones, etc. Pero otras veces nos empobrece: nos hace tomar conciencia de nuestra miseria radical. No se puede medir la presencia y la acción del Espíritu con criterios superficiales. A veces es sensible, y a veces escondida. A veces gozosa, a veces dolorosa. Poco importa que la acción del Espíritu sea perceptible o no, que sea consoladora o nos ponga a prueba: siempre es fecunda. Lo que cuenta es practicar las actitudes que nos hacen receptivos a ella.

La vocación cristiana nos llama a dar mucho. Pero para dar mucho (sin que el don de sí acabe en agotamientos, amarguras o desilusiones), es

necesario aprender a recibir. «El mérito no está en hacer o dar mucho, sino más bien en recibir, en amar mucho», dice Teresa de Lisieux².

Necesitamos *aprender a recibir*. Eso es lo más importante, pero también suele ser lo más difícil en la existencia cristiana.

Sucede que nos cuesta dar, porque estamos encerrados en nuestras avaricias, nuestros egoísmos, nuestros miedos. Pero también solemos tener dificultades para recibir. Observemos que, incluso en el plano humano, es a veces más fácil dar que recibir, amar que dejarse amar. Dar puede suponer una posición ventajosa para nuestro orgullo: soy una persona generosa que da a los demás, que se gasta por ellos... Recibir es a veces más difícil. Supone una cierta humildad (reconocer que necesito al otro) y requiere también una confianza en el otro, una apertura al otro que no siempre es espontánea.

Todo esto para decir que «recibir» no es siempre tan fácil como se podría pensar. Es sin embargo la actitud fundamental de la vida espiritual, pues somos criaturas y dependemos totalmente del Creador. Somos también personas que necesitan ser salvadas, que dependen enteramente de la misericordia de Dios, algo que nos cuesta admitir. De hecho, todos pretendemos más o menos conscientemente ocupar el lugar de Dios, ser nosotros mismos la fuente de lo que somos y realizamos. Necesitamos comprender que lo más esencial y más fecundo de la vida humana es por el contrario una actitud de acogida, de receptividad, diría incluso de pasividad.

Es pues vital aprender a recibir, recibirse a uno mismo y recibirlo todo de Dios. En la medida en que aprendemos a recibirlo todo de Dios, podemos dar a los demás lo mejor de nosotros mismos.

Por eso, quisiera describir ahora las disposiciones que me parecen más importantes para conseguir una constante receptividad a la gracia de Espíritu Santo. Serán ocho. Esta cifra es, por supuesto, un poco arbitraria, pues no se pueden cortar los diferentes aspectos de la vida espiritual en porciones distintas, y se podría presentar de otro modo el tema que quiero tratar. Pero me ha parecido útil agrupar en ocho títulos los diferentes aspectos de la vida cristiana que permiten la apertura a la acción del Espíritu. Estos puntos son bien conocidos, pero me parece interesante recorrerlos desde el punto de vista de la noción sobre la que tanto insisto: la «receptividad». Cada uno de estos puntos podría desarrollarse mucho más de lo que voy a exponer³. Me

contentaré con decir lo esencial, pues mi objetivo es presentar una visión sintética de esta cuestión.

LA PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Leamos las preciosas palabras de Jesús en el evangelio de Lucas:

«Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pez, en lugar de un pez le da una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le da un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lc 11, 9-13).

La primera condición para recibir el Espíritu Santo es pedirlo en la oración, sencillamente. Por supuesto, es necesario que esta oración esté animada por un gran deseo y que sea perseverante... Pero nos permitirá obtener lo que necesitamos para vivir nuestra vocación cristiana. Me parece que estas palabras de Jesús: «*Pedid y se os dará...*» son quizás las más consoladoras de toda la Escritura. Ante nuestras necesidades, nuestras dificultades, Jesús nos invita a no inquietarnos, a pedir sencillamente al Padre lo que necesitamos y él nos lo concederá. Dios oye la oración del pobre. Sobre todo si pide este bien esencial que es la gracia del Espíritu Santo.

Además de esta oración de petición, debemos también practicar la oración silenciosa, que es esencialmente una oración de receptividad. Cuando dedicamos unos tiempos a la oración personal, a la adoración —algo absolutamente indispensable, sobre todo hoy—, no se trata de hablar mucho, de hacer mucho, de pensar mucho, sino sobre todo de acoger en la fe y el amor la presencia de Dios. La oración más profunda y más fecunda es la oración de pura receptividad.

Aparte de los tiempos particulares que dedicamos a la oración personal o comunitaria, conviene hacer de toda nuestra existencia una conversación con Dios, según la invitación de san Pablo: «*Orando en todo tiempo movidos por el Espíritu*» (Ef 6, 18). San Juan de la Cruz da este consejo:

«Toma a Dios por esposo y amigo con quien te andes de continuo, y no pecarás, y sabrás amar, y haránse las cosas necesarias prósperamente para ti⁴».

Todos los aspectos de nuestra vida pueden alimentar esta conversación con Dios: lo que nos parece bueno para darle gracias, las dificultades para invocarlo, e incluso nuestras faltas para pedirle perdón. Hay que hacer fuego de toda leña; todo puede alimentar y profundizar nuestra relación con Dios, el bien y el mal.

LA CONFIANZA

La confianza es claramente una actitud de apertura. Se es acogedor, receptivo, con quien se tiene confianza. Por el contrario, la incredulidad, la duda, la sospecha, la desconfianza son actitudes de cerrazón. Lo primero que Dios nos pide no es que seamos perfectos, es que confiemos en él. Lo que más le desagrada no son nuestras caídas, sino nuestras faltas de confianza. Cuanto más confiamos en él, más recibimos el Espíritu.

Veamos unas palabras de Jesús a santa Faustina:

«Las gracias de mi misericordia se obtienen con la ayuda de un único medio que es la confianza. Cuanto mayor es su confianza, más recibe el alma. Las almas de una confianza ilimitada me dan una gran alegría, pues vierto en ellas el tesoro entero de mis gracias. Me gozo en que esperan mucho, pues mi deseo es darles mucho, darles abundantemente. Por el contrario, me entristece que las almas esperen poco, que encojan su corazón⁵».

La confianza y la fe tienen un poder inmenso para atraer la gracia de Dios. Como lo ha comprendido bien Teresa de Lisieux, Dios tiene un corazón de Padre y no resiste ante la confianza filial de sus hijos. En particular para concederles el perdón que tantas veces necesitan. En una carta al sacerdote Bellière, lo explica con esta parábola:

«Quisiera intentar haceros comprender, mediante una comparación muy sencilla, cuánto ama Jesús a la almas, incluso imperfectas, que tienen confianza en Él: supongamos que un padre tiene dos hijos traviesos y desobedientes, y que cuando va a castigarlos ve a uno que tembla y huye con miedo, aunque tiene en el fondo

del corazón el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja a los brazos de su padre diciéndole que lamenta haberle causado esa pena, que le quiere y que, para probarlo, se portará bien en adelante; y luego este hijo le pide al padre que le castigue dándole un beso. No creo que el corazón de ese padre pueda resistir a la confianza filial de su hijo, de quien conoce la sinceridad y el amor. No ignora que más de una vez su hijo volverá a caer en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre, si siempre su hijo acude a su corazón... No os digo nada del primer hijo, querido hermanito, tenéis que pensar si su padre puede quererle tanto y tratarle con la misma indulgencia que al otro...» (Carta 258).

Una cuestión decisiva, a propósito de la confianza en Dios, es la siguiente: ¿en qué se funda nuestra confianza? ¿En nosotros mismos (en nuestras obras, nuestros logros, nuestros éxitos...), cosa que no es más que confianza en sí mismo? ¿O bien se funda exclusivamente en Dios y en su infinita misericordia? Lo que quiere decir que incluso en la pobreza, el fracaso, las caídas, esta confianza se mantiene firme. La verdadera confianza, la que está fundada en Dios cuyo amor no cambia jamás, es la que practicamos no solo cuando todo va bien, cuando estamos satisfechos de nosotros mismos, sino igualmente cuando nos enfrentamos a nuestras limitaciones y miserias. «Aunque yo hubiese cometido todos los crímenes posibles —dice Teresa— tendría siempre la misma confianza⁶».

LA HUMILDAD

También la humildad tiene una gran influencia para atraer la gracia del Espíritu Santo. Veamos lo que dice san Pedro en su primera epístola:

«Revestíos todos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia. Humillaos, por eso, bajo la mano poderosa de Dios, para que a su tiempo os exalte» (1P 5, 5).

La humildad es condición esencial para recibir la plenitud de los dones del Espíritu. «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado*», dice el Evangelio (Lc 14, 11).

Hay muchas facetas en la humildad. Consiste ante todo en reconocer

nuestras faltas. El arrepentimiento tiene una gran fuerza para atraer al Espíritu Santo. Consiste luego en reconocer que no tenemos nada por nosotros mismos, que todo nos es dado. Todo lo que somos y todo lo que realizamos es un don gratuito de la misericordia de Dios. Oigamos a Teresa de Lisieux:

«Ser pequeño, eso es no atribuirse a uno mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de cualquier cosa, sino reconocer que el buen Dios pone ese tesoro en la mano de su hijito para que lo use cuando lo necesite; pero es siempre el tesoro del buen Dios⁷».

Ser humilde es también conformarse con nuestra debilidad, reconocer y aceptar nuestras limitaciones. Recordemos las palabras de Teresa de Lisieux:

«Lo que agrada a Dios de mi alma es verme amar mi pequeñez y mi pobreza... Huyamos lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos no sentir nada, entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos, por muy lejos que estemos, nos transformará en llama de amor⁸».

La humildad es, en fin, rebajarse por amor, como Jesús, que lavó los pies de sus discípulos y que decía: «*Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve*» (*Lc 22, 27*).

En el plano humano, se puede ya comprobar: la humildad es una actitud de apertura. Si soy humilde, acepto los consejos, los reproches, acepto recibir algo de los demás. El orgullo es por el contrario una actitud de cerrazón: soy autosuficiente, siempre tengo razón, no necesito a nadie. Eso es aún más cierto en la relación con Dios: cuanto más reconocemos que no somos nada por nosotros mismos y que dependemos totalmente de la bondad de Dios, más estamos en condiciones de recibir su gracia.

Con frecuencia, son nuestras faltas de humildad las que impiden que Dios nos colme tanto como quisiera. Veamos lo que escribe a sus hermanas una monja francesa del siglo XVII, Catherine Mectilde de Bar:

«Dios no desea otra cosa que llenarnos de él mismo y de sus gracias, pero nos vemos tan llenos de orgullo y de estima de nosotros mismos que eso es lo que le impide comunicarse. Pues si un alma no está fundada en la verdadera humildad, es incapaz de recibir los dones de Dios. Su amor propio los devoraría y Dios se ve

obligado a dejarla en sus pobrezas, en su oscuridad y esterilidad, para convencerla de su nada, tan necesaria es esta disposición de humildad⁹».

Alegrémonos pues de todo lo que nos rebaja y nos humilla, exterior o interiormente, pues todo progreso en humildad nos abre más a los dones del Espíritu y nos hace más capaces de recibirllos.

LA OBEDIENCIA

«*Dios ha dado su Espíritu a todos los que le obedecen*», dicen los Hechos de los Apóstoles (5, 32). Un Padre del desierto, Abba Mios de Bélos, no duda en afirmar: «La obediencia responde a la obediencia. Cuando alguien obedece a Dios, Dios también le obedece¹⁰».

Es claro que cuanto más deseemos hacer la voluntad de Dios, tanto más recibiremos la gracia necesaria para cumplirla. Dios concede su Espíritu a quienes están decididos a obedecerle. Dios no niega nada a los que no le niegan nada.

Esta obediencia que, por supuesto, no debe proceder del miedo, sino ser inspirada por la confianza y el amor, es también una forma importante de «receptividad espiritual». Puede presentar formas muy diferentes: obediencia a la Palabra, a la autoridad de la Iglesia, a tal o cual autoridad humana legítima.

Se expresa también al someternos unos a otros por amor, sobre lo que insiste tanto san Pablo: «*Estad sujetos unos a otros en el temor de Cristo*» (*Ef* 5, 21). Cada vez que renunciamos a nuestra propia voluntad, de manera libre y por amor de alguien, eso nos abre a la gracia del Espíritu.

Otro aspecto de la obediencia filial del cristiano es la obediencia interior a las mociones e inspiraciones del Espíritu. La fidelidad a una gracia atrae otras gracias. Cada vez que obedecemos a una inspiración divina, nuestro corazón se dilata y se hace capaz de recibir más gracias.

Quiero insistir además en lo que se podría llamar «obediencia a los acontecimientos de la vida». No consiste en caer en la pasividad o el fatalismo, sino en acoger con confianza las situaciones que atravesemos, en la certeza de que la Providencia del Padre lo dispone todo para nuestro bien.

Esta última forma de obediencia tiene una importancia fundamental. Cuanto más acepto con confianza los sucesos de mi existencia, incluso los que me contrarían, más recibo la gracia del Espíritu Santo. Dios no permite que me suceda algo sin concederme al mismo tiempo la gracia para vivirlo de manera positiva. Aceptando ese suceso, acojo la gracia que esconde. El consentimiento a todos los aspectos de la existencia es una forma fundamental de receptividad al Espíritu. La vida muestra su coherencia y su belleza cuando se la acepta toda entera.

«Es una experiencia cada vez más fuerte en mí estos últimos tiempos: en mis acciones y sensaciones cotidianas más ínfimas se desliza un atisbo de eternidad. No soy la única que está cansada, enferma, triste o angustiada. Lo estoy al unísono con millones de otros a través de los siglos. Todo eso es la vida. La vida es bella y plena de sentido en su absurdo, por poco que se sepa encontrar un lugar para todo y cargar con todo en su unidad. Entonces la vida, de una manera u otra, forma un conjunto perfecto. Cuando se rechazan o se quieren eliminar algunos aspectos, cuando se sigue lo que agrada o el capricho para admitir tal aspecto de la vida y rechazar tal otro, entonces la vida se convierte en algo absurdo. Al perder el conjunto, todo es arbitrario» (Etty Hillesum [11](#)).

Esta forma de obediencia nos recuerda las palabras de Jesús a Pedro, cuando se apareció en la ribera del lago de Tiberiades después de la Resurrección:

«*En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te ceñías tú mismo y te ibas adonde querías; pero cuando envejezcas extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras*» (Jn 21, 18).

Estas palabras se aplican al martirio de Pedro, pero se las puede entender de manera mucho más general. La vida nos conduce a veces por caminos que no hemos elegido, pero a los que tenemos que conformarnos por amor. Ese consentimiento se convierte entonces en fuente de gracia, de unión con Dios, de experiencia de la presencia del Espíritu Santo que viene en socorro de nuestra debilidad. En su primera epístola, san Pedro se expresa así:

«*Alegraos, porque así como participáis en los padecimientos de Cristo, así también os llenaréis de gozo en la revelación de su gloria. Bienaventurados si os*

insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros» (1P 4, 13-14).

Podemos comprender estas palabras de manera muy amplia: cada vez que aceptamos, en la fe en Cristo y por su amor, las luchas y dificultades de la vida, el Espíritu Santo reposa sobre nosotros.

LA PRÁCTICA DE LA PAZ INTERIOR

Si queremos estar abiertos a la gracia del Espíritu Santo, tenemos que esforzarnos, en cuanto dependa de nosotros, por conservar la paz interior.

«Procure conservar el corazón en paz; no le desasosiegue ningún suceso de este mundo; mire que todo se ha de acabar. No pare mucho ni poco en quien es contra ella o con ella, y siempre procure agradar a su Dios. Pídale se haga en ella su voluntad. Ámele mucho, que se lo debe» (San Juan de la Cruz[12](#)).

«*He moderado y acallado mi alma*», dice el Salmo 130. Cuanto más tranquilo y abandonado está el corazón, mejor puede recibir la moción, la luz y la ayuda del Espíritu Santo. Por el contrario, turbarse, agitarse, inquietarse nos cierra a la gracia.

«*Vuestra salvación está en convertiros y en tener calma, vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos*», dice el profeta Isaías (Is 30, 15).

Estemos atentos a este punto importante: solo cuando estamos en paz tenemos buen discernimiento, vemos claro en las diferentes situaciones a que nos enfrentamos y encontramos buenos remedios a nuestros problemas. Es inevitable pasar por momentos de tempestad, de turbación e inquietud, pero debemos ser bien conscientes de que nuestra percepción de la realidad está entonces condicionada por nuestras emociones negativas; hay que esperar que la paz vuelva antes de cambiar cualquier cosa en nuestras resoluciones fundamentales.

Mectilde de Bar da este consejo a una de sus hermanas: «Sea fiel en conservar la paz interior, pues, cuando se la pierde, no se ve ni gota, no se sabe adonde se va[13](#)».

VIVIR EL INSTANTE PRESENTE

Otra condición importante de receptividad al Espíritu Santo es vivir el momento presente. Cuanto más estamos en el instante presente (evitando volver atrás al pasado y las proyecciones en el porvenir), más en contacto estamos con la realidad, con Dios, con los recursos interiores que nos permiten asumir nuestra vida, más receptivos somos a la acción de la gracia. Los lamentos estériles, rumiar el pasado, las inquietudes por el porvenir nos separan por el contrario de la gracia divina. Si sometemos nuestro pasado a la misericordia de Dios, confiamos nuestro porvenir a su Providencia y hacemos hoy sencillamente lo que se requiere de nosotros, dispondremos de la gracia necesaria un día tras otro.

EL DESPRENDIMIENTO

Para dejar al Espíritu Santo actuar en nosotros, se necesita ir ligero de equipaje y desprendimiento. Tener nuestro corazón libre y desprendido de todo. Si estamos apagados a nuestros planes, nuestros modos de ver, nuestro saber, no dejamos sitio al Espíritu. He oído a sor Elvira, fundadora del Cénacle (una piadosa obra que acoje a jóvenes drogadictos), decir en el curso de una conferencia para sacerdotes: «Estoy siempre dispuesta para hacer en los próximos cinco minutos lo contrario de lo que había previsto».

Claro que es necesario tener proyectos, emprender trabajos, pero con un total desprendimiento.

«Que vuestro corazón no sea esclavo de nada. Al formular cualquier deseo, que sea de modo que no sintáis pena en caso de fracaso, mas permanezca vuestro espíritu tan tranquilo como si no hubieseis deseado nada» (Juan de Bonilla, franciscano del s. XVII).

Este desprendimiento nos abre grandemente a la acción del Espíritu.

LA GRATITUD

Esta es otra actitud muy poderosa para atraer la gracia del Espíritu Santo. Así lo asegura santa Teresa de Lisieux:

«Lo que más atrae las gracias del buen Dios, es el reconocimiento, pues si le agradecemos un beneficio, queda tocado y se afana en hacernos otros diez, y si se lo agradecemos con mayor efusión aún, ¡qué multiplicación incalculable de gracias! Lo tengo experimentado: probadlo y veréis. Mi gratitud no tiene límites por todo lo que me da y se lo demuestro de mil maneras¹⁴».

Bajo esas frases ligeras y humorísticas, este texto esconde una verdad muy profunda: la gratitud nos abre a los dones de la gracia. No es que haga a Dios más generoso (ya lo es plenamente), sino que nos vuelve más abiertos y receptivos a su amor, nos despega de nosotros mismos para volvemos enteramente hacia él. La gratitud es muy fecunda, porque es la señal de que hemos comprendido y acogido realmente el amor de Dios, y nos dispone a recibir más: «*Al que tiene se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene (que no reconoce lo que ya ha recibido) incluso lo que tiene se le quitará*», dice Jesús (*Mt 13, 12*).

El amor atrae al amor. La gratitud es una actitud muy eficaz de receptividad, mientras que la ingratitud, la queja, la envidia, la reivindicación nos cierran el corazón y nos privan de los dones de Dios. San Bernardo se expresa de manera análoga en un comentario del episodio evangélico de los diez leprosos, todos curados por Jesús, pero uno solo, un samaritano, viene a darle gracias:

«Bienaventurado quien, ante cada don de la gracia, se vuelve hacia aquel en quien se encuentra la plenitud de todas las gracias. Si nos mostramos sin ingratitud por los bienes recibidos, preparamos en nosotros un espacio para la gracia, a fin de obtener dones mayores aún. Es la ingratitud, y solo ella, lo que nos impide progresar en nuestro compromiso cristiano, pues el dador, considerando como perdido lo que hemos recibido de él sin reconocimiento, se pone en guardia: sabe que cuanto más diese a un ingrato, más echaría a pura pérdida. Bienaventurado pues quien se considera como un extranjero y que, por los menores beneficios, da gracias largamente¹⁵».

Escuchemos el mismo lenguaje en sor Mectilde de Bar:

«Te conjuro, hija mía, para que ocupes toda tu vida en el amor de humilde reconocimiento, en dar gracias a Dios, en alabarle y bendecirle por todos sus beneficios. Es una santa práctica donde encontré maravillas y aumentos de gracias muy particulares. Dando gracias a nuestro Señor, atraes nuevas bendiciones¹⁶».

CONCLUSIÓN

Si tratamos de practicar día tras día las actitudes que acabo de mencionar, estaremos abiertos al Espíritu Santo y él podrá actuar en nosotros. Eso no quiere decir que sentiremos siempre su presencia y su acción, pues con frecuencia son secretas, como ya he dicho, pero los frutos llegarán poco a poco. No se trata por cierto de practicar perfectamente todo lo que he dicho, sino de perseverar, con buena voluntad y sin desanimarse nunca, en esta dirección.

Quisiera hacer dos comentarios para terminar.

El primero es este: las actitudes que acabo de describir son características del alma de María; se puede ver con facilidad. La Virgen no ha cesado de practicar, de manera perfecta, cada uno de estos puntos: oración, confianza, humildad, obediencia, paz, desprendimiento, instante presente y gratitud. El último secreto para recibir la abundancia del Espíritu es confiarnos totalmente a la Virgen santa, para que ella nos enseñe sus disposiciones interiores, nos guarde fieles cada día de nuestra vida y supla lo que nos falte. Cuanto más cerca estemos de María, mejor recibiremos al Espíritu Santo.

Mi segundo comentario es evidentemente un acto de fe: la *confianza* también deriva de la fe. La *humildad* (aceptación de mi pequeñez) es un acto de fe: puedo aceptarme pobre porque pongo toda mi fe en Dios y lo espero todo de Dios y su fidelidad. La *paz* se fundamenta en la fe: ¿cómo estar en paz en un mundo incierto, sino porque apoyamos nuestra fe en la victoria de Cristo? *Vivir el instante presente* es también un acto de fe: pongo en manos de Dios mi pasado y mi porvenir, y creo que Él está hoy conmigo. El *desprendimiento* es del mismo modo un acto de fe: puedo ser libre y desprendido de todo lo de este mundo, porque sé que el amor de Dios es el bien esencial que nunca me faltará.

En cuanto a la *gratitud*, es también una expresión de nuestra fe en la

bondad y fidelidad del Señor.

Estos dos comentarios se resumen en uno: la grandeza de María es la grandeza de su fe. Está llena del Espíritu a causa de su fe, y lo que más desea comunicarnos es precisamente la fuerza de su fe.

Por la fe, se nos comunica toda gracia, todo don del Espíritu, toda bendición divina, como no cesa de afirmar san Pablo. La fe es la esencia de nuestra capacidad de recibir los dones gratuitos de Dios. Se comprende por qué Jesús insiste tanto en este punto en el Evangelio: «*¿Dónde está vuestra fe?*» (*Lc 8, 25*).

- [1] Sacerdote carmelita (1894-1967), autor espiritual y fundador del instituto Notre-Dame de Vie. Su beatificación se anunció en 2016.
- [2] Carta 142.
- [3] Algunos ya han sido desarrollados en mis anteriores libros, en particular, *La paz interior*, *La libertad interior*, *La oración camino de amor*, *Llamados a la vida*.
- [4] *Dichos de luz y amor*, 67.
- [5] Santa Faustina Kowalska, *Diario Pequeño* n. 1578.
- [6] Últimas conversaciones, *Cuaderno Amarillo*, 11 de julio n. 6.
- [7] Últimas conversaciones, *Cuaderno Amarillo*, 6 de agosto n. 8.
- [8] *Cartas* n. 197.
- [9] Catherine de Bar, *Adorer et Acepter*, Cerf, p. 113.
- [10] Apotegma 25, *Los apotegmas de los Padres del desierto*, Monasterio de la Dormición de la Madre de Dios.
- [11] Paul Lebeau, *Etty Hillesum, un itinéraire spirituel*, Albin Michel, p. 179.
- [12] *Obras completas. Dichos de luz y amor.* nn 153-154. Ed. de Espiritualidad. Madrid 1988.
- [13] *Catherine de Bar à l'écoute de saint Benoît*. Bénédictines du Saint-Sacrement, Rouen 1979, p. 65.
- [14] *Conseils et Souvenirs* recuillis par Sr Geneviève, Cerf p. 72.
- [15] Bernardo de Claraval, *Sermones diversos*, 27, 8.
- [16] J. Daoust, *Le Message eucaristique de Mère Mectilde*, Téqui, p. 69.

2. VIVIR BAJO LA MIRADA DE DIOS CON TERESA DE LISIEUX

«La mirada de mi Dios, ¡ese es mi Cielo!»
Poesía 32

IMPORTANCIA DE LA MIRADA EN TERESA

Para Teresa del Niño Jesús, la mirada tiene una gran importancia. Todo puede decirse y comunicarse en una simple mirada cruzada. La mirada recíproca es la comunión más profunda y más rica que pueda darse, a veces ya en esta tierra, pero sobre todo sucederá eso en el Reino: «¡Cuántas cosas que decirnos! Aquí abajo la palabra es impotente, pero allí arriba, una sola mirada bastará para comprendernos¹⁷».

La mirada de amor que se cruza entre Teresa y Jesús es el corazón de su vida contemplativa.

Mirada de Teresa a Jesús, mirada de fe, de esperanza, de amor, y más aún, mirada de Jesús a Teresa. «Necesito la mirada de mi divino salvador¹⁸». «Tu sola mirada hace mi felicidad¹⁹».

La mirada de Jesús es como el espacio del que Teresa tiene absoluta necesidad para vivir, para ser ella misma, para ser libre. Para no quedar atrapada por la mirada de los demás, o en la mirada que dirige a ella misma, como veremos más adelante.

Esta mirada de Jesús no es una mirada que juzga, que acusa, que encierra, sino una mirada que libera, que anima. Una mirada de compasión y de misericordia.

NO ALEJARSE NUNCA DE LA MIRADA DE JESÚS

Teresa ve por primera vez el mar en Trouville, lo que le produce una fuerte impresión:

«Yo tenía seis o siete años cuando papá nos llevó a Trouville. Nunca olvidaré la impresión que me produjo el mar, no podía dejar de mirarlo sin cesar; su majestad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la Grandeza y del Poder del Buen Dios...

»Por la tarde, a la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las olas proyectando ante él un surco luminoso, iba a sentarme sola en una roca con Paulina... Contemplaba largo tiempo este surco luminoso, imagen de la gracia, alumbrando el camino que debe recorrer el pequeño velero de graciosa vela blanca... *Junto a Paulina, tomé la decisión de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús*, para que ella navegue en paz hacia la Patria Celestial²⁰».

Es muy hermosa la intuición de esta chiquilla: para vivir su vocación cristiana, para caminar de manera segura y en paz hacia el Reino, es preciso que no se aparte nunca de la mirada de Jesús.

LA MIRADA DIVINA

Hay diferentes aspectos en la mirada divina. Es la mirada del Creador sobre su criatura, mediante la cual la hace vivir. Es la mirada de ternura del Padre sobre su hijo. Es también para Teresa, que se siente llamada a la vida religiosa, la mirada de Jesús, el Esposo, sobre su esposa. «*Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo*²¹», declara el profeta Isaías.

Vamos a pasar revista a diferentes características de la mirada divina, tal como podemos descubrirlas en las obras de nuestra santa.

Es una mirada que *da la vida*: «Yo, pobre pequeño ser que volvería a la nada si tu divina mirada no me diese la vida en cada instante

²²».

Es una mirada que *escoge*, que *distingue para elegir*. Aquí está todo el misterio de la vocación. Recordemos en el Evangelio la mirada de amor de Jesús sobre el joven rico: «*Y Jesús fijó en él su mirada y quedó prendado de él*» (*Mc 10, 21*).

Volvamos a leer el comienzo del manuscrito A, donde Teresa, por obediencia a su priora, comienza a redactar su autobiografía:

«Antes de tomar la pluma, me arrodillé ante la imagen de María (la que nos ha dado tantas pruebas de las maternales preferencias de la Reina del Cielo por nuestra familia), le he suplicado que guíe mi mano para que no escriba una sola línea que no le agrade. Luego, abriendo el Santo Evangelio, mis ojos tropezaron con estas palabras: «*Subiendo Jesús al monte, llamó a los que quiso, y fueron donde él estaba*» (Mc 3, 13). Ese es, por cierto, el misterio de mi vocación, de toda mi vida entera, y sobre todo el misterio de los privilegios de Jesús para con mi alma... Él no llama a los que son dignos, sino a los que quiere o, como dice [por boca de] san Pablo: «*Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y me apiadaré de quien me apiade*» (Rm 9, 15-16)».

Teresa expresa a menudo este asombro ante la elección gratuita de Dios de su vida. Hablando de ella misma en tercera persona, dice: «Nada era capaz en ella de atraer las miradas divinas, solo su misericordia ha hecho todo lo que hay de bien en ella²³».

Dios no llama a los que son dignos, sino a los que quiere, por pura misericordia: «La mirada inefable de vuestro hijo se ha dignado abajarse sobre mi pobre alma. He buscado su rostro adorable y en él quiero esconderme²⁴». Ella quiere esconderse, refugiarse en esta gracia de la elección misericordiosa de Dios. Quedarse en este rostro donde se encuentra la fuente de su vocación y de toda gracia.

Teresa está maravillada por el amor único que Dios tiene por cada uno, del mayor al menor:

«Así como el sol ilumina al mismo tiempo a los cedros y a cada florecilla como si esta fuese la única sobre la tierra, así Nuestro Señor se ocupa también particularmente de cada alma, como si no hubiese otras; y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas para hacer brotar en el día adecuado la más humilde margarita, así también todo corresponde al bien de cada alma²⁵».

La mirada de Dios es también una mirada que *reviste de belleza*. Teresa encontró en san Juan de la Cruz esta idea muy hermosa y fuerte que, con solo su mirada, Dios reviste de belleza a su criatura. En la estrofa 5 del *Cántico*

espiritual, san Juan se expresa así:

«Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura».

El santo místico comenta luego la estrofa de ese poema:

«Según dice san Pablo, el Hijo de Dios *es resplandor de su gloria y figura de su sustancia* (*Hb 1, 3*); es pues de saber que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fue darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: *miró Dios todas las cosas que había hecho y eran mucho buenas* (*Gn 1, 31*). El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo.

Y no solamente les comunicó el ser y gracias naturales mirándolas, como habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fue cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios...».

En otro pasaje Juan de la Cruz escribe: «Ya dijimos que el mirar de Dios [...] es amar. *Su gracia en mí tus ojos imprimían*. Por los ojos del Esposo entiende aquí su divinidad misericordiosa, la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto que la hace consorte de la misma divinidad (cfr 2 P 1, 4)[26](#)».

Al mirar al alma, Dios la ama y la hace digna de su amor.

La mirada de Dios es también una mirada que *imprime la semejanza* con Jesús:

«Cuando Jesús ha mirado a un alma, enseguida le otorga su divina semejanza, pero es necesario que esta alma no deje de dirigir a él sus miradas[27](#)».

El Padre nos ha creado en el Hijo, nos mira a través de él y, por su mirada, imprime en nosotros la semejanza de su Hijo. Volveremos sobre esto.

Es más aún, una *mirada que sigue, que acompaña, que da vida* y

fecundidad:

«Tú, cuya mano sostiene los mundos, que plantas los bosques espesos, tú que de una sola ojeada los haces fecundos, tú me sigues siempre con mirada de amor²⁸».

Es una mirada que acoge al otro en su pobreza, su debilidad, una mirada que comprende. Releamos el pasaje en que Teresa cuenta su primera comunión, a la edad de once años:

«¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! Fue un beso de amor, me sentía amada y decía: “Os amo, me entrego a vos para siempre”. No hubo preguntas, ni luchas ni sacrificios. Desde hacía ya largo tiempo, *Jesús y la pobre y pequeña Teresa se habían mirado y se habían comprendido...* Ese día, ya no era una mirada, sino una fusión, no eran ya dos, Teresa había desaparecido, como una gota de agua se pierde en el océano. Solo quedaba Jesús, él era el maestro, el Rey. ¿No le había pedido Teresa que le quitase la libertad?, pues su libertad le daba miedo, se sentía tan débil, tan fragil que quería unirse para siempre a la Fuerza divina²⁹».

La frase que acabamos de subrayar: «Desde hacía ya largo tiempo, Jesús y la pobre y pequeña Teresa se habían mirado y se habían comprendido» es muy bella. Teresa y Jesús se comprenden mutuamente. Teresa comprende todo el amor de Jesús por ella, el deseo que él tiene de ser amado, la sed que le consume y que es una sed de amor. Pero, recíprocamente, ella se siente también plenamente comprendida, en sus deseos más íntimos, más secretos, en su pequeñez y su fragilidad, en sus luchas y sufrimientos también. ¡Qué bueno es sentirse comprendido en profundidad! ¡Qué alegría saber que Dios me comprende, mejor que nadie en el mundo!

La mirada de Dios es también *una mirada que purifica*. En su *Acto de ofrenda al Amor misericordioso* (oración con la que se ofreció totalmente a la misericordia divina, en la fiesta de la Santísima Trinidad, el 9 de junio de 1895), Teresa se expresa así:

«Os suplico que me quitéis la libertad de desagradaros, si por debilidad caigo alguna vez, que enseguida vuestra Divina Mirada purifique mi alma consumiendo todas mis imperfecciones, como el fuego que transforma todo en sí mismo³⁰».

Teresa quiere entregarse totalmente a Jesús; sabe que a causa de su debilidad humana tendrá a veces caídas, pero confía en que la mirada de Jesús sabrá siempre purificarla si ella se vuelve a él.

Esta mirada es una mirada que rejuvenece. En la obra teatral *Jesús en Betania*³¹, Jesús habla así a María Magdalena: «Tu alma rejuvenecida por mi mirada divina me bendecirá sin fin en la vida eterna».

Es esta una verdad merecedora de reflexión: lo que más nos purifica es dejarnos mirar por Dios, ponernos bajo su mirada de amor. ¿Cómo comprender esta realidad sorprendente?

La primera razón es que nuestra santidad no puede venir más que de Dios, de una participación en la santidad divina. No es algo que podamos producir por nosotros mismos. En el *Acto de ofrenda al Amor misericordioso*, dice Teresa:

«Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y llegar al grado de gloria que me hayáis preparado en vuestro reino, en una palabra, deseo ser Santa, pero siento mi impotencia y os pido, oh mi Dios, que seáis vos mismo mi Santidad».

Por otra parte, cuando Dios nos mira, lo hace a través de su Hijo, por los méritos del cual obtenemos el perdón de todas nuestras faltas. También en el *Acto de ofrenda*, dice:

«Puesto que me habéis amado hasta darme a vuestro Hijo único para ser mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos, os los ofrezco con alegría, suplicandoos que no me miréis sino a través del Rostro de Jesús y en su Corazón ardiente de Amor».

A causa de su Hijo, de su ofrenda en la Cruz, Dios nos acoge en su misericordia, nos perdona y nos purifica de nuestras faltas.

Escuchemos al paso las bellas palabras de Matta el Maskine, un monje egipcio fallecido hace unos años, sobre la mirada misericordiosa de Dios al pecador:

«Si el pecador supiese que todas sus faltas, todas sus transgresiones y sus debilidades no provocan en Dios más que compasión y perdón. Si supiese que estas faltas no pueden, cualquiera sea su gravedad, acabar con su misericordia, ni

impedir su amor un solo instante, el pecador no se agarraría a su pecado, no se contentaría con la tinieblas ni buscaría alejarse de Dios, esconderse como tras una pantalla para disimular su vergüenza y no ver el rostro del Altísimo, mientras este se esfuerza en mostrarle su amor y llamarlo³²».

Hay que comprender que la peor impureza es justamente no dejarnos mirar por Dios. Huir de su mirada, alejarnos de él, la falta de confianza en su amor y de esperanza en su misericordia. Replegarnos sobre nosotros mismos, mirarnos fuera de la mirada que Dios nos dirige.

Estamos en una cultura terriblemente «reflexiva», una cultura del espejo y del «selfie», pasamos mucho tiempo mirándonos a nosotros mismos (con complacencia o desprecio, según la ocasión), examinando nuestro «look», preocupándonos de la imagen que damos a los demás. En lugar de mirar a Dios y dejarnos mirar por él... No hay nada más impuro que esta actitud narcisista de estar pendiente de uno mismo continuamente. Es lo más opuesto al amor, que es don de sí. Queremos existir por nosotros mismos, en lugar de existir gracias a la mirada de Dios; pretendemos vivir a partir de nosotros mismos, y no recibirla todo del don gratuito de Dios. Queremos ser nuestro propio centro, en lugar de hacer de Dios el único centro de nuestra vida. «El centro del alma es Dios», dice san Juan de la Cruz³³.

Además, la mirada de Jesús nos purifica, porque es una mirada de esperanza. Cuando nos mira, Jesús no considera tanto nuestras miserias, nuestras heridas, nuestras manchas humanas actuales como nuestra belleza profunda, el hijo de Dios que hay en nosotros, la gloria y el esplendor que son ya nuestros. Sabe que todas nuestras deficiencias humanas son provisionales y que la labor de su gracia acabará un día con ellas, si creemos en su amor y nos exponemos a él. «*Todos seremos transformados [...] en un abrir y cerrar de ojos*» dice san Pablo (1 Co 15, 52). Dios nos ve ya en la gloria y se goza en nuestra futura hermosura, que para él es presente. ¿Cómo el Buen Dios que nos ama así puede soportar vernos sufrir aquí abajo?, se preguntaba un día Teresa. Su respuesta: porque «él nos ve ya en la gloria³⁴».

A propósito de la mirada de Jesús citaré las hermosas palabras del papa Francisco en su comentario del evangelio de la vocación del publicano Mateo (*Mt 9, 9-13*). Evoca la fuerza que tiene la mirada de Jesús para transformar a una persona³⁵.

«Qué fuerza de amor tuvo la mirada de Jesús para movilizar a Mateo como lo hizo; qué fuerza han de haber tenido esos ojos para levantarla. Sabemos que Mateo era un publicano, es decir, recaudaba impuestos de los judíos para dárselos a los romanos. Los publicanos eran mal vistos, incluso considerados pecadores, y por eso vivían apartados y despreciados de los demás. Con ellos no se podía comer, ni hablar, ni orar. Eran traidores para el pueblo: le sacaban a su gente para dárselo a los otros. Los publicanos pertenecían a esta categoría social.

»Y Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevemos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero. Es nuestra historia personal; al igual que muchos otros, cada uno de nosotros puede decir: yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada. Los invito, que hoy en sus casas, o en la iglesia, cuando estén tranquilos, solos, hagan un momento de silencio para recordar con gratitud y alegría aquellas circunstancias, aquel momento en que la mirada misericordiosa de Dios se posó en nuestra vida.

»Su amor nos precede, su mirada se adelanta a nuestra necesidad. Él sabe ver más allá de las apariencias, más allá del pecado, más allá del fracaso o de la indignidad. Sabe ver más allá de la categoría social a la que podemos pertenecer. Él ve más allá de todo eso. Él ve esa dignidad de hijo, que todos tenemos, tal vez ensuciada por el pecado, pero siempre presente en el fondo de nuestra alma. Es nuestra dignidad de hijo. Él ha venido precisamente a buscar a todos aquellos que se sienten indignos de Dios, indignos de los demás. *Dejémonos mirar por Jesús*, dejemos que su mirada recorra nuestras calles, dejemos que su mirada nos devuelva la alegría, la esperanza, el gozo de la vida».

¡Dejémonos mirar por Jesús! Esta es ciertamente la cosa más importante de nuestra vida.

LA MIRADA VELADA DE JESÚS

«Vuestra mirada velada, ¡ese es nuestro Cielo, Jesús![36](#)».

Pasemos ahora a otro aspecto muy importante de la mirada divina en Teresa: la mirada velada de Jesús en su Pasión. No olvidemos que su nombre

completo en religión es: Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

Nuestra santa quedó muy marcada por la imagen del siervo sufriente de Isaías y por el misterio de la Santa Faz. He aquí, por ejemplo, en la obra teatral *Los Ángeles en el Pesebre*, la cita que ella hace del pasaje de Isaías (53, 2-4):

«Él estaba sin belleza, sin figura, lo hemos visto. No tenía nada que atrajese las miradas y le hemos despreciado. Nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres, un varón de dolores que sabe lo que es sufrir. Su rostro estaba como oculto... Parecía despreciable y no lo hemos reconocido... Lo hemos considerado como un leproso, como un hombre herido por Dios y humillado³⁷».

En las *Últimas Conversaciones*, ella se expresa así:

«Estas palabras de Isaías: “Quién ha creído en su palabra... Él estaba sin belleza... etc.” están en el fondo de mi devoción a la Santa Faz, o, por mejor decir, en el fondo de toda mi piedad. Yo también desearía estar sin belleza, sola pisando el vino en el lagar, desconocida de toda criatura³⁸».

En la Santa Faz, Teresa contempla la revelación del amor infinito de Jesús:

«Jesús arde de amor por nosotros... ¡Mira su Faz adorable! ¡Mira esos ojos apagados y bajos!... Mira esas llagas... Mira la Faz de Jesús... Ahí verás cómo nos ama³⁹».

En el rostro doloroso y humillado de Jesús, se revela en efecto un intercambio de amor inusitado: el más bello de los hijos de los hombres ha sido desfigurado, su belleza está oculta, pues ha tomado sobre él todas nuestras manchas y nuestras debilidades, para permitirnos reencontrar nuestra belleza original y, mucho más aún, ser revestidos de la gloria divina.

Ella ve ahí una llamada a recibir el sufrimiento y la humillación como una gracia, como un privilegio, pues nos hacen entrar en una comunión íntima con el corazón de Jesús. Las lágrimas con que está velada la mirada de Jesús son una invitación a consolarle, aceptando sufrir con él.

Es también una invitación a que no busquemos brillar a los ojos de los

hombres, sino a pasar ocultos con él... «*En lo secreto de tu presencia los ocultas*», dice el salmo (30, 21). «Déjame Señor ocultarme en tu rostro⁴⁰», dirá Teresa. «Tu faz es mi sola riqueza, no pido nada más, ocultándome en ella sin cesar, me pareceré a ti, Jesús⁴¹».

Para vivir verdaderamente bajo la mirada de Dios, hay que aceptar quedar a veces oculto a la de los hombres.

Destaquemos en particular cómo considera Teresa el sufrimiento de su padre en su enfermedad, terriblemente humillante para él y para toda la familia. Como consecuencia de una degeneración cerebral, M. Martin ha perdido la cabeza y ha debido internársele en el *Bon Sauveur* de Caen, una «casa de locos», como se decía en la época, donde pasará tres años. Eso ha sido una prueba muy dolorosa para Teresa, tanto más porque las malas lenguas de Lisieux no se privaban de decir que el pobre señor Martin se había vuelto loco a causa de la entrada de todas sus hijas en la vida religiosa. En su enfermedad, había fases de lucidez en que era consciente de su estado. Lo aceptaba diciendo: «En mi vida, no he conocido humillaciones, me hacía mucha falta una».

La belleza del padre de Teresa quedó velada por la alteración psicológica, y no pudo estar presente en la profesión de ella. Quien había sido una imagen tan bella del Padre es ahora configurado con el Hijo sufriente. Teresa consideró esta prueba como un regalo, un detalle de Jesús: «Una mirada de la faz divina vino a probarlo por una elección gloriosa⁴²».

«Jesús nos ha enviado una mirada de amor, una mirada velada por las lágrimas, y esta mirada se convirtió para nosotros en un océano de sufrimiento, pero también en un océano de gracias y de amor. Nos ha tomado al que amamos con tanta ternura, de una forma más dolorosa aún de la que nos llevó a nuestra madre querida en la primavera de nuestra vida, pero ¿no es para que pudiésemos decir verdaderamente: “Padre Nuestro que estás en el Cielo”?⁴³».

La paternidad de M. Martin ha sido oscurecida; esta dolorosa prueba es una invitación a dirigirse a la fuente de toda paternidad, la de Dios, que nada puede empequeñecer.

NECESIDAD PARA EL ALMA DE VIVIR EN LA MIRADA DE

JESÚS

Por todas las razones que hemos mencionado, Teresa tiene una necesidad vital de sentirse sin cesar bajo la mirada de Dios. «La mirada de mi Dios, su encantadora sonrisa, eso es mi cielo⁴⁴».

Esta mirada hace vivir a Teresa. Tiene absoluta necesidad de esta mirada de Jesús, para verse libre de la mirada de los demás y también para librarse de la mirada que ella se dirige a sí misma.

Como todos sabemos, la mirada de los demás puede ser positiva o negativa... Teresa sabe reconocer cuándo la mirada de otro ha sido para ella una bendición, un aliento: la mirada de su padre llena de ternura, la mirada de sus hermanas que la han amado y alentado, la mirada de sus superiores en el Carmelo que han confiado en ella.

También ha tenido experiencia de las limitaciones de la mirada que otros pueden dirigir a su persona: equivocarse con ella, juzgarla de manera errónea, dirigirle una mirada indiferente o crítica. La pequeña Teresa ha sido con frecuencia mal juzgada por algunas de sus hermanas del Carmelo. Les parecía lenta, infantil; una hermana decía: «¡Se diría que no ha venido al Carmelo más que para divertirse!». Y otra: «Es virtuosa, pero no es una virtud adquirida en el sufrimiento y las luchas». Muchos no sospechaban ni la profundidad de su vida espiritual ni la de sus sufrimientos. «Solo se sabrá en el Cielo lo que he sufrido».

También sucedió que se desconfiase de la verdad de su amor. Una de sus novicias tenía miedo de ella y la rehuía...

Pero ella acepta ser a veces incomprendida; no busca justificarse. Desea pasar oculta, velada como lo ha sido la Faz de Jesús, olvidada incluso⁴⁵, y hacer lo que hace, no para ser vista de las criaturas, sino solo por Jesús.

En cuanto a la mirada sobre ella misma, se constata una evolución importante en la vida de Teresa. Poco a poco, esa mirada va cambiando mucho.

Al principio de su vida en el Carmelo, cuando Teresa advertía sus limitaciones, su debilidad, sus imperfecciones, tenía la tendencia de desanimarse e inquietarse, se atormentaba temiendo que el Señor no estuviese contento de ella.

Con el descubrimiento del «caminito» de infancia, cuando Teresa comprende cada vez mejor el amor misericordioso de Dios, su amor de Padre, ella se siente más libre. Tiene por cierto un ardiente deseo de ser santa, de agradar a Dios, de responder a su amor, pero sabe que eso que ella llama su «pequeñez» no es un obstáculo para la santidad. Al contrario, es una gracia: esa pequeñez la obliga a no apoyarse sobre ella misma, a no contar más que con la misericordia de Dios, la invita a abandonarse completamente en Dios, a entregarse a su amor en una confianza sin límite.

En consecuencia, Teresa ya no se mira a sí misma, no se fija en sus limitaciones y su fragilidad, sino que está totalmente pendiente de Dios con una confianza tranquila; y así, se hace perfectamente receptiva a la gracia divina, que realizará en ella lo que ella no puede cumplir por sus propias fuerzas y la conducirá a la cima del amor.

Para dar un ejemplo, entre muchos otros, de la manera en que Teresa reaccionó ante sus limitaciones humanas, citemos un texto suyo donde habla de algunas de sus dificultades en la oración. Encontraba allí mucha sequedad, y además se dormía con frecuencia en los tiempos de oración silenciosa. No por pereza, pues tenía un deseo inmenso de buscar allí a Dios, sino que, admitida muy joven en el Carmelo, le faltaba el tiempo de sueño normal en relación a su edad.

«Verdaderamente estoy lejos de ser una santa, nada más que esto es ya una prueba; debería estar desolada por dormir (después de siete años) durante mis oraciones y acciones de gracias; pues bien, no lo estoy... pienso que los niños pequeños agradan a sus padres tanto cuando duermen como cuando están despiertos, pienso que, para hacer operaciones, los médicos duermen a sus enfermos. En fin, pienso que “el Señor ve nuestra fragilidad, que se acuerda de que no somos más que polvo”[46](#)».

Se ve de manera bien clara en este texto que lo que cuenta para Teresa, no es ella misma, lo que haga o deje de hacer, sino la mirada que Dios pone sobre ella, esa mirada amante de un padre sobre su hijo pequeño. En lugar de lamentarse de sí misma y de sus limitaciones, Teresa se deja amar tal como ella es, sin dudar nunca de la bondad de Dios, sin dudar nunca de que la mirada de Dios sobre ella es una mirada de amor. Eso le da una gran

capacidad de aceptarse tal como es, y por tanto de olvidarse de sí misma completamente para ser toda receptiva al amor de Dios y toda entregada a los demás.

CONCLUSIÓN

En conclusión, pidamos esta gracia de vivir como Teresa en la mirada de Dios y de recibir todos los beneficios que hemos mencionado, acordándonos que se trata esencialmente de un acto de fe. Haremos ciertamente la experiencia sensible de esta mirada de ternura que nos hace libres, pero, a veces, no sentiremos nada.

No nos limitemos a lo que sentimos y experimentamos; la acción de Dios es mucho más amplia y profunda que toda experiencia sensible. Se trata sobre todo de vivir de fe y, en este acto de fe, de acoger la mirada divina sobre nuestra persona y mantenernos bajo esta mirada con confianza.

Hagámonos, en fin, esta pregunta: ¿qué mirada dirijo yo a los demás? ¿Es como la mirada de Dios, una mirada que da la vida, libera, anima, una mirada de esperanza? ¿O bien una mirada que juzga, que condena, que encierra al otro?

Una simple mirada puede dar la vida, pero puede también dar la muerte. Pidamos la gracia de mirar a cada persona con los mismos ojos de Jesús, para que nuestros ojos sepan comunicar la vida y la esperanza a quienes encontramos.

- [17] Carta 154.
- [18] Poesía 32.
- [19] Poesía 17: Vivir de amor.
- [20] Ms A 22 rº.
- [21] Is 62, 5.
- [22] Ms B 5 vº.
- [23] Ms A 3 rº.
- [24] Poesía 11.
- [25] Ms 2 vº.
- [26] *Cántico espiritual*, canción 23. Declaración 2-3.
- [27] Carta 134.
- [28] Poesía 18 bis.
- [29] Ms A 35 rº.
- [30] Oración 6.
- [31] Recreaciones piadosas 4, 5.
- [32] Matta el Maskine, *La Communion d'amour*, p. 109.
- [33] *Llama de amor viva*, estrofa 1, verso 3. Declaración 12.
- [34] Carta 108.
- [35] Papa Francisco, Homilía en la fiesta de san Mateo, 21 de septiembre de 2015.
- [36] Oración 12.
- [37] Recreaciones piadosas 2.
- [38] Cuaderno Amarillo, 9 de agosto.
- [39] Carta 87, a Céline.
- [40] Poesía 5.
- [41] Poesía 30.
- [42] Poesía 8.
- [43] Carta 127 a su hermana Céline.
- [44] Poesía 32.
- [45] Cf. LT 103.
- [46] Ms A, 75 vº.

3. «CUANDO SOY DÉBIL, ENTONCES SOY FUERTE»

(2 Corintios 12, 10)

Se encuentra en la Escritura, en san Pablo en particular, una paradoja de fuerza en la debilidad que merece ser meditada. La fuerza verdadera es la que obtenemos del consentimiento en nuestra debilidad. Esto no es fácil de comprender ni de practicar y requiere mucha confianza en Dios, mucha humildad, pero me parece muy importante, especialmente hoy. Haré algunas consideraciones sobre este tema, a partir de san Pablo y de otros testimonios, sobre todo el de Teresa de Lisieux.

EL MUNDO MODERNO ENFRENTA AL HOMBRE CON SU DEBILIDAD

Me parece que esta cuestión de la confrontación del hombre con su debilidad es más actual que nunca, por diferentes razones.

La sociedad occidental moderna fabrica, por decir así, personalidades cada vez más frágiles. Por una parte, la descomposición de la familia y de los vínculos sociales, la mentalidad hedonista fundada en la búsqueda de la satisfacción inmediata, la dificultad de transmitir de una generación a la siguiente valores humanos sólidos, la pérdida del contacto con la naturaleza... son sin duda las causas principales.

Por otra parte, estamos en un mundo cada vez más poderoso en el plano

tecnológico, donde la voluntad de dominarlo todo es omnipresente. Paradójicamente (pero quizás providencialmente), ante esta potencia tecnológica, el individuo está más enfrentado a su debilidad personal.

La mentalidad tecnológica engendra una exigencia de eficacia y de *performance* (rendimiento, resultados) que invade todos los ámbitos de la existencia y pone a muchas personas frente a sus limitaciones y a su vulnerabilidad, de manera cruel a veces. Hay que ser *performant* en todo y conseguirlo todo: trabajo, vida social, ocios, sexualidad, etc.

La invasión de la técnica puede a veces deshumanizar las relaciones y debilitar a las personas. Las máquinas acaban por parecer más inteligentes y *performantes* que los humanos; muchos empiezan a temer que un día los robots les sustituyan en su profesión.

Una palabra también sobre la sobreabundancia de información relacionada con las nuevas tecnologías. Los *medias* se infiltran en los menores recovecos de la vida privada. Con pretexto de información, los periódicos y televisiones exhiben más que en ninguna otra época, con complacencia malsana, las miserias y los pecados del hombre.

EL ESPÍRITU SANTO QUIERE UNA IGLESIA DE POBRES

Hay una segunda razón, de orden muy distinto, por la cual la confrontación con su debilidad es inevitable. En su pedagogía, Dios quiere reducir a nada el orgullo del hombre, muy especialmente en estos tiempos que son los nuestros. Cuanto más avanza la Iglesia en su historia, más debe convertirse en una Iglesia pobre y humilde, si quiere estar llena de la gracia del Espíritu Santo y abierta a su acción.

El Espíritu Santo quiere una Iglesia según el modelo de las Bienaventuranzas evangélicas (*Mt 5, 1-12*), que no se apoyan en las fuerzas humanas, sino en la fuerza de Dios. No en la sabiduría humana, sino en la de la Cruz. Una Iglesia capaz de inclinarse con amor ante cada herida y cada pobreza. Para eso, toda forma de orgullo y de pretensión humana debe desaparecer.

Aquí tenemos algunos textos de la Escritura que anuncian la intervención de Dios en los últimos tiempos, el Día del Señor, cuando todo orgullo

humano quedará confundido:

«Los ojos arrogantes del hombre serán humillados, la altanería humana doblegada, y aquel día será exaltado solo el Señor» (Isaías 2, 11).

«Aquel día no serás avergonzada por ninguna de las fechorías con que te rebelaste contra Mí; porque entonces apartaré de ti a quienes se jactan en tu altivez, para que no vuelvas a engreírt en mi monte santo. Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre. Y pondrán su esperanza en el Nombre del Señor» (Sofonías 3, 11-12).

Se encuentra un lenguaje semejante en san Pablo, cuando habla de los que Dios ha escogido para constituir su Iglesia en Corinto:

«Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Considerad, si no, hermanos, vuestra vocación; porque no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que Dios escogió la necesidad del mundo para confundir a los sabios, y Dios eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; escogió Dios a lo vil, a lo despreciable del mundo, a lo que no es nada, para destruir lo que es, de manera que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios» (1 Co 1, 25-29).

El objetivo de Dios no es humillar al hombre ni aplastarlo de alguna manera. Es, por el contrario, glorificarlo mucho más allá de cuanto podemos imaginar o concebir, y otorgarle una grandeza soberana.

«Sino que, según está escrito: Ni ojo vio ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman» (1 Co 2, 9).

Sin embargo, para que esta elevación sea posible, para recibir la plenitud de la salvación de Dios, para dejar que actúe la gracia del Espíritu Santo, el hombre necesita medir su pobreza radical. Necesita comprobar concretamente que los dones de Dios son absolutamente gratuitos y que ningún esfuerzo humano puede adquirirlos por sí mismo. Son fruto de la misericordia de Dios, no del mérito humano.

Solo la pobreza de espíritu, la humildad, nos hace capaces de recibir la riqueza de los dones por los que Dios nos quiere elevar a su gloria. Sin un

corazón humilde y pobre, se desvían en provecho propio los dones de Dios; sirven para alimentar un orgullo espiritual en lugar de ponerse al servicio de nuestros hermanos. «*Antes de pasar la humillación, andaba descarrulado*» (*Ps 119, 67*). Necesitamos entender que la salvación es una obra de pura misericordia, como insiste san Pablo en la Carta a los Romanos:

«*Pues a Moisés le dice: “Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y me apiadaré de quien me apiade”. Por lo tanto no depende de que uno quiera o que se esfuerce, sino de Dios, que tiene misericordia*» (*Rm 9, 15-16*).

CUANTO MÁS DESEO SER SANTO, MÁS CONSTATO MI IMPOTENCIA

Otra cosa a tener en cuenta: cuanto más se avanza en el camino de la santidad, más se experimenta nuestra debilidad radical. La ascética es necesaria en la vida espiritual, pero es necesario advertir que toda ascética, en cierto sentido, está abocada al fracaso. El hombre no puede cambiarse por sus propias fuerzas.

Hay que desechar y querer la santidad, y hacer todo lo que podamos para adquirirla. Teresa decía: «¡No quiero ser santa a medias!». Pero cuanto más nos esforcemos por alcanzarla, más advertiremos que sobrepasa nuestras capacidades humanas.

En la medida en que progresamos y entramos más profundamente en la luz de Dios, tomamos más conciencia de nuestros defectos, de nuestras durezas de corazón, de nuestras manchas, etc. Cuando un delgado rayo de luz atraviesa una habitación oscura, revela que el aire está cargado de mucho más polvo del que podríamos imaginar. Así, cuanto más cerca está el alma de Dios, más claramente ve su miseria.

Teresa de Lisieux da testimonio de su experiencia en un texto célebre de su autobiografía:

«Vos sabéis, Madre mía, que siempre he deseado ser santa, pero, ¡ay!, siempre he constatado, cuando me he comparado con los santos, que entre ellos y yo hay la misma diferencia que existe entre una montaña cuya cima se pierde en el cielo y el grano de arena oscuro pisado por los que pasan⁴⁷».

En la hermosa continuación de este pasaje, Teresa comprende que no debe desanimarse, que la santidad es posible porque Dios ha puesto en ella este deseo, y que él es justo y fiel. Pero, incapaz de subir la «ruda escalera de la perfección», debe «encontrar un ascensor», es decir, dejar actuar a Dios; para eso, comprende que necesita seguir siendo pequeña e incluso serlo cada vez más.

Nosotros no podemos transformarnos, convertirnos plenamente por nosotros mismos; solo la gracia de Dios puede acabar con nuestras debilidades. Por fidelidad al Evangelio —y también para no hacer pesar sobre los demás un fardo que no somos capaces de llevar—, debemos comprender que la religión cristiana no es una religión del esfuerzo humano, sino una religión de la gracia. Eso no quiere decir que no debamos esforzarnos, pero debemos entenderlo bien. No son esfuerzos para poner por obra una potencia humana, de manera tensa y orgullosa, sino sobre todo para abrirnos a la gracia. Y una de las condiciones más esenciales para abrirnos a la gracia del Espíritu Santo es estar desprendido de toda forma de orgullo, para hacernos pequeños y humildes ante Dios.

«En esto me voy a fijar: en el pobre y en el de espíritu contrito, y en el que teme a mi palabra» (Isaías 66, 2).

DE LA POBREZA HUMANA A LA POBREZA ESPIRITUAL

Quisiera citar un texto de un monje cartujo que me parece muy bueno para nuestro asunto. La cita es un poco larga, pero vale la pena. Este texto muestra cómo la confrontación con la flaqueza humana es inevitable, sobre todo en un ambiente enteramente dominado por la búsqueda de Dios, como puede ser el de la Cartuja. Esta experiencia desconcertante de la pobreza humana, la de los demás y la suya propia, puede sin embargo conducir poco a poco a la verdadera pobreza de espíritu.

«No es necesario haber vivido largo tiempo en una cartuja para darse cuenta de que allí florecen muchas pequeñas miserias, que las mezquindades de la naturaleza humana no dejan de estar presentes, aunque cada uno se esfuerce

lealmente por tender a la perfección, de la que el Padre es el modelo. Esto no es nuevo. La historia muestra que las crónicas de las antiguas cartujas o los anales de la Orden son el reflejo de comunidades donde los personajes de alta santidad o de gran distinción son muy raros. Es en una grisalla sin relieve donde se desarrolla la vida de la mayoría de los cartujos. Disputas entre vecinos, pequeños sucesos en el seno de la comunidad.

»[...] ¿Puede ser de otra manera frente al Absoluto? ¿No es acaso la consecuencia misma de estar peligrosamente junto al fuego? El fuego pone en evidencia todos los fallos, todas las arrugas, todas las miserias que, en otras circunstancias, quedarían ahogadas en la ola de las banalidades del entorno. Querer afrontar la luz de Dios, es exponerse deliberadamente a ver estallar a la luz del día todos estos defectos, todas estas pequeñeces. Aparecen primero a los ojos de los demás, luego, a medida que la luz se purifica, a los ojos mismos del interesado. Descubrimos antes la mediocridad de los demás, después la nuestra. Es un riesgo que se asume siempre que se mira hacia lo alto. Al encontrarse cada vez más alejado del término, se sufre más intensamente.

»El descubrimiento de la mediocridad, antes en los demás, luego en uno mismo, es el camino hacia una luz aún más desconcertante. La santidad, la perfección, las virtudes, todas estas nociones que, sin pretenderlo, interpretamos como reflejos en nosotros del Absoluto, se desvanecen poco a poco. Todo lo que puede hacer de mí un centro, un núcleo de cristalización autónomo, todo eso debe desaparecer para ser conforme a Cristo resucitado. Él no es más que relación al Padre. Él se encuentra desposeído de toda riqueza creada, a fin de no ser más que pura relación.

»Tal es la dirección hacia la que el monje debe orientarse poco a poco... Aprender a no centrar nada en él, sino quedar atrapado en el movimiento del amor divino, que no tiene fin ni comienzo, ni objetivo ni principio, ni límite ni contorno, entregado al soplo del Espíritu, sin saber de dónde viene ni adónde va⁴⁸».

La experiencia de la flaqueza humana conduce poco a poco a la pobreza de espíritu, la primera de las Bienaventuranzas, que es la puerta del Reino de los Cielos (cf. *Mt 5, 3*). ¿Qué significa ser pobre de espíritu sino no ser más que acogida y don? La pobreza espiritual es la libertad de recibirlo todo gratuitamente y darlo todo gratuitamente, libertad que no es posible más que al precio de la muerte de todo amor propio, de todo egoísmo. No estar ya centrado en sí mismo, sino solamente en Dios. Volverse totalmente hacia Dios para recibir sin medida, y hacia los demás para dar sin llevar la cuenta.

LA EXPERIENCIA DE PABLO

El tema del hombre enfrentado a su debilidad está muy presente en san Pablo, sobre todo en la segunda Carta a los Corintios, cuando habla de su misterioso «agujón en la carne».

«*Si es preciso gloriarse, me gloriaré en mis flaquezas*» (2 Co 11, 30).

«*Por eso, para que no me engría, me fue clavado un agujón en la carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee, y no me envanezca. Por esto, rogué tres veces al Señor que lo apartase de mí; pero Él me dijo: “Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza”.* Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. *Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y angustias, por Cristo; pues cuando soy débil, entonces soy fuerte*» (2 Co 12, 7-10).

¿Qué es este agujón en la carne? No se sabe... Se trata de una situación de sufrimiento, continua y humillante, de la que Pablo hubiera querido ser liberado, pensando que eso era un obstáculo para la fecundidad de su misión. Pero el Señor le ha hecho comprender que, por el contrario, era mejor para él conservar esta fragilidad: «*Porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza*» (2 Co 12, 9).

¿Por qué Pablo puede decir que cuando es débil entonces es fuerte? Cuando mide su flaqueza, está entonces obligado a apoyarse totalmente en Cristo en un acto de fe, y ya no son sus cualidades humanas, sino la gracia de Cristo la que obra en él: «*Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*» (Ga 2, 20).

La experiencia de nuestra radical debilidad nos obliga a una especie de capitulación: reconocer nuestra pobreza, aceptar que no estamos en condiciones de dominar nuestra vida, no contar ya más que con Dios, remitirnos ciegamente a su misericordia en una total confianza. Entonces, Dios actúa y realiza obras espléndidas, a veces visibles, pero casi siempre escondidas.

En la misma segunda Carta a los Corintios, hablando de una dolorosa prueba que encontró en Asia (sin que se sepa de qué se trata en concreto), Pablo se expresa así:

«No queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación que nos sobrevino en Asia, porque nos vimos abrumados hasta el límite, por encima de nuestras fuerzas, tanto, que ya no esperábamos salir con vida. Es más: aun dentro de nosotros hemos sentido la sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos» (2 Co 1, 8-9).

Esta prueba, con su radical experiencia de flaqueza, acabó por ser positiva, pues llevó a Pablo a no poner su confianza en sí mismo, sino en Dios y en su poder.

Se trata en efecto de entrar en una cuestión de fe. Es gracias a la fe como la flaqueza humana se convierte en apertura a la fuerza de Dios. Eso se ve con claridad en el capítulo 4 de esa misma carta.

LA FE, APERTURA DE LA FLAQUEZA DEL HOMBRE AL PODER DE DIOS

Pablo es muy consciente de la belleza del ministerio apostólico y de la gloria que supone. Después de haber hablado de esta gloria, más grande aún que la del ministerio de Moisés, continúa así:

«Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que se reconozca que la sobreabundancia del poder es de Dios y que no proviene de nosotros: en todo atrabilados, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados, llevando siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que en nosotros actúe la muerte, y en vosotros la vida» (2 Co 4, 7-12).

«Pero teniendo el mismo espíritu de fe —según lo que está escrito: “Creí, por eso hablé”—, también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará con Jesús y nos pondrá a su lado con vosotros. [...] Por eso no desfallecemos; al contrario, aunque nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Porque la leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente, ya que nosotros no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son pasajeras, y en cambio las invisibles, eternas» (2 Co 4, 13-18).

Aprecio mucho este texto de Pablo, que me parece la más exacta descripción de la vida de un apóstol de Cristo: siempre al límite de sus fuerzas, vencido pero no aniquilado, a punto de romperse en todo momento pero aguantando en todo caso, por la gracia de Dios. En esta condición de fragilidad, está animado sin embargo por un «espíritu de fe» que le hace proclamar con fuerza el mensaje del Evangelio: «*Creí, por eso hablé*».

LA DEBILIDAD NO ES OBSTÁCULO SINO CAMINO

Esto es lo que se trata de comprender: la fragilidad y la flaqueza humanas no son un obstáculo para la santidad, son el camino. Eso se expresa muy bien en el siguiente texto de María Eugenia del Niño Jesús.

«Nos detenemos con frecuencia ante falsos obstáculos, ante obstáculos que son más bien medios. Nos detenemos ante nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestra miseria, nuestra falta de inteligencia, nuestra falta de santidad... tal como nosotros la concebimos. ¡Pues no! Todo eso es un medio para purificar nuestra fe. La miseria que nos envuelve, las llagas que tenemos, la flaqueza con la que estamos amasados, la ausencia de virtud, la falta de una inteligencia penetrante; digo que todo eso es medio. La fe debe alzarse en cierta manera sobre toda esta pobreza. Si no existiera esta pobreza, habría que crearla para poder apoyarse en ella y entrar en Dios⁴⁹».

Me parece que el punto fundamental de este texto es el siguiente: la experiencia de la debilidad es positiva, pues lleva a una purificación de la fe. Hace que la fe se funde poco a poco solo en Dios, en su Palabra y sus promesas, y no en uno mismo (nuestras posibilidades, nuestras capacidades...) o en otras realidades humanas.

Tenemos pues necesidad de experimentar la pobreza, entender que, por nosotros mismos, no somos nada y no podemos nada. A fin de aprender a abandonarnos en una total confianza en los brazos de Dios para quien nada es imposible, apoyándonos por la fe en su misericordia y su fidelidad.

GOZARSE EN LA PROPIA FLAQUEZA

Se encuentra el mismo lenguaje en Teresa de Lisieux. Aquí tenemos una carta escrita a su prima María Guérin, donde la invita a gozarse en sus flaquezas:

«María, si tú no eres nada, no hay que olvidar que Jesús lo es todo, también hay que perder tu pequeñez en su infinito todo y no pensar más que en ese todo únicamente amable... No hay que desear tampoco ver el fruto de tus esfuerzos; Jesús se complace en guardar para él solo esas pequeñeces que le consuelan... Te engañas, querida mía, si crees que la pequeña Teresa camina siempre con ardor en el camino de la virtud, ella es débil y bien débil, todos los días lo experimenta de nuevo, pero, María, Jesús se complace en enseñarle como a san Pablo la ciencia de gloriarse en sus flaquezas, es una gran gracia esa y le pido a Jesús que te la enseñe, pues solo ahí se encuentran la paz y el descanso del corazón, cuando una se ve tan miserable, ya no quiere pensar en sí y no mira más que al único Bien Amado...[50](#)».

Algunas palabras más sobre el mismo asunto, que nos llegan por medio de una de sus novicias:

«Si el Buen Dios os quiere débil e impotente como un niño, ¿creéis que tendréis menos mérito?... Consentid en tropezar a cada paso, incluso a caer, a llevar vuestra cruz en la debilidad, amad vuestra impotencia, vuestra alma se beneficiará más que si, llevada por la gracia, acometieraís con ímpetu acciones heroicas que llenaríaís vuestra alma de satisfacción personal y de orgullo[51](#)».

En la Carta 197, escrita a su hermana y madrina María del Sagrado Corazón, Teresa habla de manera análoga y expresa una magnífica esperanza:

«Hay que consentir en ser pobre y sin fuerza y eso es difícil, pues “*¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu? Muy lejos hay que buscarlo*”, dice el salmista... No dice que haya que buscarlo entre las grandes almas, sino «muy lejos», es decir en la bajeza, en la nada... ¡Ah! permanezcamos lejos de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, amemos no sentir nada, entonces seremos pobres de espíritu y Jesús vendrá a buscarnos; por lejos que estemos, nos transformará en llamas de amor[52](#)...».

Si consentimos en nuestra flaqueza, porque ponemos en Dios toda nuestra confianza, es él quien, por lejos que estemos, vendrá a buscarnos para transformarnos en llamas de amor. La humildad atrae el fuego del Espíritu

Santo.

EL AMOR ES UNA VICTORIA DE LA DEBILIDAD

Como ya he dicho, la experiencia de la debilidad es positiva, pues purifica nuestra fe y nuestra esperanza, que ya no se apoyan sino en Dios. Nuestra fe se funda solo en su palabra, nuestra esperanza en su misericordia sin límites.

Esa experiencia purifica también nuestro amor por el prójimo: la conciencia de nuestra fragilidad nos lleva a no juzgar más a nadie, a tratar al prójimo con dulzura, humildad, comprensión. Intensifica nuestra relación con Dios: viéndonos tan pobres, estamos obligados a invocarle de continuo. Purifica también nuestro amor a Dios de las contaminaciones del amor propio: nos empuja a volvemos totalmente hacia él, en lugar de intentar siempre estar satisfechos de nosotros mismos. Ya no se trata de estar contento con uno mismo, sino de tener contento a Dios.

El gran secreto que hay detrás de esta mirada positiva sobre la flaqueza humana es de hecho el misterio del amor.

Hay una gran potencia en el amor, la única fuerza verdadera, pero en un misterio de debilidad. Pablo puede decir que la debilidad de Dios es más fuerte que la sabiduría humana, porque es la expresión de su amor sin límite por los hombres, de quienes ha querido asumir su naturaleza.

En el corazón de todo amor auténtico, hay un misterio de debilidad, como expresan las palabras de este otro cartujo:

«Incluso en el orden natural, todo amor auténtico es una victoria de la debilidad. Amar no consiste en dominar, en poseer, en imponerse a quien se ama. Amar quiere decir que se recibe sin defensa al otro que viene; a cambio, se tiene la certeza de ser plenamente acogido por él sin ser juzgado, ni condenado, ni comparado. Ya no hay forcejeos entre dos seres que se aman. Hay una suerte de inteligencia mutua dentro de la cual ya no cabe miedo de recibir ningún daño que viniese del otro.

»Esta experiencia, aunque siempre es imperfecta, es ya muy convincente. Sin embargo, no es más que un reflejo de la realidad divina. A partir del momento en que empezamos a creer de verdad en la ternura infinita del Padre, nos sentimos obligados a bajar cada vez más en una aceptación positiva y gozosa de un no

tener, no saber, no poder. No hay aquí ninguna autohumillación malsana. Entramos simplemente en el mundo del amor y la confianza[53](#)».

La debilidad de que hemos hablado no es una pereza ni una flojera. No se trata de descalificar o despreciar el esfuerzo humano. Este es bueno y necesario, no como una condición para merecer la gracia —pues se nos da gratuitamente—, sino como expresión de nuestra buena voluntad, de nuestro deseo de responder plenamente al amor de Dios. Nuestras capacidades humanas y nuestros talentos no deben despreciarse, sino desarrollarse: el Evangelio nos invita a eso claramente.

Dios no nos salvará sin nuestra colaboración. El amor de Dios se nos da gratuitamente, pero no puede ser acogido en plenitud sino respondiendo con toda nuestra buena voluntad. Hay pues un lugar para el esfuerzo humano, pero hay que situarlo correctamente. No practicar un perfeccionismo orgulloso o inquieto, sino hacer día tras día lo que se nos pide, con sencillez, dulzura, paz, humildad y confianza, apoyándonos en Dios y no en nosotros mismos. Sin inquietarnos nunca ni desanimarnos cuando tocamos nuestras limitaciones, sino aceptándolas humilde y tranquilamente. Cito una vez más a Teresa: «Se experimenta una gran paz por ser absolutamente pobre, por no contar más que con el buen Dios[54](#)».

MARÍA, MADRE DE LOS POBRES Y DE LOS PEQUEÑOS

Este camino de reconocimiento y aceptación de nuestra flaqueza no es siempre fácil. Choca con nuestro orgullo, con nuestro miedo a no ser aceptado por los demás, con nuestras faltas de confianza en Dios. Exige un radical «empujón», difícil para nuestra naturaleza: no ocuparse más de sí mismo, centrarse solo en Dios.

Puede facilitarse mucho acercándonos a la Virgen María. En su último poema —*Por qué te amo, María*—, Teresa expresa en un sencillo verso una realidad que me parece muy bella y profunda: «A tu lado, María, me gusta ser pequeña[55](#)».

Cuanto más cerca estamos de María, más aprendemos a amar nuestra pequeñez, a no llevarla como un fardo, sino a recibirla como una gracia. Ya

no tenemos miedo de nuestra flaqueza, se nos hace amable, porque percibimos a Dios como nuestra única y verdadera riqueza. La ternura maternal de María, su dulzura, su paz, su humildad, su sonrisa nos animan de modo maravilloso en este camino de humildad y de amor que ella misma ha seguido.

En su preciosa homilía de Lourdes, el 15 de septiembre de 2008, el papa Benedicto XVI se expresaba así:

«Sí, buscar la sonrisa de la Virgen María no es una niñería piadosa, es la aspiración, dice el Salmo 44, de los que son “los más ricos del pueblo” (v. 13). “Los más ricos”, es decir en el orden de la fe, los que tienen la madurez espiritual más elevada y saben precisamente reconocer su flaqueza y su pobreza delante de Dios. En esta manifestación tan sencilla de ternura que es una sonrisa, captamos que nuestra única riqueza es el amor que Dios nos tiene y que pasa por el corazón de la que es nuestra Madre».

Cito para terminar una hermosa intuición de san Luis María Grinón de Montfort en su obra *El Secreto de María*. Si nos confiamos totalmente a la Virgen, no tenemos ya por qué temer nuestra flaqueza, pues en María encontramos justamente a un Dios que acepta nuestra debilidad:

«Feliz, y mil veces feliz, es el alma a quien aquí abajo el Espíritu Santo revela el secreto de María para conocerle; y a quien él abre este huerto cerrado para que entre, esta fuente sellada para beber a grandes tragos las aguas vivas de la gracia. Esta alma no encontrará más que a Dios solo, sin criatura, en esta amable criatura; pero a Dios al mismo tiempo infinitamente santo e infinitamente condescendiente y proporcionado a su flaqueza.

»Puesto que Dios está en todas partes, se le puede encontrar en cualquier parte, hasta en los infiernos; pero no hay lugar donde la criatura pueda encontrarle más próximo y más proporcionado a su flaqueza que en María, porque es para esto para lo que bajó. En otras partes, es el Pan de los fuertes y de los ángeles; pero, en María, él es el Pan de los hijos⁵⁶».

[47] Manuscrito autobiográfico C, 2 vº.

[48] *Paroles de Chartreux*, Éditions du Cerf, 1987, p. 36.

[49] Citado en *Renaître d'en-haut*, por Joël Guibert.

[50] Carta 109 a María Guérin.

[51] Cuaderno rojo de sor María de la Trinidad.

[52] Carta 197 a sor María del Sagrado Corazón.

[53] *Paroles de Chartreux*, p. 99.

[54] Últimas Conversaciones.

[55] Poesía 25, «Pourquoi je t'aime, ô Marie».

[56] San Luis María Griñón de Montfort, *Le Secret de Marie ou l'esclavage spirituel*, n. 20.

4. VERDADERA Y FALSA LIBERTAD

Si hay alguna cosa que todos deseamos, esa es sin duda la libertad. Esta noción y la manera concreta de ejercerla son, sin embargo, objeto de muchos malentendidos y desilusiones dolorosas. ¿Qué es la libertad verdadera? ¿Cómo llegar a ella concretamente? Estas preguntas siguen siendo esenciales.

Quisiera proponer algunas reflexiones sobre la concepción de la libertad en nuestra cultura moderna, para sugerir a continuación, a la luz de la revelación cristiana, en qué consiste la verdadera libertad y cómo alcanzarla.

CUESTIONES EN TORNO A LA IDEA DE LIBERTAD

Que el hombre tenga una gran sed de libertad, eso es en todo caso legítimo. De una parte, esta aspiración marca fuertemente la cultura occidental desde hace varios siglos, y nuestras sociedades han conocido muchas evoluciones en el sentido del aumento de las libertades individuales.

Por otra parte, el mensaje cristiano se propone como un mensaje de libertad: «*La verdad os hará libres*» (*Jn 8, 32*). «*Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad*» (*Ga 5, 13*). «*Para esta libertad Cristo nos ha liberado*» (*Ga 5, 1*). Muy numerosos textos de la Escritura aluden a la libertad que Dios quiere conceder al hombre.

Parece, pues, que hay una feliz convergencia entre las aspiraciones de la cultura moderna y el mensaje del Evangelio. En la práctica, las cosas no son tan sencillas, como bien sabemos... La propuesta evangélica de libertad y la visión que se tiene hoy no coinciden siempre. El cristianismo, como toda religión, es incluso considerado por algunos como el peor enemigo de la libertad humana.

Esta es la gran mentira del ateísmo moderno: para restituir al hombre su

libertad, hay que desprenderse de la idea de Dios. Pues es exactamente lo contrario: Dios es la fuente y el salvador de nuestra libertad. Cuanto más unidos estamos a Dios, más él nos hace libres. Cuanto más nos alejamos de él, por el contrario, más amenazada está nuestra libertad. Necesitamos, pues, profundizar en esta cuestión.

La primera observación que haría muestra una cierta paradoja: aunque los siglos que nos preceden han visto mucho progreso en el sentido de la libertad, no parece que nuestros contemporáneos gocen siempre de un gran sentimiento de libertad, como cabría esperar.

El hombre de hoy parece disponer de un espacio de libertad mayor que en otros tiempos: el desarrollo de la técnica le da mucho más poder para actuar frente a realidades ante las cuales se veía impotente. Es mucho más libre para elegir su religión, sus creencias o increencias; no hay que temer ya los rayos de la Inquisición. Las libertades individuales están en general mejor garantizadas en las sociedades occidentales (libertad de opinión, de conciencia, de expresión). Las convenciones sociales, los vínculos familiares son menos constrictivos. Uno puede casarse sin tener que pedir permiso a nadie. La diversidad de conductas admitidas es más amplia que en otros tiempos.

Si el hombre moderno parece objetivamente más «libre» que en otras épocas, se tiene con frecuencia el sentimiento subjetivo de falta de libertad. La reivindicación de libertad, que marca la evolución de nuestra cultura desde el siglo XVIII, no parece verdaderamente satisfecha. Veamos algunos indicios de esta situación.

Tras el desarrollo de las ciencias humanas, el hombre es más consciente de los condicionamientos de naturaleza social y psicológica que pueden limitar su libertad, del peso del inconsciente sobre sus decisiones, etc. Con frecuencia tiende a no considerarse verdaderamente responsable de sus actos y elecciones. Acaba incluso por dudar de que una verdadera libertad sea posible. El amor se explica a veces como una cuestión de hormonas más que como una elección libre.

Nuestro contemporáneo tiene a menudo también un sentimiento de ahogo en una existencia que no responde a sus aspiraciones más profundas. Nunca antes se ha buscado tanto como hoy escapar del mundo tal como es,

distraerse, evadirse. Esta última palabra aparece en todos los folletos de agencias de viaje. ¿Es que estamos en prisión para que tengamos tanta necesidad de evadirnos?

Los comportamientos que son señales de insatisfacción ante la vida, y de la búsqueda de una existencia más intensa o más libre no han sido nunca tan numerosos: droga, búsqueda de sensaciones extremas, derivas hacia espiritualidades dudosas, alergia a todo lo que sea ley u obligaciones, reivindicación de una «diferencia» respecto a las convenciones habituales, comportamientos transgresores...

No parece pues que se haya encontrado aún cómo calmar la sed de libertad. Descubrir, y sobre todo asegurar un concepto justo de libertad, es una cuestión no resuelta.

Quisiera describir ahora cuatro maneras de comprender la libertad que están presentes en nuestra cultura. Hay sin duda otras, pero estas me parecen las más importantes para examinarlas. Pueden tener aspectos positivos, pero suelen conducir a calles sin salida. Intentaremos a continuación comprender cómo salir de esas situaciones.

LIBERTAD Y OMNIPOTENCIA

Tenemos a veces una visión un poco «tecnicista» de la libertad, y la confundimos con el poder. Cuanta más capacidad de actuar, de transformar las situaciones y la realidad, más libres seríamos.

Hay una parte de verdad en este punto de vista y no hay que despreciar algunos progresos que nos dan más dominio sobre lo real, material, biológico, social, psicológico, más conocimientos, más medios de comunicarnos... Pero se llega pronto a un impasse: todo poder y toda técnica tienen sus límites, nos quedamos siempre enfrentados a realidades que no podemos modificar, no somos sus amos. ¿Qué pasa en estas situaciones, ante las cuales nos vemos débiles o impotentes? ¿Dejamos de ser libres? Si el concepto de libertad no funciona o fracasa cuando no somos dueños de la situación, es contradictorio. La verdadera libertad debe poder ejercerse en todas las circunstancias, incluso las que no dominamos, si no, eso no es ya libertad.

Una verdadera noción de libertad debería conducir a aceptar también con confianza nuestros límites, debilidades, fracasos, las situaciones en las que somos impotentes, que escapan a todo control. Debería integrar la parte de debilidad y pobreza que se presenta en toda existencia humana.

De hecho, eso es posible. No tenemos siempre la libertad de cambiar las cosas, pero siempre tenemos la de vivirlas en la fe, la esperanza y el amor, y así crecer humana y espiritualmente en toda circunstancia: «*Todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios*», afirma san Pablo (*Rm 8, 28*).

LIBERTAD Y FACULTAD DE ELEGIR

Se tiene tendencia a veces de identificar la libertad con la posibilidad de disponer de un amplio abanico de posibilidades entre las que optar. La libertad sería en cierto modo proporcional a la cantidad de elecciones posibles. Se querría hoy poder elegir todos los aspectos de la existencia, hasta la propia sexualidad (con la bendición de los chantres de la ideología de género...).

Esta es, podríamos decir, la «libertad supermercado». Cuanto más grande sea el almacén de diferentes productos disponibles, más libre se es.

No es algo malo poder elegir; es sin duda más agradable hacer las compras en un supermercado bien abastecido que en las tristes tiendas de Europa del este en la época comunista, donde la diversidad de productos era muy limitada, cuando no la total penuria. Sin embargo, esta visión de las cosas conduce muy pronto a un impasse. La multiplicidad de elecciones posibles ante el expositor de yogures o el de televisores genera quizá más bien un sentimiento de angustia (¿cuál me llevo?) o de frustración (elegir un producto es renunciar a los demás, y hay muchos más productos atractivos a los que debo renunciar que los que mi presupuesto me permite adquirir). La sobreabundancia de la oferta está lejos de crear un sentimiento de plenitud de libertad. Puede ser embriagadora al principio, pero el desencanto viene pronto.

En el plano humano, es claro que elegir es renunciar: si me caso con una mujer, renuncio a todas las demás. ¿Está disminuida por eso mi libertad? Cuanto más se avanza en la vida, más decisiones se han tomado y menos

elecciones disponibles nos quedan. ¿Se es menos libre por eso? Sería penoso que pensásemos así; la libertad es algo que debería crecer con los años, y no disminuir.

Esta noción de libertad puede tener consecuencias nefastas. Se ve claramente hoy, cuando muchas personas, con el pretexto de preservar su libertad, no se comprometen con nada o retrasan indefinidamente la hora de las elecciones decisivas (como el matrimonio) y pasan de largo ante las cosas más fecundas de la vida. La libertad así entendida se convierte en su propia negación: se convierte en indecisión, mientras debiera ser capacidad de compromiso.

Es bueno poder determinarse ante las diferentes posibilidades. Pero el ejercicio más alto y más fecundo de la libertad es quizás también consentir en algo que no hemos elegido, acoger con confianza realidades que nos superan.

Nuestra verdadera prisión somos de hecho nosotros mismos: los límites de nuestra percepción de la realidad, nuestras estrecheces de pensamiento y corazón. La experiencia muestra que, con mucha frecuencia, la aceptación de situaciones que no hubiésemos elegido, que rompen esta prisión y nos abren horizontes nuevos, nos hace percibir dimensiones más profundas, más ricas y más hermosas de la realidad.

La libertad humana no es tanto un poder de transformar, sino una capacidad de acogida. El acto de libertad más fecundo ejercido nunca por un ser humano es el *fiat* de María, su sí pleno de confianza y de amor.

Veamos también que la cuestión de fondo no es tanto disponer de una mayor o menor libertad de elección (libertad que, a fin de cuentas, no tiene mucho sentido en sí misma), sino las razones que me hacen optar por una u otra elección. ¿Qué es lo que me orienta en mis decisiones? ¿Una simple pulsión, unas ganas? ¿O la moda, el deseo de hacer como todo el mundo? ¿O son mis miedos, mis culpas, mis mecanismos de defensa y protección?

Una de las paradojas de la vida moderna es ver a veces a personas que se pretenden libres («Soy un hombre libre, una mujer libre» es un discurso que se oye con frecuencia en los platós de televisión), mientras que de hecho no hacen más que seguir modas o caprichos. Muchos piensan ser originales, pero no hacen más que repetir viejos esquemas.

Se plantea entonces la verdadera cuestión: ¿qué valores orientan y

conducen mi libertad? ¿Son fantasías, ilusiones, mentiras, o conducen a una verdadera realización de mi persona y de mi vida?

Es claro que si la libertad no está orientada hacia un bien real, conducida por valores objetivos, deja simplemente de existir. No hay libertad si no está unida a una verdad que la guía y la orienta. Solo la verdad nos hace libres, como dice el evangelio de san Juan⁵⁷. Sin verdad, sin puntos de referencia, sin criterios de elección, sin «ley», la libertad se vuelve loca. No hay libertad sin obediencia a una verdad mayor que uno mismo.

LIBERTAD E INDEPENDENCIA

Ser libre, eso sería no depender de nada ni de nadie. Aquí también hay una cierta parte de verdad. En efecto, no hay libertad sin conquista de una autonomía que nos haga capaces de asumir nuestra existencia, nuestras decisiones, sin depender de los demás de una manera que impida ser uno mismo.

Nos encontramos con faltas de autonomía, dependencias afectivas, coacciones sociales o prejuicios relacionales de los que es necesario a veces liberarse para encontrar la libertad.

Dicho esto, no podemos nunca prescindir de los demás, bastarnos a nosotros mismos. Hay un sueño de autosuficiencia que deriva de la ilusión y del orgullo. Hemos de consentir en depender de los demás para muchas cosas; nadie puede encontrar su felicidad y su plenitud en él solo. Recibimos una infinidad de cosas de los demás.

Además, la verdadera libertad no es un aislamiento, sino la capacidad de contraer vínculos, de «aliarnos» con personas concretas y ser fieles a estas alianzas. La alianza con Dios, en primer lugar, pero también todo un conjunto de alianzas con seres humanos: familia, comunidades diversas, familias religiosas, etc. Nos construimos a nosotros mismos gracias a las relaciones que establecemos. No hay libertad sin fidelidad. ¿Quién es más libre? ¿El que es fiel a la misma persona o comunidad, a pesar de los avatares de la vida, el paso del tiempo? ¿O quien cambia todos los años de pareja?

La conquista de la libertad no es la eliminación de toda dependencia, de todo vínculo, sino un discernimiento entre los vínculos que nos aprisionan y

los que nos construyen. Consiste en evitar las dependencias alienantes, pero también en acoger las que nos ayudan a ser nosotros mismos y las relaciones de amor verdadero que nos revelan a nosotros mismos —en particular nuestra dependencia radical de Dios, de quien lo recibimos todo—. Ser libre, es también consentir en una dependencia, es aprender a recibir de los demás.

La libertad supone no ser prisionero de costumbres, de conformismos sociales, pero tampoco es hacer tabla rasa del pasado, inventar la vida de nuevo como si nada nos hubiese precedido. Es necesario, como dice la Escritura, «*honrar padre y madre*⁵⁸», es decir, reconocer que lo recibido de quienes nos han precedido, a pesar de sus limitaciones y sus imperfecciones, nos inscribe en una historia, una tradición (en el sentido de transmisión). Hay que ser original, creativo, inventivo, pero también acogedor de lo que nos ha precedido. Sacar de nuestro tesoro «*cosas nuevas y antiguas*⁵⁹», como dice Jesús.

LIBERTAD Y ESPONTANEIDAD

Ser libre, esto sería poder seguir los propios impulsos, realizar los deseos personales, seguir el propio corazón, ser plenamente uno mismo, afirmar la personalidad. No actuar en función de coacciones exteriores, sino en función de lo que quiero. Disponer de mí mismo como a mí me parezca bien. Estos son unos temas muy corrientes hoy, que por otra parte la publicidad utiliza hábilmente para llevarnos a hacer, a fin de cuentas, no lo que verdaderamente nos conviene, sino lo que hace funcionar el comercio. Hay sin embargo en esta visión una parte de verdad. Es libre aquel cuya existencia es fundamentalmente gobernada por una especie de impulso interior, que procede de él mismo, y no por coacciones o influencias exteriores.

La aspiración a este aspecto de la libertad es tan legítima que es a eso a lo que quiere conducirnos la Escritura. Esa es la promesa magnífica de la Nueva Alianza en el libro de Jeremías: ser conducido, no por una ley exterior escrita en tablas de piedra, sino según una ley inscrita en el corazón. Dicho de otro modo, hacer espontáneamente lo que es bueno.

«Esta será la alianza que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días: pondré mi Ley en su pecho y la escribiré en su corazón[60](#)».

Eso se cumple por el don del Espíritu Santo. Encuentra la verdadera libertad quien es conducido por el Espíritu, y no por la Ley o por la «carne» (la naturaleza caída), como afirma san Pablo. Dejarnos conducir por el Espíritu nos lleva progresivamente a la verdadera espontaneidad, pues hay coincidencia entre los deseos del Espíritu y nuestra personalidad más auténtica: *«Donde está el Espíritu del Señor hay libertad*[61](#)».

Cuando identificamos libertad y espontaneidad, hay evidentemente un peligro: se puede pronto caer en una visión de la libertad que consiste en querer realizar todos los deseos, todo lo que queremos, incluso lo más perjudicial. La experiencia cotidiana muestra suficientemente que el seguimiento irreflexivo de los deseos y fantasías puede conducir a desilusiones brutales o esclavitudes dolorosas. Esta visión de la libertad prescinde de un trabajo, largo y paciente, en el que aprendemos a discernir (confrontándonos con los demás, con la realidad, con verdades objetivas) cuáles son, entre todos los deseos que nos habitan y los impulsos que nos solicitan, los que debemos seguir (pues proceden de lo que hay de auténtico en nosotros, de la presencia del Espíritu) y cuáles son por el contrario los que debemos refrenar (pues derivan de nuestras heridas psicológicas, de la «carne» en sentido paulino).

La verdadera espontaneidad —dicho de otro modo, la capacidad de vivir de manera justa y fecunda dejándonos llevar sencillamente por un impulso interior— es un hermoso ideal, pero no es algo inmediato; exige un largo y paciente trabajo sobre uno mismo y una apertura a la acción del Espíritu Santo. Como la libertad y ligereza de movimientos de un campeón de patinaje artístico o de una estrella de la danza, que necesitan un trabajo considerable.

Hoy se sueña con una libertad «cool», inmediata, barata, sin dolor ni esfuerzo. Pero la libertad es costosa, pide trabajo y renuncias. Debe a veces conquistarse a punta de espada: *«Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y arrójalo lejos de ti»*, dice Jesús[62](#). Sé implacable con lo que te quita la libertad de hijo de Dios. No se puede ser libre si no se está desprendido de

todo.

La libertad es una gracia, pero también una exigencia, un peso que cargar del que a veces quisiéramos desembarazarnos. No hay libertad sin responsabilidad, sin riesgo, sin momentos de duda, de angustia, de perplejidad. Algunas decisiones requieren un parto doloroso.

¿Cuál es entonces el trabajo sobre nosotros mismo que hay que emprender? Es esencialmente un trabajo de discernimiento: percibir la naturaleza, el sentido, el origen de los movimientos que nos animan, los impulsos que nos solicitan, las «voces» que resuenan en nosotros. Identificar lo que proviene de nuestras heridas psicoafectivas (nuestras reacciones desproporcionadas en el plano emocional, nuestras faltas de libertad, nuestras representaciones falsificadas de la realidad, la imagen deformada de los demás o de nosotros mismos de la que somos prisioneros). Tomar distancia respecto a las emociones, representaciones y deseos que nacen de nuestras heridas. Y, simultáneamente, ponernos a la escucha de nosotros mismos, dejar emerger nuestras aspiraciones profundas, los deseos que corresponden a nuestra verdadera identidad, a la voluntad del Padre sobre nosotros, las llamadas que resuenan en nosotros y van en el sentido de nuestro verdadero bien. Cito a Etty Hillesum:

«Creo que la vida me impone altas exigencias y grandes proyectos, a condición de que no me cierre a mi voz interior, que la obedezca, que me mantenga sincera y disponible, sin querer rechazar ya lo que me pesa⁶³».

La espontaneidad es una excelente cosa, a condición de someterse a un trabajo interior que permite distinguir entre lo que se origina en nuestros condicionamientos psicológicos superficiales y lo que viene de la profundidad de nuestro yo. «Ama y haz lo que quieras», dijo san Agustín, pero el amor es el fruto de un largo trabajo de purificación del corazón y de aprender a escuchar nuestras llamadas interiores.

LA UNIÓN INDISOCIABLE ENTRE LIBERTAD Y AMOR

¿Cómo salir de los impasses que acabamos de describir? ¿Cómo llegar a un

concepto de libertad que sea realista, accesible, y que permita gozar progresivamente de un verdadero sentimiento de libertad?

La respuesta está en comprender la unión que existe entre la libertad y el amor. En el amor se encuentra el cumplimiento de la libertad. A condición, sin embargo, de saber qué se entiende por amor.

Desarrollemos la siguiente idea: no hay amor sin libertad, pero no hay tampoco libertad fuera del amor.

Cuando una relación entre personas está gobernada por la coacción, el miedo, el regateo, se tiene cualquier cosa menos el amor; el amor no existe más que entre personas que se entregan una a la otra en una completa libertad. Por eso la Iglesia ha luchado tanto a lo largo de los siglos para exigir en el matrimonio la libertad en el consentimiento de los esposos. Por eso Dios respeta tanto la libertad del hombre. No quiere tener esclavos, sino hijos. La libertad es infinitamente valiosa porque es la condición *sine qua non* del amor.

Al leer, hace algunos años, el precioso diario espiritual de la beata de Quebec, Dina Bélanger, me impactó una cosa. Tenía con frecuencia apariciones de Jesús pidiéndole oraciones y a veces sacrificios o la aceptación de algunos sufrimientos por tal o cual persona. Sucedió una vez que el demonio tomó la apariencia de Jesús para pedirle algo análogo. Pero Dina atestigua que había una enorme diferencia entre las peticiones de Jesús y la del adversario. Jesús respeta nuestra libertad, pide sin obligar, mientras que el demonio obliga y culpabiliza.

«¡Qué distancia entre la acción de Jesús y la del ángel infernal! Jesús es la paz, el demonio es la confusión. Jesús es la libertad: ¿Quieres? El demonio es la coacción: ¡Ofrécete!⁶⁴».

A la inversa, y lo olvidamos a veces, *no hay verdadera libertad fuera del amor*. Es bueno ser libre, pero ¿qué voy a hacer con mi libertad? «La libertad, ¿para hacer qué?», dice el título de una obra de Bernanos. La libertad está destinada a realizarse en el amor, en el don de sí por amor, en un misterio de alianza con otros.

Si la libertad no se expresa en el amor, no se realiza en la decisión de amar (este amor auténtico que quiere el bien del otro), acabará por

autodestruirse.

Es toda la paradoja del Evangelio: el que quiera salvar su vida la perderá, el que acepta perder su vida (al darse por amor) la salvará. Me refiero al Evangelio por una razón muy sencilla: pienso que el Evangelio es una palabra para todos, pues no hace otra cosa que enunciar las leyes profundas y secretas de la existencia, lo «*preparado para vosotros desde la creación del mundo*[65](#)», valioso absolutamente para todos los hombres.

La única manera de gozar de un sentimiento de libertad —no pasajero sino permanente e incluso cada vez más intenso— es amar de verdad y amar cada vez más. Aprecio mucho las palabras de san Pablo que dice a los Corintios:

«*Es en vuestras entrañas donde se da la estrechez*[66](#)». Dicho de otro modo: vuestra falta de libertad no viene de las circunstancias exteriores, viene porque no amáis lo suficiente. El amor procura la libertad. Cuanto más verdadero es el amor, puro e intenso, mayor es la libertad. Un corazón que ama no está nunca encogido. La única libertad verdadera es al fin la libertad de amar. Esta libertad es accesible (contrariamente a la libertad de omnipotencia que soñamos a veces), pero es preciso el tiempo para adquirirla. Y, sin duda, es a fin de cuentas una gracia, un don que nos supera y viene de arriba... Es un don de Dios, un fruto del Espíritu Santo. Cuando seamos verdaderamente capaces de amar a Dios con todo nuestro corazón, de amar a todo hombre quienquiera que sea, de amarnos a nosotros mismos (de aceptarnos plenamente), entonces seremos verdaderamente libres.

Escuchemos a san Pablo qué uso hacer de nuestra libertad:

«*Siendo libre de todos, me hice siervo de todos para ganar a cuantos más pueda*[67](#)».

«*Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad. Pero que esta libertad no sea un pretexto para la carne, sino servicios unos a otros por amor*[68](#)».

EL AMOR SE FUNDAMENTA EN LA FE Y LA ESPERANZA

Ser libre es ser capaz de amar en toda circunstancia. La libertad cristiana no es la omnipotencia, sino la capacidad de crecer en el amor en toda situación.

Esta libertad es humilde, pero real. Nos está garantizada por Cristo.

Me parece extremadamente importante subrayar que esta libertad, que no es otra cosa que la capacidad de amar, supone un fundamento en la fe y la esperanza.

Amar en toda situación requiere una confianza en Dios, una confianza en la vida, una fe y una esperanza. La fe y la esperanza se podría decir que son las alas del amor, sin las cuales no puede alzar el vuelo. La experiencia muestra que cuando la fe o la esperanza disminuye, el amor también sufre.

La conclusión de nuestra reflexión es pues la siguiente: el único medio de conquistar la libertad es crecer en la fe, la esperanza y el amor.

Señalemos en primer lugar que siempre se es libre de creer, esperar y amar. Incluso en prisión, incluso en la peor de las situaciones, hay siempre actos de fe, de esperanza, decisiones en el sentido del amor que podemos realizar interiormente. Tenemos dentro de nosotros mismos un espacio inalienable de libertad.

Recíprocamente, lo que nos hace cada vez más libres es crecer en la fe, la esperanza y el amor. Las virtudes teologales tienen un gran valor de liberación: la fe libera de la duda, del error, de la mentira, de la ceguera, del sinsentido... La esperanza libera del miedo, del desánimo, de la inquietud, de la culpabilidad... El amor libera del egoísmo, de la avaricia, del repliegue sobre uno mismo, de un camino estrecho y sin sentido, sin valor ni fecundidad. Libera de las frustraciones y amarguras.

La medida de nuestra libertad es la medida de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor.

El camino hacia la libertad es, pues, poner por obra todo lo que aumente en nosotros la fe, la esperanza y el amor: nuestras decisiones cotidianas de confianza y de caridad; todos los medios que están a nuestra disposición para crecer en las virtudes teologales: la oración, el contacto con la Palabra de Dios, los sacramentos de la Iglesia, el apoyo de otros creyentes, etc. Todo lo que constituye la vida cristiana en su diversidad no tiene más que un objetivo: hacernos llegar a la plena libertad de los hijos de Dios.

DISCERNIR NUESTRAS FALTAS CONCRETAS DE LIBERTAD

En este proceso de crecimiento, es importante detectar y reconocer nuestras faltas de libertad. No nos podemos curar sin tomar conciencia de la enfermedad.

En virtud de lo que precede, podemos afirmar que no somos libres cuando nos gobierna algo que no es el amor, gobernados por la «carne» en sentido paulino (es decir, nuestro psiquismo herido). Quisiera dar algunos ejemplos de realidades que pueden, de modo más o menos consciente, gobernarnos en nuestras decisiones y actitudes, y por tanto inducir una falta de libertad. Sin pretender ser exhaustivo, voy a citar a bulto las que se me ocurren.

—La *codicia egoísta*: pretendemos amar, pero, de hecho, queremos poseer, apropiarnos del otro para satisfacer nuestros intereses egoístas.

—El *orgullo*: queremos formar parte de una élite, exaltar nuestro *ego*, probar a los demás que somos los mejores...

—El *miedo*: ocurre con frecuencia que tomamos decisiones inspiradas por el miedo, la necesidad de protegernos, el rechazo, la huida... El temor a la opinión de los demás, el temor al *qué dirán*. El miedo al sufrimiento crea más problemas que el mismo sufrimiento.

—El *sentimiento de culpa*: Es una buena cosa cuando nos ayuda a reconocer un mal que hemos cometido y nos lleva a corregirlo y repararlo. Pero puede llegar a ser excesivo: queremos redimirnos de una falta, sentirnos en regla en relación a tal o cual ley. Miedo de no contentar a Dios, de no hacer lo suficiente para agradarle, a causa de una falsa imagen de él. Culpabilidad que se enraíza en heridas psíquicas, y no en el amor auténtico. Sentimiento de tener una deuda, un precio que pagar para merecer vivir, merecer ser amado... olvidando que Cristo ha pagado todas nuestras deudas. Encontramos por ejemplo niños que, inconscientemente, se creen culpables del divorcio de sus padres y se prohíben ser felices.

—El *apegamiento afectivo*: actúo de esta manera para no perder el afecto o la estima de una persona a la que quiero, negando mi verdadera personalidad.

—Las *falsas obligaciones*: hay a veces, por diversas razones (convenciones sociales, miedo a no responder a lo que esperan los demás), deberes que nos imponemos a nosotros mismos, pero que ni Dios ni la verdad nos exigen. Por ejemplo, creerse obligado a complacer siempre a los demás.

Eso proviene a menudo de un *perfeccionismo*: debo absolutamente ser perfecto para ser amado y aceptado por los demás. O de un *legalismo*: si no respeto tal norma, es un desastre. Se es prisionero de la letra de la ley, en lugar de interpretarla de modo libre según su espíritu.

—Los *mercadeos inconscientes*: sacrificarse por alguien o por una causa, pero con la intención oculta de recibir algo a cambio.

—El *odio*: deseo de venganza, de «hacer pagar al otro» el mal que nos ha hecho. Actitud de *agresividad*, de *resentimiento*, de *cólera*. Es normal experimentar a veces estas emociones, pero no podemos dejarnos gobernar por ellas.

—Una *reacción relacionada con un sufrimiento*: lo que motiva nuestro acto no es un bien buscado en sí mismo, sino una reacción ante una situación o acontecimiento que no hemos «digerido», por decirlo así. He sufrido un desengaño en una relación amorosa: nunca más amaré a nadie. Un sacerdote me ha herido: culpo a toda la Iglesia. Llevo siempre la contraria a lo que dice tal persona, no por razones objetivas, sino porque estoy resentido con ella por algo que me hizo.

—El *mimetismo*: me creo obligado a imitar el comportamiento de tal persona, de tal grupo, por apego afectivo, por necesidad de reconocimiento, por hacerme aceptar en ese grupo.

—El *desaliento*: uno «se rinde» porque ha perdido la esperanza o la confianza en sí mismo. Eso puede conducir a la pereza o al dejarse llevar.

Observemos que se encuentran a veces conductas que parecen buenas, pero están gobernadas de hecho por algo que no es el amor, y son en realidad malas. Una gran generosidad puede así ocultar cálculo o miedos. Una obediencia sin falla puede ocultar infantilismo. Actitudes edificantes de piedad pueden provenir de un mimetismo o de la necesidad de reconocimiento. Hay personas que son exteriormente irreprochables, pero no tienen ninguna libertad interior. Eso produce a largo plazo consecuencias nefastas: rigidez, ahogos, tensiones interiores, agotamiento, enfados, frustraciones, rebeldías...

Hemos de pedir a Dios la gracia de poder discernir todas estas faltas de libertad, confiárselas a él, buscar curarnos de ellas poco a poco.

En este proceso de clarificación de nuestras motivaciones, la fidelidad a la

oración silenciosa, los tiempos de retiro, el acompañamiento espiritual son con frecuencia valiosos medios para tomar conciencia de nuestras faltas de libertad.

LA DICHA DEL ALMA, LIBRE PORQUE AMA

Ya lo dijimos, la conquista de la libertad es un trabajo costoso y a largo plazo. Para animarnos en este sentido, querría simplemente citar algunos preciosos textos de diferentes autores espirituales, de estilos muy distintos, pero que expresan la felicidad del alma que se siente libre porque está enteramente gobernada por el amor. Solo el amor reina en adelante en su corazón y guía toda su conducta.

Beata Beatriz de Nazaret (monja cisterciense de la Edad Media)

«Cuando el amor ha triunfado de todas sus resistencias, el alma es semejante a un ama de casa que lleva bien su casa, que la ha puesto sabiamente en orden y la ha adornado, que la protege con atención y la guarda con prudencia, actuando con criterio; abre y cierra, hace una cosa o deja de hacerla, según le parece bien. Y como el pez nada en la amplitud del río y reposa en su profundidad, como el pájaro vuela audaz en el espacio y se lanza hacia las alturas del aire, así siente esta alma su espíritu moverse libremente en la anchura y la profundidad, la extensión y la altura del amor. El amor hace al alma tan atrevida y tan libre que no teme a nadie: ni hombre ni demonio, ni ángel ni santo, ni incluso a Dios, en todo lo que hace o no hace, trabaje o descance. Y sabe bien que el amor está en ella tan vigilante y activo, en este descanso del cuerpo, como en muchas acciones: ve bien y siente que el amor no es cuestión de trabajo o de pena en aquellos en quienes él reina⁶⁹».

San Juan de la Cruz

«Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya solo en amar es mi ejercicio.

»Como si dijera: que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios; es a saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria,

entendimiento y voluntad [...], todo se mueve por amor y en el amor, haciendo todo lo que hago con amor y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor.

»[...] Aquí es de notar que cuando el alma llega a este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquiera manera que sea, siempre la causa más amor y regalo en Dios [...]. Y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, *ya todo es ejercicio de amor*. De manera que, ahora sea su trato cerca de lo temporal, ahora sea su ejercicio cerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma que *ya solo en amar es mi ejercicio*.

»Dichosa vida, y dichoso estado, y dichosa el alma que a él llega[70](#)».

Santa Faustina Kowalska

«El amor es un misterio que transfigura todo lo que toca en cosas bellas y agradables a Dios. El amor de Dios hace al alma libre. Ella es como una reina, que no conoce la coacción de la esclavitud. Emprende todo con gran facilidad, pues el amor que la habita le da la fuerza para actuar. Todo lo que la rodea le hace comprender que solo Dios es digno de su amor. El alma enamorada de Dios está sumergida en Él. Va a su deber con las mismas disposiciones que a la Santa Comunión. Cumple la más sencilla tarea con un gran cuidado bajo la mirada amorosa de Dios. No se altera cuando, después de algún tiempo, ve que no ha logrado algo. Sigue en calma, pues en el momento de hacerlo, ha puesto lo que ha podido. Cuando la abandona la presencia viva de Dios, esta presencia de la que goza casi sin pausa, trata entonces de vivir de pura fe. Esta alma comprende que hay momentos de reposo y momentos de lucha. Por la voluntad, está siempre con Dios. Está ejercitada en el combate como un caballero, ve de lejos dónde se esconde el enemigo y está presta para el combate. Sabe que no está sola, Dios es su fuerza[71](#)».

[57] Cf. *Jn* 8, 32.

[58] *Ex* 20, 12.

[59] *Mt* 13, 52.

[60] *Jr* 31, 33.

[61] *2 Co* 3, 17.

[62] *Mt* 18, 8.

[63] *Une vie bouleversée*, p. 195.

[64] *Autobiographie*, Religiosas de Jesús María, Canadá, p. 316.

[65] *Mt* 25, 34.

[66] *2 Co* 6, 12.

[67] *1 Co* 9, 19.

[68] *Ga* 5, 13.

[69] Beatriz de Nazaret (1200-1268), *Les sept manières d'aimer*. Citado en «Les voies de la foi» en la revista *Magnificat*.

[70] *Cántico espiritual* B, Canción 28, 8-10.

[71] Pequeño Diario, n. 889.

5. LA PAZ INTERIOR, UNA URGENCIA ESPIRITUAL

LA LLAMADA A DEJARSE PACIFICAR

«Nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva, en los que habita la justicia. Por lo tanto, queridísimos, a la espera de estos acontecimientos, esmeraos para que él os encuentre en paz, inmaculados e intachables» (2 P 3, 13-14).

Al concluir un pasaje que alude a la llegada del Día del Señor al fin de los tiempos, utilizando imágenes de la apocalíptica tradicional, es notable que san Pedro nos exhorta a que este Día «nos encuentre en paz». No angustiados o asustados, sino en paz.

Evidentemente, no debemos especular sobre el fin de los tiempos, solo el Padre conoce el día y la hora; pero me parece que hay aquí una enseñanza fundamental para el día de hoy: cuanto más caminan hacia el final la Iglesia y el mundo, y más gime la creación con dolores de parto, más debe el cristiano estar en paz. Cuantas más crisis atraviesa el mundo, y más marcada está la sociedad por tensiones e inseguridades, más necesario es encontrar la paz verdadera, dejarse pacificar en profundidad por Cristo.

Me parece que hay una urgencia espiritual. Cuanto más avanza la Iglesia en su marcha en la historia, más llamada está a vivir cada una de las Bienaventuranzas, y muy especialmente la séptima: *«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios».*

Se encuentra ahí una llamada muy fuerte a dejarnos pacificar por Cristo, a acoger en nuestro corazón la paz de Dios. Llegaré a decir que el primer deber de un cristiano no es ser perfecto, ni resolver todos sus problemas, es estar en

paz. Vuelvo a Etty Hillesum cuando se expresaba así en 1942:

«Nuestra única obligación moral, es desbrozar en nosotros mismos amplios claros de paz y abrirlos cada vez más, hasta que esta paz irradie a los demás. Cuanta más paz haya en los seres, más habrá también en este mundo en ebullición⁷²».

Si mi corazón no está pacificado, seré vulnerable ante todas las fuerzas de divisiones, ante todas la espirales de miedo y violencia que agitan el mundo. Todo lo que no está pacificado en mí da un lugar donde agarrarse al mal, es como una puerta abierta al demonio, a las fuerzas de disociación por las que él quiere arrastrar el mundo a su pérdida. Eso se verifica muy a menudo en la historia del siglo XX: se ha visto a muchas personas, ya sea en Europa o en Ruanda, arrastradas a cometer cosas, actos de violencia o cobardía, de las que no hubieran pensado nunca ser capaces. La razón profunda está en que, cuando el corazón del hombre no está verdaderamente pacificado por Dios, cuando está aún habitado por los miedos, mecanismos de defensa, y se encuentra sumergido en un contexto en que el mal se desencadena, o la violencia, el odio, las actitudes sectarias se difunden, donde la presión social se muestra cada vez más fuerte, el hombre se vuelve incapaz de resistir y se deja arrastrar a cometer el mal. En algunos momentos de la historia, la buena moralidad no basta...

Debemos, por tanto, estar preparados, como dice Jesús en el Evangelio, pues no sabemos el día ni la hora. Para mí, un aspecto esencial de esta vigilancia espiritual es velar sobre nuestro corazón y educarlo para que permanezca, pase lo que pase, en la paz de Dios.

Es notable que, entre las Bienaventuranzas presentadas por el evangelio de san Mateo, la de los pacíficos sea la séptima. El número siete indica un cumplimiento, una plenitud, una coronación. El hombre de las Bienaventuranzas irradia la paz. En la liturgia eucarística latina, la palabra «paz» se encuentra siete veces en el Padre Nuestro y la comunión. La Eucaristía es por excelencia un lugar de pacificación del corazón, de descanso en Dios.

Si emprendemos el camino de las Bienaventuranzas, el de la pobreza de espíritu y de todas sus expresiones (mansedumbre, aflicción, hambre y sed de justicia, misericordia, pureza de corazón), el fruto es la paz del corazón, que

nos permite convertirnos en artífices de la paz alrededor de nosotros y merecer el hermoso título de «*hijos de Dios*». Y solo la adquisición de esta paz permite vivir la octava bienaventuranza, dicho de otro modo, recibir la persecución como una dicha y no una desgracia.

LA PAZ INTERIOR, PROMESA DIVINA

Adquirir la paz, aunque eso exija un largo esfuerzo, es más la acogida de una promesa que un ejercicio ascético. El largo discurso de Jesús después de la Cena, en el evangelio de san Juan, es muy significativo a este respecto. Comienza así, en el capítulo 14: «*No se turbe vuestra corazón*». Un poco más adelante, en el versículo 27, se encuentran estas palabras:

«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestra corazón ni se acobarde».

La paz prometida por Jesús no es la del mundo (la tranquilidad de aquel a quien todo le va bien, sus problemas se resuelven y sus deseos son satisfechos, una paz en todo caso bastante rara...); la paz de Jesús puede recibirse y experimentarse incluso en situaciones humanamente catastróficas, pues tiene su fuente y su fundamento en Dios. Al final del capítulo 16, justo antes de la oración sacerdotal, dirigida al Padre, las últimas palabras de Jesús a los discípulos son las siguientes:

«Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo».

Como si el objetivo último de todas las palabras de Jesús, su testamento espiritual, fuese enraizar al creyente en la paz.

Nuestra paz no procede del mundo, de las circunstancias exteriores. Viene de nuestra comunión de fe y amor con Jesús, el Príncipe de la Paz. Es un fruto de la oración. Dios es un océano de paz y cada vez que, por la oración, estamos en unión íntima con él, nuestro corazón reencuentra la paz. Es a veces urgente y un deber orar hasta que vuelva la paz. Pienso que esta

experiencia de la oración como lugar de pacificación es uno de los criterios de discernimiento de la autenticidad de nuestra vida de oración. Poco importa que nuestra oración sea pobre y árida, desde el momento en que produce frutos de paz. Si, por el contrario, no produce ese efecto, es cosa de plantearse preguntas.

Uno de los bellos textos de la Escritura donde encontramos esta promesa de la paz (son numerosos) es un pasaje de la Carta a los Filipenses:

«El Señor está cerca. No os preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones con acción de gracias. Y la paz de Dios que supera todo entendimiento custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús[73](#)».

¿POR QUÉ BUSCAR LA PAZ INTERIOR?

La búsqueda de la paz interior es mucho más que procurar la serenidad psicológica (que no es de despreciar y tan deseada hoy día; es raro que la publicidad de una tisana o de un fin de semana con Spa no nos la prometa...). Se trata de otra cosa: de abrirnos a la acción de Dios. Hay que comprender una sencilla verdad, pero de gran importancia espiritual: cuanto más tendamos a la paz, más puede actuar la gracia de Dios en nuestra vida. Como un lago tranquilo refleja perfectamente el sol, así un corazón apacible es receptivo a la acción y a las mociones del Espíritu.

«El demonio pone todos sus esfuerzos en quitar la paz de nuestro corazón, porque sabe que Dios descansa en la paz y es en la paz cuando obra grandes cosas[74](#)».

San Francisco de Sales dice también a una de sus dirigidas:

«Porque el amor no habita más que en la paz, sed siempre cuidadosa en conservar la santa tranquilidad de corazón que os recomiendo tan a menudo[75](#)».

Solo un corazón pacífico es capaz de amar verdaderamente.

Esforzarnos en conservar la paz de nuestro corazón, luchar contra la inquietud, la confusión, la agitación de espíritu, son condiciones

indispensables para dejar que Dios actúe, y así crecer en el amor y dar a nuestra vida la fecundidad a la que somos llamados. San Serafín de Sarov no dudaba en decir: «Adquiere la paz interior y una multitud encontrará a tu lado la salvación».

Hay que añadir que solo en la paz tenemos un buen discernimiento. Cuando no estamos en paz, cuando estamos confusos, inquietos, agitados, somos entonces juguete de nuestras emociones y no tenemos una visión objetiva de la realidad, estamos tentados de verlo todo negro y de poner todo en cuestión en nuestra vida. Por el contrario, cuando estamos en paz, vemos claro. San Ignacio de Loyola lo había comprendido bien, distinguía en la vida espiritual los períodos de «consolación» y los de «desolación», y aconsejaba no tomar decisiones comprometidas sobre nuestra vida en este último caso, sino seguir fiel a lo que se había decidido en el anterior periodo de paz.

Deberíamos deducir esta regla de conducta: cuando un problema cualquiera nos hace perder la paz, lo urgente no es resolverlo esperando así recuperar la paz. Lo urgente es recuperar antes un mínimo de paz y ver luego lo que podemos hacer con ese problema. Evitaremos decisiones rápidas y precipitadas, gobernadas por el miedo, y no buscaremos resolver a toda costa problemas ante los que somos impotentes, cosa que ocurre con frecuencia. ¿Cómo recuperar ese mínimo de paz? Esencialmente por la oración, la escucha de la Palabra, los actos de fe y de confianza en Dios que nunca nos abandona.

UN LARGO TRABAJO DE RECONCILIACIÓN

Para adquirir la paz interior, además de los actos «puntuales» en los momentos de lucha, que acabo de mencionar, es necesario también entregarse a un trabajo más en profundidad que resume, a fin de cuentas, toda la vida cristiana. Este trabajo implica una toma de conciencia de todo lo que no está pacificado en nosotros y una apertura a la gracia, un esfuerzo simultáneo de curación y conversión, que nos permita ser cada vez menos el juguete de las circunstancias exteriores o de nuestras heridas, y encontrar en Dios una mayor estabilidad. Hay aquí una gran obra, de la que no podemos dar más que algunas pistas en este breve capítulo.

Es interesante destacar que la palabra «paz» en la tradición hebraica, aunque designa en primer lugar lo que se opone a la guerra, tiene también el sentido de cumplimiento, de plenitud, de abundancia. Está en paz quien puede decir como el salmista : «*El Señor es mi pastor, nada me falta*⁷⁶». Lo contrario de la paz es entonces la carencia, la frustración, el vacío, la insatisfacción. Los dos significados se unen: son casi siempre nuestras carencias, nuestras frustraciones, las que alimentan nuestros conflictos con los demás. No soportamos a los demás porque no nos soportamos a nosotros mismos.

Nada se opone tanto a la paz bíblica como el vacío interior, la insatisfacción engendrada por una vida privada de sentido. El hombre está llamado a la felicidad, destinado a una plenitud, hecho para ser colmado, y no soporta el vacío. En el mundo de hoy se ve bien lo destructor que puede ser el vacío espiritual: engendra violencia, o bien actitudes depresivas, o incluso búsquedas frenéticas de compensación. El hombre moderno está amenazado más que nunca por toda una serie de comportamientos adictivos (sexo, alcohol, droga, Internet, glotonería...), que tienen a menudo como punto de partida el intento ilusorio de llenar una carencia.

Observemos también que, aunque la paz se opone al conflicto, todas las guerras no son guerras abiertas, manifestaciones de violencia o agresividad; además de las guerras ofensivas, hay también guerras defensivas: los comportamientos por miedo, el repliegue sobre sí mismo, los intentos de controlarlo todo, las barreras que se levantan para protegerse de sí mismo, de los demás, de la vida. Eso también se opone a la paz bíblica.

Todo esto quiere decir que la adquisición de la verdadera paz interior no puede prescindir de una toma de conciencia y de una apertura a la gracia divina en todas las actitudes y comportamientos (más o menos conscientes) que acabo de mencionar. Identificar nuestras actitudes agresivas, cóleras, odios, amarguras, pero también nuestras frustraciones, insatisfacciones, miedos, mecanismos de negación o de defensa, rechazo a vivir, que son la expresión de una falta de paz y alimentan los conflictos en los que nos enredamos con tanta frecuencia.

Para clasificar la materia, se podrían distinguir fácilmente cuatro campos en los que se manifiestan nuestras faltas de paz:

—La relación con Dios: estar en paz con Dios significa una actitud de disponibilidad, de confianza, de gratitud. Mientras que, a veces, se puede huir de él, cerrarse, desconfiar de él. Se le puede reprochar por un sufrimiento que hemos padecido, una expectativa no atendida, una fidelidad aparentemente estéril. Uno se puede sentir indigno o culpable delante de él.

—La relación con uno mismo: no aceptarse tal como se es, cosa muy frecuente. Despreciarse, juzgarse, estar perpetuamente descontento de sí...

—La relación con otro: miedos, cerrazones, pero también amarguras, rencores, perdones rechazados...

—Y añadiría: la falta de paz en la relación con la existencia, con la vida. Lamentos por el pasado, inquietudes ante el porvenir, incapacidad de asumir la vida presente, pérdida del sentido y del gusto de lo que vivimos...

Todo eso quiere decir, para terminar, que la adquisición de la paz interior supone un largo trabajo de reconciliación: con Dios, con uno mismo y nuestra flaqueza, con el prójimo, con la vida. Tarea laboriosa que requiere paciencia y perseverancia, pero con todo posible, pues para esta obra de reconciliación se nos dio justamente Cristo, él que vino a hacer la paz por la sangre de su Cruz. Reconciliando al hombre con Dios, manifestándole el verdadero rostro del Padre, reconcilia progresivamente al hombre consigo mismo, con su prójimo, con la vida. Solo Cristo es nuestra paz, como afirma san Pablo en la Carta a los Efesios, pues por él «*tenemos acceso al Padre*⁷⁷».

[72] *Une vie bouleversée*, Seuil, p.169.

[73] Flp 4, 5-7.

[74] Lorenzo Scupoli, *El combate espiritual*. Autor del s. XVI que tuvo gran influencia en san Francisco de Sales.

[75] Carta a la abadesa del Puy d'Orbe.

[76] Ps 23, 1.

[77] Ef 2, 14-18.

6. EN BUSCA DE NUESTRA IDENTIDAD

EL RECONOCIMIENTO SOCIAL EN CRISIS

Los observadores de la vida social constatan una cierta contradicción en el mundo actual. Hay de una parte la manifestación de la necesidad cada vez más acuciante de reconocimiento. Se aspira a ser reconocido, a salir del anonimato, se busca que hablen de uno. El sueño de convertirse en una celebridad no ha sido nunca tan fuerte. Dan fe de esto el éxito de la prensa del corazón, la participación en programas de televisión, los concursos de belleza, el afán de hazañas deportivas y records de toda clase (publicados cada año en el Guiness, donde se encuentran cosas inverosímiles, como el record de ingestión de escorpiones), la proliferación de los blogs. En un dibujo de Sempé, se ve a un hombrecillo en una inmensa biblioteca, con las estanterías repletas hasta el techo de miles de volúmenes, muy aplicado a escribir mientras dice a un amigo: «Me he decidido a escribir una novela para salir del anonimato».

Pero, por el contrario, todas las instituciones que, en otro tiempo, podían procurar a los individuos una cierta cualificación y reconocimiento, tienen hoy dificultad para cumplir su misión. En la familia, la figura de los padres está descalificada. La escuela está desacreditada, los diplomas no dan ninguna garantía de empleo. El mundo político, el Estado, así como los honores académicos son sospechosos. El mantenimiento de un puesto directivo en la empresa depende del humor de los accionistas y de las cotizaciones de bolsa más que del trabajo realizado, y la presión que imponen los objetivos económicos hace a menudo de la vida profesional un lugar de angustia más que de gratificación. Los grados militares no interesan ya a mucha gente. En cuanto a la Iglesia y a las instancias representativas de la

religión o de la moral, no se les concede apenas en Occidente la capacidad de apreciar el valor de un individuo. La transgresión está más de moda que la buena conducta, y hace ya tiempo que el cura no es un notable.

Nos encontramos con esta paradoja: un hambre cruel de reconocimiento, de identidad, pero ya no hay nadie capaz de otorgarlo, de validar una identidad. No queda más que la opinión pública o los *medias*, que procuran una fama efímera, basada sobre valores superficiales y modas pasajeras. Eso no puede contentar verdaderamente a nadie...

EL FRÁGIL RECONOCIMIENTO AFECTIVO

Esta necesidad de reconocimiento, insatisfecha en el plano social, se suele transferir a la esfera privada, la de los vínculos personales. Se aprecia un refugio en la vida privada, en una búsqueda de calor afectivo; se ve hoy cómo los adolescentes se apegan unos a otros. Se constata también una valoración extrema de la experiencia amorosa. Es verdad que ahí hay algo hermoso: un rostro adquiere, entre todos los demás, un valor único a mis ojos y, a la inversa, me convierto para el otro en alguien único. Es el lugar de un reconocimiento mutuo, de un aprecio (en sentido etimológico: dar precio) recíproco. Cada uno adquiere un valor inmenso para el otro. Al descubrir al otro, me descubro a mí mismo. Esta experiencia responde a una necesidad profunda, la de ser amado de modo único. Pero es frágil y no cumple siempre sus promesas. Si la necesidad de reconocimiento se alimenta exclusivamente de la relación afectiva, ¿qué pasa cuando el sentimiento amoroso deja paso a la indiferencia, al rechazo? Todo se hunde. La necesidad de reconocimiento exige un fundamento más sólido que la simple intersubjetividad. ¿Cómo un ser, a fin de cuentas semejante a mí, frágil e imperfecto, puede por sí solo otorgarme un verdadero reconocimiento? Es preciso que intervenga la mediación de Otro.

La única salida de estas paradojas es el encuentro con el Padre. Solo él puede dar a cada persona el reconocimiento que ansía. Solo él revela a cada uno su verdadera identidad, con el máximo a la vez de verdad objetiva y ternura subjetiva. Profundizar en la relación filial con Dios genera en el corazón del hombre lo que constituye de hecho el núcleo, sólido y dulce a un

tiempo, de la identidad personal: una doble certeza, la de ser amado y la de poder amar. Las dos son necesarias y no encuentran su fundamento último más que en la vida de hijo de Dios, realizada por el don del Espíritu.

LA PERSONALIDAD PSICOLÓGICA

La sed de identidad se manifiesta en el entusiasmo por la psicología. La moda de los test, por ejemplo. Todas las revistas femeninas proponen de vez en cuando a sus lectoras marcar una serie de casillas para responder a preguntas del tipo: «¿Qué clase de enamorada es usted?».

Pero los tests psicológicos, por muy afinados que estén, no revelan más que un aspecto superficial de la personalidad, no hacen otra cosa que colocarnos en una determinada categoría. No pueden llegar a lo verdaderamente singular de una persona. En la búsqueda y la construcción de la identidad, la psicología tiene una utilidad innegable: permite «desbrozar el terreno», ayudar a la persona a tomar conciencia de aspiraciones soterradas, o de lo que hay de artificial en la construcción de su yo (mimetismos, ilusiones, dependencias de la opinión de los demás...). Pero no da acceso a la identidad profunda de la persona.

EL PADRE QUE NOS HACE HIJOS SUYOS

En un sentido más amplio, en el desarrollo de la identidad personal, los aspectos humanos son por supuesto muy importantes (descubrimiento y puesta en práctica de los talentos y capacidades), pero lo que es decisivo a fin de cuentas es la dimensión espiritual, la instauración de una relación verdadera y profunda con Dios. La acogida y el despliegue en toda nuestra vida de esta Palabra: *«Tú eres mi hijo bienamado, en quien he puesto mi complacencia»*. Dios, al revelar su rostro de Padre, da al hombre la posibilidad de descubrir su propio rostro.

La puesta al día de mi identidad profunda es del orden de una verdadera revelación. Revelándose como Creador, Salvador, Padre, Dios revela al hombre a sí mismo. Revela a cada uno lo que tiene de único: el amor único

de que es objeto por parte de Dios y también el amor único que puede dar a Dios y al mundo, que nadie podrá dar en su lugar. Yo no seré ni san Francisco ni la madre Teresa, pero puedo amar a Dios como nadie le ha amado nunca hasta ahora (como lo han deseado muchos santos). Tengo una manera única de llevar en mí la imagen de Dios, de dejarme configurar con Cristo y dar fruto.

Hay que advertir, sin embargo, una cosa. El proceso por el que una persona accede a su identidad profunda, a un verdadero conocimiento de sí, de su misión, de la gracia que reposa en ella, está lejos de ser siempre un proceso tranquilo y lineal de adquisición progresiva de competencias, cualidades, etc. Es con frecuencia paradójico, en la lógica del Evangelio: es necesario perderse para encontrarse. Pasa por muchas pruebas, fracasos, humillaciones, dolorosos desprendimientos, es decir, caídas lamentables (como san Pedro). Pasa por tomar conciencia de la pobreza y de la impotencia radical que son lo propio nuestro. Eso es necesario para que la parte artificial y voluntarista de nuestra identidad, así como la componente de presunción, de ilusión, de narcisismo, de búsqueda egocéntrica de realización que habita en cada uno, sea radicalmente eliminada. El yo superficial debe morir para que se revele la identidad verdadera. Paradójicamente, es aceptando nuestra pobreza como se descubre la maravilla que uno es a los ojos de Dios. Hay capas profundas de miseria que es necesario haber atravesado para descubrir el núcleo intacto y santo de nuestra personalidad, que no es otro que el amor único que Dios nos tiene y el amor único que, por pura gracia, nos da la posibilidad de desplegar.

Quien, desde el fondo de su pobreza, no cesa de buscar sinceramente a Dios y de responder a sus llamadas, acabará pronto o tarde por verse reflejado en las palabras del Salmo 138: «*Te doy gracias porque me has hecho como un prodigo: tus obras son maravillosas*».

7. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

EL AÑO DE LA EUCARISTÍA

El papa Juan Pablo II quiso declarar 2004 el año de la Eucaristía. Era una invitación que debíamos tomar muy en serio. El Santo Padre consideraba este año de la Eucaristía como una síntesis y culmen de todo el camino que había indicado a la Iglesia diez años antes, cuando, en noviembre de 1994, en *Tertio millennio adveniente*, había comenzado a orientar la vida de la Iglesia hacia el Gran Jubileo del año 2000.

La Eucaristía no es solamente un sacramento que celebrar, debe ser algo que polariza toda nuestra vida y que la reestructura desde dentro. En su carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* («Quédate con nosotros, Señor») donde presenta el año de la Eucaristía, el Santo Padre utiliza las expresiones «manera de ser⁷⁸», «actitud eucarística⁷⁹»; habla allí como de una «escuela⁸⁰» a partir de la cual debe difundirse una «cultura de la Eucaristía⁸¹» llamada a renovar la vida de todo cristiano, hasta impregnar la misma vida social. Es preciso que no solo recibamos o adoremos el Santísimo Sacramento, sino que se trata de «convertirnos en Eucaristía»...

Se podría desarrollar por extenso todo lo que la Eucaristía, vivida con fe e interioridad, nos enseña y cuáles son las actitudes para las que nos educa progresivamente. La Eucaristía enseña a hacer de la existencia humana una acción de gracias y una alabanza a Dios: «¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magnificat!*⁸²». Nos enseña que el hombre es llamado a alimentarse del mismo Dios, que es un ser de comunión con Dios y sus hermanos. Es una escuela de caridad auténtica, de vida entregada por amor, de compartir, de servicio, de atención a los más pobres. Es una «gran escuela de paz⁸³», dice el Santo Padre. Advirtamos que

la Eucaristía no solo es enseñanza, luz para mostrar el camino, sino también transformación interior, gracia y fuerza para practicar todas estas actitudes.

LA EUCARISTÍA, ESCUELA DE MADUREZ ESPIRITUAL Y DE FE

En un artículo de la revista *Feu et Lumière* sobre la madurez espiritual (n.º 233), he explicado que la madurez cristiana consiste en poner en el centro de nuestra vida actitudes de fe, esperanza y amor. Las «virtudes teologales» están llamadas a convertirse poco a poco en el fundamento de nuestro modo de ser, hasta reestructurar progresivamente nuestra psicología misma.

En esta línea, quisiera hacer comprender cómo la Eucaristía es para nosotros una preciosa educación en la fe, la esperanza y el amor. Me contento ahora con hablar de la fe; las otras dos virtudes teologales serán objeto de tratamientos ulteriores.

MYSTERIUM FIDEI

Una de las primeras características de la Eucaristía viene dada por ser un misterio de fe o *mysterium fidei*.

Solo la fe puede hacernos penetrar verdaderamente en la comprensión de este gran sacramento. Eso no quiere decir que haya que contentarse con una credulidad ingenua, donde la razón tenga que callarse. Fe y razón se necesitan absolutamente la una a la otra. Como recordó el Santo Padre Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*, se sostienen mutuamente. La razón sin fe corre el riesgo de encerrarse en una percepción del mundo demasiado estrecha, pero la fe sin la razón no puede satisfacer al hombre, que necesita movilizar su inteligencia para buscar comprender en lo posible lo que cree y justificar su fe.

Sin embargo, sigue siendo cierto que el recurso que nos permite acceder a la verdad más profunda de la Eucaristía es solo la fe. Juan Pablo II lo repite, es un misterio «que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos [...], pero nos basta solo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y

que los Apóstoles nos han transmitido⁸⁴».

Cuando, en su encíclica, Juan Pablo II habla de María como la «mujer eucarística⁸⁵», la primera actitud que menciona es la fe de María:

«Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como esta⁸⁶».

Frecuentar la Eucaristía nos educa en una mirada de fe. Nos enseña a no fiarnos solo de las apariencias, sino a poner como fundamento de nuestra percepción de la realidad la obediencia a la palabra de Dios, la confianza en la verdad de esta palabra. Nos obliga a no quedarnos en el nivel de nuestras impresiones, sino a tomar en serio esta palabra y el universo divino al que nos da acceso.

Eso nos ayuda a superar el racionalismo. Este solo considera como realidad lo que la razón es capaz de captar por sus propios recursos y nos encierra en una percepción demasiado estrecha del mundo, donde el hombre se asfixia. Esta tendencia racionalista, que impera en Occidente desde hace algunos siglos, suscita como reacción, según puede verse hoy, una fascinación por lo paranormal, los horóscopos, la magia... ¿Cómo se explica el éxito increíble de Harry Potter? Porque el hombre tiene necesidad de misterio, no puede contentarse con un universo reducido a lo que la lógica racional puede captar por sí misma.

Lo paradójico en la cultura contemporánea, es que está continuamente dividida entre un racionalismo estrecho y una fascinación por lo irracional, a veces por lo más oscuro y peligroso. Más vale seguir en la línea de la tradición cristiana, donde la necesidad de lo maravilloso, de misterio, de transcendencia logró armonizarse con el realismo y las exigencias de la razón.

ENTRAR EN LA SABIDURÍA DE DIOS

Si nos apoyamos en la confianza en la Palabra y las promesas de Dios, la Eucaristía, acostumbrándonos a dirigir una mirada de fe a la realidad, evita

que nos encerremos en una sabiduría y seguridades solamente humanas.

Eso es muy pedagógico para nosotros, pues nuestra tentación constante es juzgar toda realidad según las apariencias o según nuestros propios criterios, y hacernos así incapaces de entrar en la sabiduría de Dios y discernir su acción. Y, en consecuencia, nos inquietamos y desanimamos sin cesar, pues en lugar de tomarnos en serio las promesas de Dios, preferimos fiarnos de nosotros mismos y de nuestra percepción limitada del mundo.

La necesidad más urgente que tenemos es crecer en la fe. A veces bromeo diciendo que, a fin de cuentas, el único problema serio de nuestra vida es nuestra falta de fe. En efecto, todos los demás problemas, cuando se enfrentan con fe, no son ya tanto problemas sino más bien oportunidades de crecimiento humano y espiritual. «Todo es gracia», decía la pequeña Teresa poco antes de morir. Incluso las peores dificultades, cuando las vivimos en la fe y la esperanza, acaban antes o después por ser para nuestro bien y por aflorar «tesoros escondidos», más hermosos y valiosos que los que pretendemos producir por nosotros mismos.

El día en que lo comprendamos, tendremos una gran victoria. Estaremos en paz con la vida. Será más fácil reconciliarnos con nuestra historia personal, así como aceptar a los demás tal como son y estar en paz con ellos. Ya no tendremos necesidad de pasarnos la vida buscando culpables o chivos expiatorios a los que cargar con la responsabilidad de nuestras desgracias.

LA FE DESCUBRE LAS REALIDADES VERDADERAS

Venerar la Eucaristía es para nosotros una manera muy fuerte de confesar nuestra fe en la verdad de la Palabra de Dios y de hacer crecer esta fe. Eso nos hace también experimentar que la fe nos da acceso a la realidad verdadera. Lo que creemos (aunque eso sea a veces en parte oscuro para la razón y desconcertante para la sensibilidad) acaba por revelarse como la suprema realidad, que no nos decepciona, sino que por el contrario logra satisfacernos más allá de lo que esperábamos.

Veamos lo que dice Balduino de Ford, un cisterciense del siglo XII:

«Cristo estaba oculto, desde el comienzo, en el seno del Padre. Está luego oculto bajo la forma de esclavo que asumió. Se esconde aún ahora en el sacramento que instituyó. Oculto en el seno del Padre, lo encuentra la fe; oculto en una humanidad, lo encuentra la fe; y es aún la fe la que lo descubre en el sacramento en que se oculta. ¡Grande es la virtud de la fe que obtiene tal gracia de familiaridad con Dios![87](#)».

La celebración de la Eucaristía vivida con fe y amor, las horas pasadas en coloquio silencioso ante el Santísimo Sacramento, nos llevan de modo cierto a una experiencia verdadera de Dios, en la que se hace evidente para nosotros que estamos tocando la realidad última. Paradójicamente, un misterio tan pobre y desconcertante en cuanto a las apariencias nos hace vivir de vez en cuando momentos de una plenitud y de una felicidad que superan todo cuanto la tierra puede conceder. En *Mane Nobiscum Domine*, Juan Pablo II se refiere a la experiencia de los santos (y sin duda a la suya propia) con estas palabras:

«Cuántas veces han derramado lágrimas de commoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo “nupcial” ante el Sacramento del altar[88](#)».

La Eucaristía nos permite pronto o tarde «*gustar y ver cuán bueno es el Señor*», como dice el Salmo 34; nos pone así en contacto vivo con la más real de las realidades: el Dios-Amor.

Estoy persuadido de que esta experiencia de los santos está destinada a convertirse en la experiencia de todos los creyentes. Habrá en los años por venir cada vez más «milagros eucarísticos», no forzosamente manifestaciones extraordinarias, sino en el sentido de corazones que van a transformarse y psiquismos que van a curarse en contacto con la Eucaristía.

El amor a la Eucaristía es la ocasión de experimentar que el acto de fe nos abre a realidades insospechadas que, con ser misteriosas y desconcertantes para nuestras facultades humanas, no son menos realidades sólidas, verdaderos puntos de apoyo para nuestra transformación interior y nuestro crecimiento humano y espiritual.

San Pablo felicita a los Colosenses por la «*la firmeza de vuestra fe*[89](#)». La fe seguirá siempre de algún modo un salto a lo desconocido. Pero la fe es sólida, pues las realidades a las que nos da acceso no pueden decepcionarnos;

al contrario, nos llenan, nos hacen vivir y nos renuevan interiormente de día en día. «*El justo vivirá de la fe*⁹⁰». Y la Iglesia del futuro encontrará una sabiduría y una vitalidad extraordinarias en su fe eucarística.

[78] *Mane Nobiscum Domine*, 25.

[79] *Ibid.*, 26.

[80] *Ibid.*, 27.

[81] *Ibid.*, 24.

[82] *Ecclesia de Eucharistia*, 58.

[83] *Mane Nobiscum Domine*, 27.

[84] *Ecclesia de Eucharistia*, 59.

[85] *Ibid.*, 53.

[86] *Ibid.*, 54.

[87] Cf. Marie-Nicole Boiteau: «*Je suis avec vous tous les jours*»; Cahiers de l’École cathédrale.

[88] n. 31.

[89] *Col* 2, 5.

[90] *Ha* 2, 4.

8. EUCARISTÍA Y ESPERANZA

EUCARISTÍA, FELICIDAD DE LOS POBRES Y ESPERANZA DEL REINO QUE VIENE

En los capítulos precedentes, he querido mostrar cómo la celebración de la Eucaristía es para nosotros una escuela de madurez espiritual y por tanto de crecimiento en las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. He comenzado por mencionar de qué modo nos educa en una mirada de fe y nos hace experimentar el acceso a las realidades más hermosas y fecundas.

Quisiera ahora interesarme por la segunda virtud teologal y decir algunas palabras sobre la unión entre Eucaristía y esperanza.

La esperanza supone la confianza en el cumplimiento de las promesas de Dios. Nos lleva gozosamente al mundo que vendrá, a la gloria de la que somos herederos en Cristo, gloria sin medida, comparada con los sufrimientos del tiempo presente. La esperanza es también esta virtud que nos lleva a la aceptación de nuestra pobreza, a no inquietarnos jamás ni desanimarnos por nuestras debilidades, sino a esperarlo todo de la misericordia y del amor de Dios. Profundicemos en estos dos aspectos, comenzando por el segundo.

ESPERANZA Y POBREZA ESPIRITUAL

La esperanza es esta actitud de corazón que nos hace esperarlo todo del don de Dios, en la pobreza espiritual aceptada y en la confianza. Me parece que esta actitud se expresa y se vive de modo privilegiado en la celebración y en la adoración de la Eucaristía.

Para comprender bien esto, es necesario ver la unión estrecha que hay

entre la pobreza y la esperanza. No se puede verdaderamente «entrar en la esperanza», según la invitación de Juan Pablo II, si no se es pobre de corazón. Mientras tengamos riquezas a las que estamos apegados, seguridades y apoyos humanos en los que ponemos nuestra confianza, no podemos verdaderamente practicar la esperanza, que consiste en no contar más que con Dios. Por eso, en su pedagogía, Dios permite que pasemos por empobrecimientos, la pérdida de algunas seguridades, o caídas lamentables, para aprender finalmente a no contar más que con Él y su misericordia. Pedro es un buen ejemplo: serán necesarias sus negaciones en la Pasión para que aprenda a no apoyarse en sus virtudes, en su propio valor, sus arrebatos de entusiasmo humano, sino solo en el amor de Jesús.

Incluso en el orden espiritual, somos tentados siempre por la riqueza: querriámos estar seguros de nosotros mismos, tener «stocks» abundantes de gracia, de virtudes, de formación, de sabiduría en los que apoyarnos para enfrentar tranquilamente las dificultades de la vida. Pero, por definición, la gracia no se puede poner en conserva. Se recibe humildemente un día tras otro. Es como el maná que alimentaba a los hebreos en el desierto: si se quería hacer provisiones, se pudría. Había que recogerlo cada día. No digo que no haya que ejercitar las virtudes y adquirir buenos hábitos, pero no hay que apoyarse en ellos y sentirse seguro por eso. En el Padre Nuestro, cuando presentamos a Dios nuestras necesidades (que él conoce mejor que nosotros mismos), no le pedimos reservas de pan: le pedimos el pan de cada día, el necesario para hoy, olvidando el pasado y sin inquietarnos por el mañana. *«El mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad»*, nos dice el Evangelio⁹¹.

Entrar en la esperanza implica aceptar nuestra debilidad y pobreza, vivir en una especie de precariedad permanente, sin apoyo humano verdaderamente satisfactorio ni en nosotros mismos ni fuera de nosotros y, al mismo tiempo, en una confianza sin límites en la fidelidad y bondad de Dios. Esta actitud es a fin de cuentas fuente de gran libertad y alegría. De libertad: si alguien se apoya en sus riquezas, estará siempre inquieto por el miedo a perderlas, por la tentación de calcular y medir sin cesar, y no será verdaderamente libre. De alegría: si se espera todo de Dios, será una dicha hacer la experiencia concreta de su fidelidad, y recibir de su mano un día tras

otro lo que es necesario... Alegría de recibirlo todo gratuitamente de quien nos ama y a quien amamos. El corazón se llena así de gratitud, de amor. Teresa de Lisieux decía: «Se experimenta una gran paz al ser absolutamente pobre, al no contar más que con el Buen Dios⁹²».

EUCARISTÍA, RIQUEZA DE LOS POBRES

Todo lo que acabamos de decir encuentra un lugar de aplicación privilegiado en nuestra manera de vivir la Eucaristía. Ella es este maná que, en el desierto de la vida, alimenta nuestra indigencia y nos da día tras día exactamente lo que necesitamos, ni más ni menos. La liturgia de la Iglesia ha querido usar como canto de comunión el Salmo 23, «El Señor es mi pastor». Muchos versos de ese salmo pueden interpretarse en relación con el misterio eucarístico. Se encuentra ahí la comida, la copa:

«Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa».

Y se encuentra ahí también la alegría de la presencia divina:

«Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término⁹³».

El Salmo 23 comienza con estas palabras: «*El Señor es mi pastor, nada me falta*». Una de las más bellas oraciones que podemos rezar después de comulgar es repetir esta frase con mucha fe. Afirmar que, gracias a esta comunión, no me falta nada. Estoy seguro de que Dios me ha dado con ella todo lo que necesito para lo que tenga que vivir hoy. «La Eucaristía es el don de Dios en su plenitud, nos comunica todo lo que necesitamos para cumplir la voluntad de Dios entregándonos nosotros mismos», dice el padre Jean-Claude Sagne. Si tenemos esta fe, Dios responderá a nuestra confianza y nuestras comuniones serán mucho más fecundas. «*Que se haga según has creído*», dice con frecuencia Jesús en el Evangelio⁹⁴.

En su segunda Carta a los Corintios, san Pablo nos dice: «*Conocéis la*

*gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza*⁹⁵». En ningún sitio como en la Eucaristía, resplandece este misterio del amor de Dios que se hace increíblemente pobre por nosotros y que nos enriquece con la plenitud de su amor y de su vida. ¡Admirable intercambio en que la pobreza de Dios se convierte en nuestra riqueza!

Creo que, en la adoración eucarística, considerarnos pobres ante Jesús tan pobre —ahí no tenemos que hacer otra cosa— nos ayuda poco a poco a aceptar nuestra pobreza y la transfigura en un lugar de acogida del don de Dios, que es en definitiva nuestra única riqueza. El padre Sagne tiene esta hermosa frase a propósito de la adoración: «Fuente y cumplimiento de toda plegaria cristiana, la adoración es el compromiso de la persona, ahí sobre todo se ha podido tocar con el dedo el límite de los actos y las palabras. La adoración se despliega sobre un fondo de pobreza consentida... La adoración es la oración del pobre: “*Abre bien la boca que te la llene*” (*Ps 80, 11*)».

EUCARISTÍA Y ESPERANZA DEL REINO

Cuando Pedro se dirige a los jefes de las Iglesias —de los que él forma parte—, recuerda que un responsable en la Iglesia, antes de asumir un ministerio, es ante todo alguien que ha vivido una experiencia espiritual: «*A los presbíteros que hay entre vosotros, yo —presbítero como ellos y, además, testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse*⁹⁶». Él ha conocido el amor loco de Dios manifestado en los sufrimientos de Cristo y eso le lleva a vivir en una plena esperanza de la gloria y de la belleza del mundo por venir.

Pues estas dos realidades las encontramos en la Eucaristía. Es el memorial que hace hoy actual la Pasión del Señor (en cada misa, somos místicamente contemporáneos de la Cruz), pero es también la presencia anticipada del mundo que vendrá. La Eucaristía nos hace comulgar con los sufrimientos de Jesús y con la gloria y la felicidad del mundo que vendrá. Orienta y alimenta la esperanza del cristiano. Intensifica en nosotros el deseo de la Parusía. «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús!», dice la plegaria eucarística después del Padre Nuestro. La Eucaristía

celebrada con fervor permite que esta esperanza se convierta cada vez más en una certeza que nos fortalece en nuestros compromisos de aquí abajo. ¡Nada más movilizador que la esperanza! Por el contrario, la falta de esperanza, el desaliento y la inquietud producen pronto el efecto de disminuir la generosidad del amor.

En su carta apostólica *Mane Nobiscum Domine*, san Juan Pablo II decía:

«Mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto “escatológico” da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza⁹⁷».

Tiene también estas bellas expresiones sobre la unión entre la celebración eucarística y el Reino futuro:

«Esta relación de íntima y recíproca “permanencia” *nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra*. ¿No es quizá este el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el “hambre” de su Palabra (cf. Am 8, 11), un hambre que solo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para “saciarnos” de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo⁹⁸».

La esperanza juega un papel clave en el dinamismo de la vida espiritual. Fundada sobre la fe, permite el desenvolvimiento de la caridad. Purifica el corazón, según la bella expresión de san Juan: «*Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica para ser como él, que es puro*⁹⁹». Permite ver la acción de Dios. Es la fuente de todas las gracias, como decía san Juan de la Cruz (con palabras que encantaban a la pequeña Teresa): «Se obtiene de Dios tanto como se espera¹⁰⁰». Dios no nos da según nuestros méritos, nuestras virtudes, nuestras cualidades, sino según la esperanza que tenemos en Él, según nuestra confianza en su misericordia. Es una libertad y un consuelo inmensos comprender esto.

Que cada una de nuestras celebraciones eucarísticas sea ocasión de manifestar y alimentar este «*orgullo gozoso de la esperanza*¹⁰¹» que debe llenar el corazón de todo cristiano, según la hermosa expresión de la Carta a

los Hebreos. Dirigir a toda realidad una mirada de esperanza es quizá el mejor servicio que los creyentes podemos aportar al mundo de hoy.

[91] *Mt* 6, 34.

[92] Cuaderno Amarillo, 6.8.4.

[93] *Ps* 23, 5-6.

[94] *Mt* 8, 13. Cf. 9, 29, etc.

[95] *2 Cor* 8, 9.

[96] *1 P* 5, 1.

[97] Juan Pablo II, Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine*, n. 15.

[98] *Ibid.*, n. 19.

[99] *1 Jn* 3, 3.

[100] *Noche oscura*, cap. 21

[101] *He* 3, 6.

9. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE CARIDAD

Todos sabemos que el dinamismo fundamental de la vida cristiana consiste en la práctica de la fe, la esperanza y la caridad. Además, la Iglesia nos invita a redescubrir cómo la Eucaristía es la fuente y la cumbre de la propia vida de la Iglesia. Es pues interesante ver cómo el Santísimo Sacramento expresa y alimenta las tres virtudes teologales. En los capítulos anteriores, hemos visto la unión que hay entre la Eucaristía y la fe, y luego entre la Eucaristía y la esperanza. Ahora querría decir algo sobre la unión entre la Eucaristía y la caridad. Que la Eucaristía sea por excelencia el sacramento de la caridad —la expresión y el alimento del amor de Dios y del prójimo— es una evidencia indiscutible. Esta verdad merece sin embargo algunos comentarios.

SACRAMENTO DEL AMOR DE DIOS

La Eucaristía es la expresión más alta de la caridad divina, del amor de Dios por su criatura. Dios manifiesta en ella hasta qué punto desea estar con nosotros para siempre, hasta qué punto desea comunicarnos su propia vida, permanecer con nosotros y en nosotros. Como dice el padre Jean-Claude Sagne en su libro *L'itinéraire spirituel du couple* (El itinerario espiritual de la pareja):

«Lo que hace de la Eucaristía el sacramento del amor es que Jesús se entrega ahí en persona, en la plenitud de su presencia. Da todo lo que él es, todo lo que vive. Más que la intervención mediante una palabra o un acto, es Jesús mismo quien viene en tanto que sujeto y se entrega en nuestras manos. La Eucaristía es, por parte de Jesús, el don sin límites: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”».

Lo que recibimos en la Eucaristía es Jesús en el acto mismo de dar la vida por todos los hombres, de amar personalmente a cada uno con el mayor amor: «*Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos*[102](#)». Recibir la Eucaristía debería suscitar cada vez en nosotros ese asombro que fue el de san Pablo: «*¡Me amó y se entregó por mí!*[103](#)».

En su encíclica *La Iglesia vive de la Eucaristía*, Juan Pablo II nos recordaba esta hermosa verdad, que en la Eucaristía no solo se nos entrega Jesús, sino que también nos acoge en él, nos acepta tal como somos: «Podemos decir que no solamente *cada uno de nosotros recibe a Cristo*, sino que también *Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*[104](#)». Aquí tenemos todo el dinamismo del amor, que es a la vez acogida y don. Amar a alguien es darse a él y también recibirle en la propia vida. Y los dos movimientos están profundamente relacionados: el mayor regalo, el mayor don que se puede hacer a alguien ¿no es acaso aceptarle tal como es? El padre Sagne señala muy justamente:

«Si el mayor deseo del amor es permanecer con el otro, encontrar morada en su corazón —y por eso hacer de uno mismo una morada para el amado—, la Eucaristía es por excelencia el sacramento del amor. Jesús hace ahí de su corazón una morada acogedora para todo hombre».

Encontramos aquí esa verdad tan hermosa y profunda enunciada en el evangelio de san Juan: «*El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él*[105](#)». Santa Catalina de Siena tiene una imagen curiosa para expresar esto. Dice que después de la comunión, Dios permanece en el corazón del cristiano y el cristiano es sumergido en Dios como la mar está en el pez y como el pez está en la mar[106](#).

La Eucaristía nos muestra con evidencia a qué grado de intimidad con él nos quiere llevar Dios. En la Eucaristía se realiza el sueño loco de todo amor: ser uno con el ser amado.

Dios se deja comer por nosotros, se convierte en nuestra sustancia y, al mismo tiempo, nos arranca de nosotros mismos para hacernos suyos. He aquí una interesante reflexión del papa Benedicto XVI en su homilía en el Congreso eucarístico de Bari:

«En la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros. Su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a él. Cristo nos atrae a sí, nos hace salir de nosotros mismos para hacer de todos nosotros uno con él¹⁰⁷».

En la Eucaristía nos alimentamos de Dios, pero también —si se puede hablar así— nos dejamos devorar por él.

DIOS NOS DA EL PODER DE DARNOS

Algo muy hermoso en la Eucaristía es que no solamente Dios nos da su amor, sino que nos da también el poder amarle. Nos da poco a poco poder responder a su amor, amarle exactamente como él nos ama. Eso nos recuerda una propiedad esencial del amor, que se despliega siempre hacia un horizonte de plena reciprocidad; amar a alguien es darle la posibilidad de corresponder a ese amor. El mayor don que se puede otorgar a alguien es darle la posibilidad de poder darse él mismo, alcanzar la felicidad de entregarse por amor, pues «mayor felicidad hay en dar que en recibir», como se dice en los Hechos de los apóstoles¹⁰⁸.

La Eucaristía viene a socorrer nuestra flaqueza, transforma nuestro corazón de piedra en corazón de carne, en un corazón capaz de amar con el mismo amor de Dios; nos asemeja y nos conforma progresivamente a Cristo. Es por eso para nosotros la prenda, la esperanza, de que un día seremos capaces de amar a Dios tal como somos amados por él, con la misma verdad, la misma pureza, la misma fuerza, la misma generosidad. Pues derrama en nuestros corazones el amor mismo de Dios, con el que podemos amar a Dios y amar a nuestros hermanos. «*Una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado*¹⁰⁹», dice san Pablo en su Carta a los Romanos. Cada comunión es una efusión del Espíritu de amor en el corazón del fiel.

Por la Eucaristía, comulgamos en el amor que Jesús tiene por su Padre, en su alabanza, en su acción de gracias, y comulgamos también en la caridad de Jesús con todo hombre, en su compasión y en su ternura infinita por todo hijo

de Dios. Por ella, Jesús viene secretamente, pero realmente, a vivir y amar en nosotros, comunicándonos sus disposiciones interiores, su mansedumbre y su humildad.

Claro que es necesario que lo deseemos intensamente. También necesitamos tener la paciencia de esperar que dé fruto lo sembrado en nosotros por la Eucaristía. Pero sigue siendo cierto que la Eucaristía puede producir en nuestros corazones cambios muy profundos. «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*[110](#)». Y la vida eterna no es otra cosa que amar con el amor mismo de Dios.

SACRAMENTO DEL AMOR FRATERNO

Al unirnos a Cristo, la Eucaristía nos inserta también en la comunidad de los hermanos. Sacramento del amor de Dios, de la comunión con Dios, la Eucaristía es también, evidentemente, sacramento del amor al prójimo, de la comunión con nuestros hermanos y hermanas. Expresa y realiza la más profunda comunión de las personas, la que hace posible Cristo que quiere hacer de nosotros los miembros de un mismo cuerpo: «*El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Puesto que el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan*[111](#)». San Juan Crisóstomo lo comenta así: «Si es un mismo cuerpo el que nos alimenta y todos nos convertimos en ese cuerpo, ¿por qué no mostramos también el mismo amor y no nos convertimos todos en ese mismo cuerpo también? Cristo se ha unido a ti que estabas tan lejos, ¿y tú no te dignas unirte a tu hermano?[112](#)». La tradición de la Iglesia es inagotable sobre este tema...

En el Jueves santo de 2005, Juan Pablo II decía a los sacerdotes:

«La autodonación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, “tomad y comed”. En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse

don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados^{[113](#)}».

Lo dicho para el sacerdote vale también para todo fiel: en la Eucaristía, nos alimentamos de Cristo para hacernos progresivamente capaces de ser también nosotros un alimento para nuestros hermanos y hermanas, una respuesta a su hambre de amor.

Un buen ejemplo de cómo la Eucaristía puede transformar interiormente a la persona, y hacerla capaz del amor más heroico, se encuentra a mi parecer en la vida de la pequeña Teresa de Lisieux. A la edad de catorce años, Teresa albergaba grandes deseos, grandes aspiraciones a una vida llena de amor. Pero ella era humanamente muy incapaz, demasiado entorpecida por su hipersensibilidad, sus timideces, su fragilidad afectiva. Pero Dios intervino misericordiosamente en su vida por la gracia de Navidad: «En un instante, lo que yo no había podido hacer en diez años, Jesús lo hizo, contentándose con mi buena voluntad^{[114](#)}».

Teresa considera explícitamente esta gracia de Navidad como una gracia eucarística. Al principio de su relato, destaca que tuvo lugar después de la misa de media noche, «donde había tenido la dicha de recibir al Dios fuerte y poderoso^{[115](#)}». Y esta gracia de Navidad le permitió emprender «una carrera de gigante^{[116](#)}», un extraordinario crecimiento en el amor, del que Teresa señala la orientación con estas palabras: «Jesús hizo de mí un pescador de almas... Sentí en una palabra la caridad entrar en mi corazón, la necesidad de olvidarme de mí para agradarle y desde entonces fui feliz^{[117](#)}».

LA MESA DE LOS PECADORES ^{[118](#)}

Al final de su vida, Teresa vivirá una terrible prueba contra la fe (su espíritu se verá asaltado permanentemente por terribles pensamientos de duda e incredulidad). Prueba que ella ofrecerá por los ateos, cuyo anticlericalismo militante fue tan agresivo y despectivo a finales del siglo XIX. Es interesante ver que hay algo eucarístico, podríamos decir, en las expresiones con las que ella declara aceptar esta prueba mientras Dios quiera:

«Señor, vuestra hija os pide perdón para sus hermanos, acepta comer tanto tiempo como queráis el pan del dolor y no quiere levantarse de esta mesa llena de amargura donde comen los pobres pecadores antes del tiempo que hayáis dispuesto... Pero también no puede dejar de decir en su nombre, en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos pobres pecadores... Oh! Señor, perdonadnos¹¹⁹».

Qué emocionante es ese *nosotros* por el que Teresa se identifica con los peores enemigos de la Iglesia de su tiempo, como Jesús que ha tomado sobre sí el pecado del mundo... Ningún juicio en boca de Teresa, simplemente una inmensa compasión y una total solidaridad con el pecado de los que no creen... Se encuentra aquí un aspecto de este gran misterio de misericordia que es la Eucaristía: Jesús en la mesa de los pecadores, que ofrece su vida y su cuerpo, haciéndose alimento que cura el pecado del mundo. Por el amor ofrecido, el pan de miseria (expresión utilizada en la cena pascual judía) se convierte en el pan de vida: «*Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*¹²⁰».

La Eucaristía es a la vez exigencia y don, llamada y promesa, responsabilidad y gracia. Es una invitación apremiante a amar como Jesús ama, a dar la vida como él por nuestros hermanos, pero también trae la certeza de que un día, cualesquiera sean nuestras flaquezas y miserias, nos hará capaces de responder a esa invitación. La hostia que recibimos en la misa, o que adoramos en silencio, es humilde como un grano de mostaza, podrá sin embargo hacer de nuestros corazones un árbol donde muchos pájaros vendrán a anidar, encontrar morada. Es pobre como un poco de levadura, y sin embargo capaz de transformar en profundidad nuestro corazón y hacer allí un pan capaz de saciar muchas hambres.

[\[102\]](#) *Jn* 15, 13.

[\[103\]](#) *Ga* 2, 20.

[\[104\]](#) *Ecclesia de Eucharistia*, 22.

[\[105\]](#) *Jn* 6, 56.

[\[106\]](#) «Mira, hija mía querida, qué excelencia adquiere el alma que recibe como debe recibirlo este pan de vida, este alimento de los ángeles. Al recibir este sacramento, ella está en mí y yo en ella; como el pez está en la mar y la mar en el pez, yo estoy en el alma y el alma en mí, el océano de la paz. Y en esta alma reside la gracia: ella ha recibido el Pan de vida en estado de gracia y la gracia permanece, cuando el accidente del pan se consume.» Santa Catalina de Siena, *El Diálogo*, CXII, 1.

[\[107\]](#) 29.mayo.2005. Homilía en la misa de clausura del Congreso eucarístico italiano (Bari).

[\[108\]](#) *Hch* 20, 35.

[\[109\]](#) *Rm* 5, 5.

[\[110\]](#) *Jn* 6, 54.

[\[111\]](#) *1 Co* 10, 16-17.

[\[112\]](#) San Juan Crisóstomo. Homilías sobre la primera Carta a los Corintios, 24.

[\[113\]](#) Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 2005, n. 3.

[\[114\]](#) *Historia de un alma*, Manuscrito A.

[\[115\]](#) Ibid.

[\[116\]](#) Ibid.

[\[117\]](#) Ibid.

[\[118\]](#) Ibid.

[\[119\]](#) Ibid., Ms C, 6rº.

[\[120\]](#) *Jn* 1, 29.

10. ¡VEN, SEÑOR JESÚS!

En la primera Carta de san Pedro, encontramos esta exhortación dirigida a los ancianos, los responsables de la Iglesia (en griego *presbyteroi*, de ahí la palabra «presbítero»):

«A los presbíteros que hay entre vosotros, yo —presbítero como ellos y, además, testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que ha de manifestarse— os exhorto: apacentad la grey de Dios que se os ha confiado, gobernando no a la fuerza, sino de buena gana según Dios; no por mezquino afán de lucro, sino de corazón; no como tiranos sobre la heredad del Señor, sino haciendoos modelo de la grey[121](#)*».*

En esta hermosa exhortación de Pedro, se encuentra una idea que me parece muy interesante. Cuando el jefe de los apóstoles se refiere a su propia cualidad de presbítero, no la define en términos de su función o de tarea en la comunidad. Se refiere en primer lugar a una experiencia espiritual: el presbítero es quien es *«testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que ha de manifestarse»*. Como si el oficio de presbítero supusiera ante todo un doble vínculo espiritual, uno con la Pasión del Señor, otro con la gloria futura del Reino. Y es en la profundidad de esta doble unión espiritual donde, quien tiene una responsabilidad en la Iglesia, encuentra la fuerza necesaria para ser, respecto a quienes le han sido confiados, un buen pastor a imagen de Jesús, lleno de solicitud, de humildad, de amor desinteresado. Es de ahí de donde saca su caridad pastoral. Pienso que este mensaje, aunque concierne especialmente a los sacerdotes, interesa también a todos los cristianos.

El presbítero es *«testigo de los sufrimientos de Cristo»*. Aunque no haya sido testigo visual como Pedro, el anciano, el hombre que ha alcanzado una

verdadera madurez espiritual, es quien ha comprendido en profundidad el misterio de la Pasión del Señor. Ha captado ese amor inefable que impulsó a Jesús a aceptar los sufrimientos, los ultrajes y la cruz. Ha comprendido la riqueza inagotable de misericordia, de gracia, de curación de los corazones que contienen las llagas del Señor. En esa misma carta, Pedro menciona que «*por sus llagas fuisteis sanados*[122](#)». El anciano es alguien que se acuerda a menudo de Jesucristo, que hace memoria sin cesar de sus sufrimientos y de su Pasión; saca de esta «memoria» el deseo de imitar a Cristo en el don de su vida por sus hermanos y el valor necesario, a pesar de sus flaquezas y su pobreza, para dejarse revestir poco a poco de los mismos sentimientos de Cristo Jesús, en expresión también de san Pablo. Como santo Domingo, que imploraba al Señor: «Dame un poco de ese amor que te hizo subir a la Cruz», y que pasaba sus noches pidiendo la piedad de Dios para nuestro pobre mundo: «¡Misericordia mía, qué va a pasar con los pecadores!»

Pero el anciano es también alguien que vive en la perspectiva de la gloria futura, que «hace memoria» no solo del pasado, sino también del porvenir, que lleva en él la certeza y como un pre gusto de la felicidad y de la gloria que debe revelarse cuando vuelva Cristo. Ese era el caso de Pedro que, en su segunda carta, habla del día de la Transfiguración, cuando él estaba con el Señor en la montaña santa y fue testigo ocular de la majestad divina, lo que le da una gran confianza en «*el poder y la venida futura de nuestro Señor Jesucristo*[123](#)». El anciano lleva en sí la esperanza del Reino, es alguien que comulga con la fe en el mundo nuevo que ha de revelarse, del que presiente el esplendor y la belleza, y encuentra así una gran fuerza interior. Habiendo percibido con los ojos del corazón esta «*herencia que nos está reservada en los cielos [...], por eso os alegráis, aunque ahora, durante algún tiempo, tengáis que estar afligidos por diversas pruebas*[124](#)».

La actividad de todo ministro de Cristo se enraíza así en una doble contemplación, una doble comunión, se podría decir: con la Pasión del Señor y con la gloria del mundo que vendrá.

Esta doble contemplación se ejerce y se profundiza de manera muy particular en la liturgia de la Iglesia. La meditación de la Palabra de Dios reaviva en nosotros la memoria de Cristo, anunciada en los profetas y en los salmos, revelada en los Evangelios. Nos hace también entrever el esplendor

de la Jerusalén celestial, «*ataviada como una novia que se engalana para su esposo*[125](#)». Esta contemplación encuentra su máxima intensidad en la celebración de la Eucaristía, que es el memorial de la Pasión del Señor, pero también la prenda de la gloria futura.

Hay como una abolición del tiempo cuando estamos en la misa: en la fe, de modo oculto, pero sin embargo absolutamente real, nos hacemos contemporáneos de la Cruz de Cristo. Exactamente como quienes estaban presentes en ese acontecimiento, podemos comulgar con los sufrimientos de Cristo, podemos beneficiarnos de los ríos de perdón y de paz que brotan de la cruz. Como el Buen Ladrón, podemos ser purificados por la sangre del Cordero sin mancha, podemos encontrar nuestro alimento y nuestra vida en la misericordia y el amor de Dios.

Pero también, en cada celebración eucarística, somos invitados a comulgar con el Reino que vendrá. En el pan y el vino consagrados sobre el altar, el Reino de Dios, misteriosa pero realmente, se hace presente en toda su plenitud y su riqueza, y tenemos acceso a él por la fe. Anticipación de la gloria celestial, la Eucaristía hace presente aquí abajo este mundo nuevo al que aspiramos todos, este reino de paz, de concordia, de amor, de dulzura y belleza que es el objeto de nuestra esperanza. Podemos recibirla como un pregusto que nos hace desearlo aún más y decir: «*¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!*». «Que tu gracia venga y este mundo pase», como dice la antigua oración de la Didaché.

Cada Eucaristía, vivida con una fe viva y una oración fervorosa, nos hace gustar cuán bueno es el Señor, lo dulce que es alabarle y amarle, vivir en su presencia y compartir todos juntos la misma vida y el mismo amor. Nos hace aspirar a que el velo de las apariencias se rasgue y la realidad gloriosa, escondida en la humildad de las especies sacramentales, se manifieste al fin a todas las miradas.

La Eucaristía nos transporta verdaderamente al cielo. No para hacernos huir de las realidades de este mundo, sino para darnos una esperanza sólida, alimentar nuestra caridad, y así obtener el valor necesario para asumir las responsabilidades y las luchas de la vida presente.

Esa es la verdadera condición del anciano, la verdadera madurez espiritual: la fe profunda que hace comulgar íntimamente con la Pasión del

Señor y la gloria del mundo futuro. Es esta comunión lo que da a la vida presente toda su intensidad y su fecundidad. Eso lo vivía con mucha fuerza la primera generación de cristianos. Estaba aún muy cerca de los acontecimientos de la vida del Señor y aguardaba como inminente su venida gloriosa, una venida que sabían poder apresurar por su oración y su deseo; las celebraciones estaban así marcadas por un fervor extraordinario y daban a la Iglesia un gran valor apostólico.

Quizá no sea tan fácil para nosotros, después de dos mil años de historia y con una cierta pérdida del sentido escatológico. Pero creo que el Espíritu nos invita hoy a reencontrar la misma intensidad espiritual, la misma proximidad mística con la Cruz y la Gloria, en particular en nuestra liturgia. Hagamos de modo que nuestras celebraciones nos hagan verdaderamente comulgar con una fe intensa en el misterio de Cristo, entregado por nosotros, y con el esplendor del Reino que vendrá, para que nos renovemos en la esperanza y la caridad.

[\[121\]](#) 1 *P* 5, 1-3.

[\[122\]](#) *Ibid.*, 2, 24.

[\[123\]](#) 2 *P* 1, 16.

[\[124\]](#) 1 *P* 1, 4-6.

[\[125\]](#) *Ap* 21, 2.

11. CONOCER A DIOS EN MARÍA

En el libro de Isaías se encuentra una promesa magnífica:

«El lobo convivirá con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito. [...] Nadie hará mal ni causará daño en todo mi monte santo, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor, como las aguas que cubren el mar[126](#)».

Promesa del conocimiento de Dios, que será también una transformación del corazón del hombre, una curación del mal y de la violencia.

Debemos desear con todo nuestro ser este conocimiento de Dios que se nos quiere revelar. No un Dios que sea el fruto de nuestras proyecciones psicológicas, sino el Dios vivo y verdadero. En el libro de Job se encuentra esta frase: *«No te conocía más que de oídas, pero ahora te han visto mis ojos*[127](#)». Todos podemos ver a Dios, descubrir su verdadero rostro. No precisamente por medio de éxtasis y visiones; de manera más humilde, pero más segura, a través del aumento de nuestra fe.

La Escritura dice que nadie puede ver a Dios; no le veremos cara a cara sino en la otra vida. Podemos sin embargo, desde aquí abajo, tener una verdadera experiencia de Dios y conocerle. En el capítulo 31 del libro de Jeremías se encuentra otro texto magnífico sobre este asunto:

«Esta será la alianza que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días —oráculo del Señor—: pondré mi ley en su pecho y la escribiré en su corazón, y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñar el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: “Conoced al Señor”, pues todos ellos me conocerán, desde el menor al mayor —oráculo del Señor—, porque habré perdonado su culpa y no me acordaré de su pecado».

Este pasaje anuncia para todos un conocimiento de Dios que estará

íntimamente ligado a la revelación de su misericordia. El conocimiento más profundo que podemos tener de Dios en esta vida pasa por la experiencia de la misericordia divina, del perdón divino. Esta promesa de la Escritura es para nosotros, especialmente en los tiempos actuales.

Dios mismo nos da esta seguridad: todos me conocerán, del más pequeño al mayor. Yo diría incluso: ¡sobre todo los más pequeños! En el evangelio de san Lucas, se cuenta que Jesús exulta de alegría en el Espíritu Santo y dice:

«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo[128](#)*».*

A través del Hijo, se opera la revelación del Padre. Dios quiere mostrar su rostro a los hombres. ¡Se le ha deformado tanto, se ha acusado tanto a Dios! Ese es el drama del ateísmo: se ha arrojado a Dios a la basura, acusándole de ser un enemigo del hombre, un obstáculo a su libertad y a su desarrollo, un Dios que aplasta...

Hoy más que nunca, Dios quiere revelarse a nuestros corazones, de manera sencilla, en la oscuridad de la fe, pero de modo muy profundo, para que cada uno pueda llegar a un conocimiento auténtico de su verdadero rostro. San Juan de la Cruz decía en el siglo XVI:

«Siempre el Señor descubrió los tesoros de su sabiduría y espíritu a los mortales; mas ahora que la malicia va descubriendo más su cara, mucho los descubre[129](#)*».*

¡Qué diría si viviese hoy! Dios quiere revelarse más que nunca a todos los pequeños y pobres que somos nosotros.

Uno de los caminos secretos, pero privilegiados, de esta revelación es el misterio de la Virgen María. Es precioso constatar cómo María está presente hoy en la vida del mundo, para llevar el corazón del hombre a Dios, sobre todo enseñándole a rezar. Si nos confiamos a ella, si nos dejamos conducir por ella, nos hace llegar a un verdadero conocimiento de Dios, pues nos hace entrar en la profundidad de la oración. Es ahí donde Dios se revela, donde

muestra su rostro de Padre. Recientemente, hablaba yo con algunas personas de la experiencia de esos videntes a los que María se aparece regularmente para educarles. Y algunos me decían: ¡qué suerte tienen esos! Sin duda, pero me parece que María hace eso por todos los que se lo piden, de modo invisible. Si nos ponemos totalmente en sus manos, ella nos educa y nos comunica un verdadero conocimiento de Dios. La pequeña Teresa en su poema a la Virgen, «Por qué te amo, oh María», tiene esta hermosa afirmación: «El tesoro de la madre pertenece al hijo». María nos da participar en lo más precioso que ella tiene: su fe.

Se encuentra un bello pasaje en el *Secreto de María*, de Luis María Griñón de Montfort, que dice que Dios está presente en todas partes, que se le puede encontrar en todo, pero que en María se hace presente a los pequeños y pobres de manera particular.

«No hay ningún lugar donde la criatura se pueda encontrar más cerca y más proporcionada a su debilidad que en María, pues para eso Él descendió. Es el Pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el Pan de los hijos...»

En María, Dios se hace alimento para los más pequeños. En ella, se encuentra Dios en su grandeza y majestad, su poder, su sabiduría que nos superan ampliamente, pero, al mismo tiempo, un Dios accesible, que no atropella ni destruye, sino que se da para ser nuestra vida.

Con ocasión de la beatificación de los pequeños videntes de Fátima, Francisco y Jacinta, el 13 de mayo de 2000, el papa Juan Pablo II pronunció una hermosa homilía. Comenta el evangelio que he citado antes: lo que Dios ha escondido a los sabios y prudentes lo ha revelado a los pequeños, como estos niños de Fátima. El Santo Padre evoca una experiencia que ellos vivieron en una de las apariciones de la Virgen:

«Por designio divino, “una mujer vestida de sol” (*Ap 12, 1*) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona —explican ellos— se contempla en un espejo.

»Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: “Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo”».

Estaban sumergidos en el fuego del Amor divino, no en un fuego que destruye, sino que ilumina, que calienta, un fuego lleno de ardor y de vida. El papa hace luego una comparación con la experiencia de Moisés en la zarza ardiente.

«Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: “Yo estaré contigo” (cf. *Ex* 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en “zarza ardiente” del Altísimo».

Es conmovedor ver cómo estos niños de Fátima han vivido, a fin de cuentas, algo análogo a este gran personaje de la Historia sagrada, mientras que ellos eran tan ignorantes de tantas cosas. Por María, entraron en una profunda experiencia del Dios vivo.

No debemos envidiarles. No viviremos sin duda las mismas cosas en el plano sensible, pero, en el dominio de la fe, podemos todos llegar a las mismas realidades y conocer a Dios, tanto los pequeños como los grandes, para convertirnos así en «zarzas ardientes del Altísimo» y compartir la compasión de Dios que quiere liberar a su pueblo.

[\[126\]](#) *Is* 11, 6-9.

[\[127\]](#) *Jb* 42, 5.

[\[128\]](#) *Lc* 10, 21-22.

[\[129\]](#) *Dichos de luz y amor*, n. 1.

12. TOCAR A DIOS EN LA ORACIÓN

Estoy cada vez más convencido del lugar esencial de la oración en la vida cristiana. Lo que más necesita el mundo hoy son personas que estén, por la oración, en verdadera y profunda comunión con Dios. Todas las verdaderas renovaciones vienen de la oración. San Pedro de Alcántara, un amigo de Teresa de Jesús, citando a san Lorenzo Justiniano, decía:

«En la oración, se limpia el alma de los pecados, apacíentase la caridad, certifícase la fe, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, purifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del cielo, entre los cuales arde la llama del divino amor¹³⁰».

La Iglesia y el mundo viven tiempos difíciles, pero Dios es fiel, se revela y se comunica a quienes le buscan y le desean.

LA ORACIÓN ES FE, ESPERANZA Y AMOR

¿Qué hace falta para que nuestra vida de oración sea fecunda, para que permita un verdadero encuentro con Dios y transforme poco a poco toda nuestra vida? El mismo san Juan de la Cruz afirma que hay algunas personas que se imaginan que rezan bien y rezan mal, y otras personas que piensan orar mal y de hecho oran muy bien. ¿Dónde está la diferencia? ¿Qué nos pone verdaderamente en comunión con Dios en la oración?

Durante el tiempo que dedicamos a la oración, podemos hacer cosas muy distintas: recitar el rosario, meditar un pasaje de la Escritura, rumiar lentamente un salmo, dialogar libremente con el Señor o estar

silenciosamente en su presencia...

Pero lo que en definitiva es decisivo no es tal o cual método, tal o cual actividad, son las disposiciones profundas de nuestro corazón mientras estamos en oración. Y estas disposiciones no son otras que la fe, la esperanza y el amor. Todo lo demás no sirve más que para entrar en esas actitudes, para expresarlas, para alimentarlas, para mantenernos en ellas...

Quisiera en este capítulo decir algo a propósito de la fe. La esperanza y el amor los tratamos en otro lugar.

BASTA CON LA FE

«Cuanto más fe el alma tiene, más unida está con Dios¹³¹», dice san Juan de la Cruz. En el curso de la oración, sucede que experimentamos sentimientos agradables de paz, de felicidad, una sensación de la presencia de Dios. Puede suceder también que recibamos luces sobre tal o cual aspecto del misterio de Cristo, o intuiciones sobre lo que Dios espera de nosotros. Estas gracias que conmueven nuestra sensibilidad o ilustran nuestra inteligencia son muy valiosas; es necesario acogerlas con agradecimiento pues son un alimento y animan nuestra fe y nuestro amor.

Sin embargo, no constituyen la esencia de lo que nos acerca a Dios y nos pone en comunión con él. En efecto, Dios está infinitamente más allá de todo lo que podemos gustar con nuestra sensibilidad o percibir con nuestra inteligencia. Aunque nuestra sensibilidad esté en total sequedad y nuestra inteligencia en la oscuridad, no debemos nunca desanimarnos, ni aceptar el sentimiento de estar por eso lejos de Dios. En efecto, lo que asegura, lo que realiza el contacto con Dios no es la sensibilidad ni el conocimiento racional, sino el acto de fe. «*Te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Señor*¹³²», dice el libro de Oseas.

Desde el momento en que hago un acto de fe sincero y verdadero (una fe amante, confiada, deseosa de darse a Dios...), puedo estar seguro de estar en contacto con Dios, cualesquiera sean las emociones positivas o negativas presentes en mi afectividad, o la luz u oscuridad de mis pensamientos. San Juan de la Cruz insiste mucho en sus obras para decir que basta la fe para estar unido a Dios y eso es un gran consuelo.

En efecto, nos sentimos a veces muy pobres, tenemos la impresión de estar lejos de Dios, mientras que basta un simple acto de fe para estar absolutamente ciertos de estar en comunión profunda con él, comunión que pronto o tarde dará sus frutos de transformación interior. Fe que es simultáneamente una total confianza en Dios y una plena adhesión a lo que él nos revela de sí mismo por la Escritura y la Iglesia.

Querría citar a este respecto las palabras de una religiosa dominica fallecida en 1980, sor María de la Trinidad. Es una mujer que vivió una experiencia de Dios muy profunda, en particular de su paternidad, al tiempo que atravesaba durante un largo periodo de su vida dolorosos sufrimientos psicológicos. Estos dos textos ponen en evidencia el papel fundamental de la fe para darnos acceso al misterio de Dios, a través de la persona de Cristo.

«Eso me da como las alas de la gran águila del Apocalipsis (12, 14) que me lleva como hasta el término de la Fe, hacia lo que el ojo no ha visto, ni el oído entendido, ni el corazón presentido —no veo, ni entiendo, ni experimento—, pero el don de la fe llega infinitamente más lejos, conduciendo a la realidad misma que supera al infinito toda realidad humanamente accesible. La fe conduce a Quien la da, mucho más allá de toda experiencia o convicción personal, más allá también de lo que se atrevería el amor, si Dios no la asistiese con el misterio mismo de su propio amor¹³³».

«Vi que la fe llena de amor nos hace alcanzar, pero solo a través de Cristo y en él, este otro aspecto [la profundidad de la vida de la Trinidad] y nos introduce allí donde él mismo habita. Y quedé yo misma, por su misericordia y en la fe, toda impregnada de amor —y vi lo cerca que está—¹³⁴».

LA FE Y EL TACTO

Se podría proponer una analogía interesante entre el papel de la fe en la vida espiritual y el del tacto en la vida sensible. De los cinco sentidos que tenemos, el tacto es el primero que se desarrolla, ya en el seno materno, y está en el origen de los demás. No tiene la riqueza de algunos de los otros sentidos, como la vista (con toda la diversidad de imágenes que se pueden contemplar), ni del oído (variedades de sonidos, melodías...). Es el sentido primordial, pero esencial también para la vida y la comunicación. Y tiene una ventaja que no presentan los demás: la reciprocidad. En efecto, no se puede

tocar un objeto sin ser tocado al mismo tiempo por él. Mientras que se puede ver sin ser visto u oír sin ser oído. El contacto que crea el tacto es más íntimo e inmediato que el de los demás sentidos. Es el sentido por excelencia de la comunión, el «tocar a Dios».

De manera análoga, la fe se caracteriza por una cierta pobreza (creer no es forzosamente ver, ni comprender, ni sentir), pero es lo más importante en la vida espiritual. Por la fe, podemos, de modo misterioso, pero real, tocar a Dios y dejarnos tocar por él, establecernos en comunión íntima con él y dejarnos transformar poco a poco por su gracia.

[\[130\]](#) *Tratado de la oración y meditación*, Cap. I.

[\[131\]](#) *Subida del Monte Carmelo*, Lib. II, cap. 9, 1.

[\[132\]](#) Os 2, 22.

[\[133\]](#) Christiane Sanson, *Marie de la Trinité, de l'angoisse à la paix*, p. 279.

[\[134\]](#) Marie de la Trinité, *Consens à n'être rien*, p. 57.

13. TERESA DE JESÚS Y EL CASTILLO INTERIOR

En 2015, hemos celebrado el quinto centenario del nacimiento de Teresa de Jesús (nació el 28 de marzo de 1515). Su fiesta, el 15 de octubre, marcó el comienzo de un año durante el cual fuimos invitados a recibir de nuevo el mensaje de la santa reformadora del Carmelo, un mensaje que sigue siendo tan importante para nuestro mundo.

Personalmente, la primera vez que leí su autobiografía (*Libro de la Vida*), hace ya tantos años, fue para mí un verdadero electrochoque espiritual.

El evangelio de la misa de su fiesta, según el ritual carmelitano, se toma del capítulo 4 de san Juan, el relato del encuentro de Jesús con la samaritana en el pozo de Jacob, en Siquén. Se comprende la elección de este evangelio que nos invita a abrirnos a la riqueza del amor de Dios —«*Si conocieras del don de Dios!*» (Jn 4, 10)— y a encontrar en Jesús esta agua viva, que brota pura, la única capaz de aplacar nuestra sed infinita de amor verdadero. En sus escritos, Teresa de Jesús utilizará con frecuencia esta imagen del agua para simbolizar la gracia divina que encuentra el alma principalmente en la vida de oración.

«Vino una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo: “Dame de beber”. Sus discípulos se habían marchado a la ciudad a comprar alimentos. Entonces le dijo la mujer samaritana: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?”. Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva”. La mujer le dijo: “Señor, no tienes nada con qué sacar agua, y el pozo es hondo, ¿de dónde vas a sacar el agua viva? ¿O es que eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?”. “Todo el que bebe de esta agua tendrá ser de nuevo —respondió Jesús—, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna”[135](#)».

Este evangelio es magnífico; nos relata el diálogo entre Jesús, la verdadera fuente de agua viva, y esta mujer tan sedienta de amor, como lo estamos todos nosotros. En el diálogo de Jesús y la samaritana, se encuentran y se expresan dos modos de sed. La de Jesús: «*Jáme de beber!*», la sed sorprendente que tiene Dios del amor de su criatura, una sed que se expresará de la manera más fuerte y angustiosa en la Cruz: «*Tengo sed!*» (*Jn 19, 28*). Jesús tiene sed de darnos el agua viva de su amor. Frente a él, está la sed inconfesada, pero bien real, de esta mujer que ha buscado el amor toda su vida, de manera al parecer algo caótica, con cinco maridos sucesivos y un sexto hombre con el que vive ahora.

Al meditar este texto, me ha chocado una frase de la samaritana: «*El pozo es hondo*».

Esta profundidad del pozo de Jacob, es la del amor de Dios por nosotros, pero también la profundidad de nuestro deseo, de nuestra necesidad de amar. Teresa de Jesús se sabía tan penetrada por esta sed de amor que estaba persuadida de que, siguiendo en el mundo, iba ciertamente a perderse... Así que decidió hacerse religiosa, para protegerse de su necesidad de amar. Después de muchos años de búsquedas, de vacilaciones, de dolorosos combates, acabará por recibir un día, ante una pequeña imagen de Jesús flagelado, la revelación del amor infinito del Crucificado; encontrará en él la libertad de amar y de ser amada tanto como su corazón deseaba.

¡Qué profundo es el corazón de Dios, y cuán profundo es también el corazón del hombre! Profundo en su deseo, su sed que nada en este mundo puede satisfacer, pero también profundo en todo lo que descubre dentro de sí mismo cuando se deja abrazar por el amor de Dios. Una de las enseñanzas más valiosas de santa Teresa de Jesús es hacernos presentir, a través de la imagen del «Castillo interior», cuál es la profundidad del alma humana, cuántas moradas y cámaras secretas contiene, qué mundo infinito, de una variedad extraordinaria y de una gran riqueza, se encuentra en el alma, pues ella es creada a imagen de Dios y la Trinidad habita en ella. El centro del alma es Dios, dirá san Juan de la Cruz. El drama del hombre, como ya había experimentado san Agustín, es que, con mucha frecuencia, busca fuera lo que ya posee en sí mismo. Esta verdad de la presencia de Dios en el alma humana

ha sido mucho tiempo oscura para Teresa, pero después de la gracia de su conversión, acabó por descubrir maravillada la presencia divina en su corazón y por llegar al recogimiento que tanto le había costado alcanzar.

Esta enseñanza es vital hoy. Morimos de sed al lado de una fuente y, a través de angustias, fatigas y decepciones, corremos tras mil cosas exteriores, siendo así que llevamos en nosotros riquezas inauditas que esperan ser descubiertas. Poseemos en nosotros mismos un reino mayor que el universo y todos los bienes que deseamos están ya presentes en lo profundo de nuestro corazón. Dios habita allí, presto a dársenos...

¿Qué es lo que nos da acceso a este reino presente dentro de nosotros? Teresa nos responde: la fidelidad a la oración. El camino no es siempre fácil. Nuestro corazón es semejante a un viejo pozo, lleno de toda clase de piedras, rastrojos, hojas muertas, incluso basuras... Bajar allí significa aceptar un reconocimiento a veces doloroso de lo que tenemos dentro, que está con frecuencia herido y manchado. Pero si no nos desanimamos, si somos fieles a la oración personal, a buscar en un acto de fe a Dios presente en nosotros, acabaremos por descubrir la fuente que nos habita en lo más profundo, pura, bienhechora, dulce, apacible y refrescante. En nuestro corazón, beberemos en las fuentes de agua viva del amor de Dios, quedaremos saciados y purificados, y seremos capaces de aplacar la sed de amor de quienes el Señor ponga en nuestro camino: «*El agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna*[136](#)».

Que Teresa de Jesús nos dé determinación y ánimo en la fidelidad a la oración y nos conduzca a estas fuentes vivas que ella conoció por experiencia.

«Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía[137](#)».

Para quien desee meditar esta hermosa realidad de la presencia de Dios en nosotros, copio algunos textos de la tradición carmelitana sobre este asunto.

SANTA TERESA DE JESÚS

Textos seleccionados de *Camino de Perfección*, capítulo 28. Códice de Valladolid. Actualizamos levemente la ortografía de la santa, tratando de no perder el sabor de su prosa.

2. «Pues mirad que dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija».

5. «Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma —adonde está el que le hizo, y la tierra— y acostumbrar a no mirar ni estar adonde se [distraigan] estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo».

10. «Todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior (y plega a Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido) que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos tenemos tal huésped dentro de nosotras, nos diésemos tanto a las cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos».

11. «Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto —y tendrán razón—, porque para mí fue oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma, mas lo que merecía esta alma y quién estaba dentro de ella (si yo no me tapara los ojos con las vanidades de la vida para verlo) no lo entendía. Que, a mi parecer, si como ahora entiendo que en este palacio pequeño de mi alma cabe tan gran Rey, que no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con Él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchiera mil mundos y tantos más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! Ansí quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre.

A la verdad, como es Señor, consigo trai la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone

en ella. Por eso digo que trai consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio».

12. «Todo el punto está en que se le demos por suyo con toda determinación y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Y tiene razón Su Majestad; no se lo neguemos».

SAN JUAN DE L CRUZ (*CÁNTICO ESPIRITUAL B 1, 6-8*)

6. «Es de notar que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma; por tanto al alma que le ha de hallar conviene salir de todas las cosas según la afección y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen.

»[...] Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo: *¿Adónde te escondiste?*».

7. «¡Oh, pues, alma, hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con él!, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedes estar sin él. Catá, dice el Esposo, *que el reino de Dios está dentro de vosotros* (*Lc 17, 21*). Y su siervo el apóstol san Pablo: *vosotros, dice, sois templo de Dios* (*2 Cor 6, 16*)».

8. «Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal ¡cuánto menos de la que está en gracia! ¿Qué más quieres, ¡oh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien deseas y busca tu alma? ¡Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca; ahí le deseas, ahí le adoras y no le vayas a buscar fuera de ti...»

[\[135\]](#) *Jn* 4, 7, 14.

[\[136\]](#) *Jn* 4, 14.

[\[137\]](#) *Libro de la Vida*, Cap. 9, 1.

14. ETTY HILLESUM, TESTIGO DE ESPERANZA

En 1981 se publicaron en su lengua original (el neerlandés) amplios extractos del diario que llevó, entre marzo de 1942 y junio de 1943, una joven judía de Amsterdam, que sería deportada a Auschwitz y desaparecería. Aunque relataba hechos de cerca de cuarenta años antes, esta publicación tuvo una gran resonancia. Le siguieron numerosas traducciones en diferentes lenguas. Así se conoció el nombre y el itinerario espiritual de Etty (Esther) Hillesum. Desde esta fecha, su fama y su influencia no han dejado de crecer, tan estremecedor es el camino interior del que da testimonio este diario (y las cartas) de Etty, y significativo para los hombres y mujeres de hoy. Su obra, de gran calidad literaria, es cada vez más reconocida como un testimonio importante del siglo XX, llamado a ejercer una gran influencia en los tiempos que vivimos. Muy cercana a nosotros por su sensibilidad, sus aspiraciones, su libertad, sus andanzas también, Etty vivió un recorrido espiritual que, en menos de tres años, la condujo a una madurez y una libertad interior sorprendentes, y a un notable adelanto en el amor de Dios y el don de sí.

UNA VIDA DISIPADA

En el momento en que empieza su diario, Etty es una mujer de veintisiete años. Vive en Amsterdam, pero ha pasado su infancia en Deventer donde residen aún sus padres. Su padre, Luis Hillesum, dirige allí un colegio. Es un erudito, cuyo humor amable y resignado esconde su dificultad para afrontar la vida real. Su esposa Riva (Rebecca) Berstein, es una judía inmigrada de Rusia en 1907, de temperamento imprevisible y dominador. La vida familiar no parece haber sido muy armoniosa. Las relaciones de Etty con sus padres son difíciles. Ella es la mayor de los tres hijos. Su primer hermano Jaap tiene

dos años menos que ella. Se orientará hacia la medicina, pero presenta un psiquismo frágil y pasará, internado, por varios institutos psiquiátricos. El segundo, Mischa, ocho años más joven que Etty, será un pianista superdotado, pero también psicológicamente frágil. Se trata de una familia judía asimilada, donde se mantiene una cierta referencia al judaísmo, pero no se come *kosher* y no se observa el sábado. Etty no conoce gran cosa de la tradición de Israel.

Como hemos dicho, al comenzar su diario, Etty reside en Amsterdam adonde ha ido para estudiar Derecho y letras. Es una joven viva e inteligente, cálida y espontánea, llena de buen humor, sedienta de absoluto, pero que ha heredado el carácter excesivo de su madre. Su vida está lejos de estar en orden. Sufre algunos trastornos físicos (pero ella tiene la intuición de que su origen no es solo corporal); su temperamento apasionado y su sed de absoluto la llevan a lanzarse en muchas relaciones que la dejarán «desgraciada y desgarrada». Después de pasar por distintos alojamientos de estudiantes, se instala en 1937 en una casa cercana al Rijksmuseum. Su propietario, Han Wegerif, un viudo jubilado, la ha contratado para los trabajos domésticos de la casa, compuesta por él, una sirvienta y dos estudiantes; uno de ellos es su hijo más joven. Etty mantendrá bastante pronto una relación con Han, que durará cinco años. Ella cuida de la casa, estudia ruso y da algunas clases particulares.

UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL

En febrero de 1941, Etty tiene un encuentro que será decisivo. El de Julius Spier, un judío berlinés emigrado a Holanda. Tiene cincuenta y cuatro años (Etty, veintisiete). Anteriormente fue director de banca, pero ahora se dedica a la psicología, bajo la influencia de Jung. Tiene un cierto carisma para ayudar a las personas en dificultades a encontrar equilibrio y paz. Les da algunos consejos y ejercicios para practicar, que suelen ser muy beneficiosos. Ella se encontrará con él asiduamente, entrará en el círculo de sus íntimos y se convertirá en su secretaria. En los primeros tiempos, la relación de Etty con Julius Speir no careció de ambigüedades. Etty tenía aún una fuerte tendencia a desear de modo erótico lo que admiraba; Speir por su parte,

hombre profundamente bueno e inteligente (convertido lentamente a la fe), tenía dificultades para dominar su sensualidad. Pero, poco a poco, su relación evolucionó hacia una buena amistad, libre y respetuosa. A partir de este encuentro, Etty comenzó a transformarse profundamente. Muy sedienta de verdad, quiso emprender con valentía «trabajar duro sobre ella misma» y poner orden en su vida. Comenzó el 8 de marzo a redactar su diario, que resultó un medio muy valioso para avanzar en lo humano y lo espiritual. Este diario concretó su exigencia de lucidez, su determinación de intentar ver claro en su «caos interior»; le permitirá también precisar y profundizar las intuiciones que van a orientar y unificar poco a poco su vida. El diario será, en fin, un medio privilegiado para expresar e intensificar el diálogo que comienza a sostener con Dios.

Sin vincularse a ninguna confesión particular, y muy pudoroso sobre su vida interior, Spier ha recorrido un itinerario espiritual notable. Agnóstico, su contacto con Jung le había llevado a interesarse por lo religioso, había redescubierto la Biblia, los Evangelios, autores cristianos; entró así en relación con Dios e inició una cierta vida de oración. Al tratarle, Etty descubrirá también la Palabra de Dios, se pondrá a leer la Biblia, los Salmos, los Evangelios (sobre todo el de san Mateo), las cartas de san Pablo. Leerá también a san Agustín, Tomás de Kempis (autor de la *Imitación de Cristo*). Es de notar también la influencia de Tolstoi, de Dostoievski y muy particularmente la de Rainer Maria Rilke, que Etty cita con mucha frecuencia. Ella, que estaba tan lejos de todo Credo, se atreverá poco a poco a pronunciar el nombre de Dios. La «chica que no sabía arrodillarse» se encontrará cada vez más regularmente en esta humilde postura, tanto en el cuarto de baño como en el desorden de su habitación.

«Ayer tarde, justo antes de acostarme, me encontré de pronto arrodillada en medio de esta gran sala, entre las sillas metálicas, sobre la estera de sisal. Así como así, sin habérmelo propuesto. Inclinada hacia el suelo por una voluntad más fuerte que la mía...»

Recogida, la cabeza entre las manos, encontrará a menudo fuerza y paz en la oración, e irá entrando en un diálogo libre y espontáneo, pero muy íntimo y profundo, con Dios. Un Dios que sigue siendo misterioso, pero del que ella

percibe la presencia en lo más profundo de ella misma:

«Tengo en mí un pozo muy profundo. Y en ese pozo, está Dios. A veces, consigo alcanzarlo. Pero con mucha frecuencia, las piedras y escombros obstruyen el pozo y Dios queda sepultado. Entonces hay que volverlo a la luz».

Identifica a Dios con lo que hay de más profundo en ella, en una exigencia de escucha interior permanente:

«También yo, antes, era de los que se dicen de vez en cuando: “en el fondo, soy creyente”. Y ahora, siento la necesidad de arrodillarme de pronto a los pies de mi cama, incluso en el frío de una noche de invierno. Estar a la escucha de sí misma. Dejarme guiar, no ya por las incitaciones del mundo exterior, sino por una urgencia interior. Y eso no es más que un comienzo. Lo sé. Pero los primeros balbuceos ya pasaron, se han echado los cimientos».

LA VIDA ES BELLA Y LLENA DE SENTIDO

Al mismo tiempo que llega a este «valor de pronunciar el nombre de Dios» y a esta exigencia de escucha de su interioridad personal, Etty siente cada vez más nacer en ella un amor incondicional a la vida, que descubre bella y llena de sentido. Mientras que, paradójicamente, la vida exterior de los judíos de Holanda se va haciendo cada vez más difícil: la estrella amarilla en la ropa, confinamiento en el guetto, limitación de las libertades, prohibición de pasearse en los jardines públicos, restricciones alimentarias, vejaciones y humillaciones que sobrevienen de continuo. Este es el aspecto más sorprendente del itinerario espiritual de Etty: cuanto más se oscurece y se hace pesado el mundo a su alrededor, y más se entorpece su libertad exterior, más encontrará en sí misma un espacio de paz, de libertad, un amor inmenso por la vida, por Dios, por toda criatura. Un texto, entre otros muchos, lo atestigua:

«Esta mañana, recorriendo en bicicleta el Stadionkade, me recreaba en el amplio horizonte que se divisa en las afueras de la ciudad y respiraba el aire fresco que todavía no nos han racionado. Por doquier, las pancartas prohibían a los judíos los caminitos que se adentran en la naturaleza. Pero por encima de este trozo de

carretera que nos queda abierto, el cielo se despliega todo entero. No se nos puede hacer nada, nada verdaderamente. Se nos puede volver la vida bastante dura, despojarnos de algunos bienes materiales, quitarnos una cierta libertad de movimiento exterior, pero somos nosotros quienes nos despojamos de nuestras mejores fuerzas con una actitud psicológica desastrosa. Sintiéndonos perseguidos, humillados, oprimidos. Teniendo odio. Fingiendo para esconder nuestro miedo. Se tiene el derecho de estar triste y abatido, de vez en cuando, por lo que se nos hace sufrir: eso es humano y comprensible. Y sin embargo, el verdadero expolio, es el que nos infligimos a nosotros mismos. Encuentro bella la vida y me siento libre. En mí, se despliegan los cielos tan vastos como el firmamento. Creo en Dios y creo en el hombre, me atrevo a decirlo sin falsa vergüenza... Soy una mujer feliz y canto las alabanzas de esta vida, sí, habéis leído bien, en el año de gracia de 1942, el enésimo año de la guerra».

«TENEMOS EL DERECHO DE SUFRIR, NO EL DE SUCUMBIR ANTE EL SUFRIMIENTO» (ETTY ILLESUM)

Este amor a la vida que se despliega en Etty no es romanticismo ingenuo o una huida de la realidad. Bien por el contrario, es acoger la realidad tal como es, aceptar todo lo que la vida ofrece, sin excepción: tanto las alegrías como las penas, la felicidad como el sufrimiento, la dulzura de un rato de amistad como la perspectiva de una separación. Al ver la manera en que muchas personas reaccionan por miedo ante las dificultades del tiempo presente, su angustia, buscando a toda costa salvar la piel (aunque sea a veces a costa de la de otro), Etty comprueba de manera aguda que el verdadero problema de la vida humana no es tanto el sufrimiento en sí mismo, sino el miedo que el sufrimiento inspira, la incapacidad de aceptarlo y asumirlo. La inquietud que inspira el sufrimiento hace más daño que el sufrimiento mismo.

«Los peores sufrimientos del hombre son los que él teme». Ella se esfuerza pues (con sus altibajos) en aceptar como bueno todo lo que la vida concreta le trae, un instante tras otro.

«De tus manos, Dios mío, lo acepto todo, tal como venga. Es siempre bueno, lo sé. He aprendido que, soportando todas las pruebas, se las puede convertir en bien... Siempre, desde que me dispongo a afrontarlas, las pruebas se cambian en algo hermoso».

VIVIR COMO LOS LIRIOS DEL CAMPO

En su lectura del Evangelio y en sus conversaciones con Julius Spier, Etty quedó muy impresionada por la enseñanza de Jesús sobre el abandono en la Providencia. El deseo de vivir «*como los lirios del campo*» se convierte en un *leitmotiv* de su vida interior. Las preocupaciones cotidianas se vuelven a veces muy pesadas en esta época tormentosa. Es entonces más necesario practicar el Evangelio.

«Esta tarde, durante el largo trayecto entre la oficina y la casa, como querían asaltarme de nuevo las preocupaciones y no parecían tener fin, me he dicho de repente: Tú, que pretendes creer en Dios, sé un poco lógica, abandónate a su voluntad y ten confianza. Tú no tienes derecho a inquietarte por el mañana».

Ella comprende de manera muy clara cuánto hay que evitar la inquietud por el porvenir, que nos roe y nos impide estar disponibles para la gracia y la belleza contenida en cada instante de la vida, cuánto importa «guardarse de hacer pesar en el día presente, que tanto pesa, las angustias que inspira el porvenir». Pues «cuando se proyecta anticipadamente la inquietud por todas las cosas que pueden venir, se las impide desarrollarse orgánicamente. Tengo en mí una inmensa confianza. No la certeza de ver la vida exterior volverse buena para mí, sino la de continuar aceptando la vida y encontrarla buena, incluso en los peores momentos».

Escribe en septiembre de 1942:

«Una vez más, anoto para mi propio uso Mateo 6, 34: “*No os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad*”. Hay que eliminar cada día, como a las pulgas, las mil pequeñas preocupaciones que nos inspiran los días que vendrán y que roen nuestras mejores fuerzas creadoras. Se toman mentalmente toda una serie de medidas para los días siguientes y nada, pero nada en absoluto, sucede como estaba previsto. A cada día le basta su contrariedad. Hay que hacer lo que se tiene que hacer, y por lo demás, guardarse de dejarse contaminar por las mil pequeñas angustias que son otras tantas mociones de desconfianza respecto a Dios. Todo acabará por arreglarse... Nuestra única obligación moral es desbrozar en nosotros mismos amplios claros de paz y extenderlos cada vez más, hasta que esta paz irradie hacia los demás. Y cuanta más paz haya en los seres, más habrá también en este mundo en ebullición».

EMPLEADA DEL CONSEJO JUDÍO

En enero de 1942, durante la conferencia de los responsables del Reich en Wannsee, se decretó la «solución final», es decir, la exterminación de los judíos de Europa. Las redadas se multiplican; por todas partes, los convoyes ferroviarios llevan sus contingentes de víctimas hacia los campos de exterminio. El proceso se pone en marcha en Holanda a partir de principios de julio de 1942.

Por la presión de sus amigos, Etty acepta un puesto de empleada en el «Consejo judío» (una instancia que se dice encargada de gestionar los intereses de la comunidad judía, pero sin poder real frente a los nazis), lo que le asegura, al menos en los primeros momentos, una relativa seguridad. Esta situación privilegiada le repugna, ella no la acepta sino porque piensa poder utilizarla para llevar consuelo y aliento a sus correligionarios atristados. Trabajo de oficina fastidioso, en un clima de angustia y de pánico. Pero Etty experimenta allí que ella sigue siendo capaz de preservar su libertad, su paz, su relación con Dios, su amor a la vida.

«Las amenazas exteriores se agravan sin cesar y el terror crece de día en día. Elevo la oración a mi alrededor como un muro protector pleno de sombra propicia, me retiro en la oración como en la celda de un convento y salgo de allí más concentrada, más fuerte, más recogida».

Se extasia ante un jazmín que florece ante su ventana, ante una maceta de rosas que reencuentra tras una agotadora jornada de trabajo.

«Mis rosas rojas y amarillas se han abierto todas. Mientras yo estaba allí, en el infierno, ellas han continuado floreciendo dulcemente. Muchos me dicen: ¿cómo puedes tú pensar aún en flores?... Están todas ahí. No son menos reales que toda la miseria de la que soy testigo en una jornada. Hay sitio en mi vida para muchas cosas».

Hasta el final, Etty seguirá siendo capaz de acoger la belleza de la naturaleza como una palabra de esperanza y aliento.

Sigue siendo capaz también de saborear la amistad, de dar gracias por un encuentro, un rato pasado con un ser amado. Pero, al mismo tiempo, su amor,

tan devorador antes, y que sigue siendo tan intenso, se hace más libre y desprendido, más universal también, más capaz de extenderse a todo ser humano sin excepción, bueno o malo, digno o indigno de este amor. Comprende también que la preocupación por sus más próximos, aunque legítima, no debe nunca convertirse en un impedimento para abrir su corazón a todo prójimo, sea quien sea.

«En cuanto a mí, sé que hay que desprenderse incluso de la inquietud que se siente por los seres queridos. Quiero decir esto: toda la fuerza, todo el amor, toda la confianza en Dios que se posee (y que crece tan sorprendente en mí en los últimos tiempos), se debe tener en reserva para todos los que se encuentra en el camino y que la necesitan».

Siente también que debe desprenderse de todo poco a poco, que nada deberá impedir que siga libremente el destino que será el suyo, decir quizá adiós a los vínculos familiares para compartir la suerte de su pueblo.

«Cuando se comienza a renunciar a las propias exigencias y deseos, se puede también renunciar a todo. Lo he aprendido en unos pocos días... Cada día, digo adiós. El verdadero adiós no será ya entonces más que una pequeña confirmación exterior de lo que se haya cumplido en mí de día en día».

Ella acepta la perspectiva de la muerte:

«La eventualidad de la muerte está integrada en mi vida; mirar a la muerte a la cara y aceptarla como parte integrante de la vida, eso es alargar la vida. A la inversa, sacrificar desde ahora a la muerte un trozo de esta vida, por miedo a la muerte y rechazo de aceptarla, es el mejor modo de no conservar más que una pizca de vida mutilada, que no merece apenas el nombre de vida. Eso parece una paradoja: al excluir la muerte de la vida, nos privamos de una vida completa, y acogiéndola, se ensancha y se enriquece la vida».

EL CAMPO DE WESTERBORK

Los judíos holandeses detenidos por los nazis iban todos a parar al campo de tránsito de Westerbork, situado en la landa inculta del Drenthe, al nordeste de los Países Bajos. Este campo verá pasar, desde julio de 1942 a septiembre de

1944, alrededor de cien mil judíos neerlandeses (entre ellos a la carmelita Edith Stein). De allí partía cada martes un convoy de al menos mil personas hacia un destino desconocido del este... Casi siempre se trataba de Auschwitz. Ana Frank y su familia formaron parte del último convoy.

El Consejo judío tenía en el campo de Westerbork una dependencia, un cierto «servicio social». Etty pidió ser destacada allí, pensando que sería más útil que en Amsterdam. Llegó a primeros de agosto de 1942. Teniendo aún la libertad de salir del campo, volvió tres veces a Amsterdam, para estancias de distinta duración, hasta que la garra nazi se aferró a todos los judíos sin excepción, y la encerraron definitivamente en julio de 1943.

En Westerbork las condiciones materiales (sin contar con el elevado número de detenidos) no eran demasiado dramáticas. Es sobre todo el clima de incertidumbre sobre el porvenir, la angustiosa cuestión dilatada cada semana de saber quién formará parte del próximo convoy, la agitación por escapar de la próxima lista, lo que crea una atmósfera de tensión, de inseguridad deletérea. Muchas personas que fueron antes importantes en la sociedad, artistas conocidos, grandes juristas o personajes ricos y célebres, se encuentran en un completo desasosiego:

«Se percibe hoy que en la vida no basta ser un político hábil o un artista de talento. Cuando se toca fondo en la desgracia, la vida exige muchas otras cualidades. Sí, es verdad, somos juzgados según el criterio de nuestros últimos valores humanos».

En el curso de su segundo regreso a Amsterdam, en septiembre de 1942, asiste a la agonía de Julius Spier, que cayó gravemente enfermo. Acoge este duelo inmenso para ella con una calma desconcertante. Está preparada para caminar ya sola y da gracias por el don que ha sido este amigo.

«Eres tú quien ha liberado en mí las fuerzas que tengo. Tú me has enseñado a pronunciar sin vergüenza el nombre de Dios. Tú has servido de mediador entre Dios y yo, pero ahora tú, el mediador, te has retirado, y mi camino lleva directamente a Dios; está bien así, lo siento. Serviré yo misma de mediadora para todos los que pueda encontrar».

EL RECHAZO DEL ODIO

Frente a la terrorífica y cruel injusticia de los nazis contra los judíos, Etty estará a veces tentada de reaccionar como muchos de sus contemporáneos: con desesperación, rebeldía, odio. En lo que se refiere a la desesperación, hemos visto cómo está inmunizada por su confianza en Dios. Muy lúcida, detecta también lo que hay con frecuencia de falso en algunas actitudes de rebeldía que surgen en algunos de sus próximos:

«Mucha gente que se indigna hoy por las injusticias cometidas, solo lo hacen, a decir verdad, porque ellos son las víctimas».

En cuanto al odio, Etty ha estado tentada, por supuesto, de detestar a los alemanes. Pero ha comprendido muy pronto que el odio es un veneno terrible para el corazón del que lo tiene. La víctima inocente de una injusticia, si alimenta el odio a su verdugo, entra a su vez en la espiral del mal y se convierte en su cómplice. En una emotiva y larga carta en que describe la situación en el campo de tránsito de Westerbork, dándose cuenta al final de que ha hecho una descripción que muestra bien la atroz realidad, pero que está exenta de amargura y de odio, dice:

«Se trata de un relato muy subjetivo. Concibo que se pueda hacer otro, más lleno de odio, amargura o rebeldía. Pero la rebeldía que espera para presentarse el momento en que te alcanza la desgracia personalmente no tiene nada de auténtica y nunca dará fruto... Y la ausencia de odio no implica necesariamente la ausencia de una elemental indignación moral.

Sé que los que odian tienen para ello buenas razones. Pero ¿por qué tendríamos que elegir siempre la vía más fácil, la más obvia? En el campo, he sentido con todo mi ser que el menor átomo de odio, añadido a este mundo, lo hace más inhóspito aún. Y pienso, con una ingenuidad pueril quizás pero tenaz, que si esta tierra se vuelve algún día un poco más habitable, lo será por el amor del que el judío Pablo habló antiguamente a los habitantes de Corinto en el capítulo trece de su primera carta».

Vemos aquí la madurez a la que llegó Etty. Su confrontación con el mal, lejos de despertar la amargura y el odio, la vivió como una invitación a reaccionar con un aumento de amor y a reconocer que las raíces del mal están

en cada uno de nosotros. Es ahí donde en primer lugar hay que combatirlo.

«La suciedad de los demás está también en nosotros. Y no veo otra solución, verdaderamente ninguna otra solución, que entrar en uno mismo y extirpar del alma toda esa podredumbre. No creo ya que pudiésemos corregir en el mundo exterior aquello que no hubiésemos corregido en nosotros. La única lección de esta guerra es habernos enseñado a buscar en nosotros mismos y no en otra parte».

Y más adelante:

«No veo otra salida: que cada uno vuelva sobre sí mismo y extirpe y aniquile en sí mismo todo lo que cree que tiene que aniquilar en los demás».

Se esfuerza incluso en reconocer detrás del verdugo a un ser humano, con su propia vida interior, su propia desgracia, y aplicar el precepto evangélico del amor a los enemigos, así como las palabras de san Pablo a los romanos: «*Venced el mal con el bien*»:

«A cada nueva exigencia, a cada nueva残酷, debemos oponer un pequeño suplemento de amor y de bondad que conquistar para nosotros mismos».

«Este mundo es despiadado. Pero nosotros debemos de ser tanto más misericordiosos, en el fondo de nosotros mismos».

Actitud exigente, irrealista y vana, dirán algunos. ¿Pero qué otra cosa cabe para detener la espiral del mal? El resentimiento y el odio no hacen más que alimentar y propagar el mal; solo el amor incondicional de todo hombre puede ponerle freno.

«QUERRÍA SER UN BÁLSAMO DERRAMADO SOBRE TANTAS LLAGAS»

En Westerbork, Etty se siente requerida para una misión: ser el «corazón pensante del barracón». Amor lúcido y reflexivo que extiende su compasión a todos los que ella trata. En el seno de esta desgracia sin nombre, ser una presencia de paz y consuelo. Por las ayudas materiales que pueda

proporcionar, por los correos de los que es intermediaria, por las palabras de aliento: «¡Eso no es tan grave!», por su sola presencia cuando las palabras son impotentes. Se gasta sin tasa junto a las madres, los niños solos, las personas de edad, todos aquellos a los que ella puede procurar un poco de consuelo. Su actitud en el campo es la señal indudable de la autenticidad de su experiencia espiritual. Las convicciones formuladas en Amsterdam, la paz y la libertad interiores que descubrió allí, no se desvanecen. Al contrario: se refuerzan.

«Desde el momento en que se tiene vida interior, poco importa de qué lado de las barreras del campo nos encontramos».

«Los campos del alma y del espíritu son tan amplios, tan infinitos, que este montoncito de incomodidades y sufrimientos físicos no tiene apenas importancia; no tengo la impresión de haber sido privada de mi libertad; en el fondo, nadie puede verdaderamente hacerme mal».

También se hace más profunda su vida de oración.

«Mi vida se ha convertido en un diálogo ininterrumpido contigo, Dios mío, en un largo diálogo. Cuando me sitúo en un rincón del campo, con los pies plantados en tu tierra, los ojos levantados hacia tu cielo, tengo a veces el rostro inundado de lágrimas —única válvula de escape de mi emoción interior y de mi gratitud...— y esto es mi oración».

AYUDAR A DIOS

Se encuentra esta expresión desacostumbrada, «*ayudar a Dios*», varias veces en la pluma de Etty, en particular en los momentos en que es cruelmente interpelada por todo el sufrimiento que desfila ante ella.

«Voy a ayudarte, mi Dios, para que no te apagues en mí, pero no puedo garantizarte nada por anticipado. Una cosa, sin embargo, me parece cada vez más clara: no eres tú quien puedes ayudarnos, sino nosotros quienes podemos ayudarte, y haciéndolo, nos ayudamos a nosotros mismos. Esto es todo lo que nos es posible salvar en esta época, y es también la única cosa que cuenta: un poco de ti en nosotros, Dios mío. Quizá podremos también sacarte a la luz en los corazones martirizados de los demás... Me parece cada vez más claro, en cada

latido de mi corazón, que tú no puedes ayudarnos, sino que nosotros tenemos que ayudarte y defender hasta el extremo la casa que te alberga en nosotros».

¿Qué hay detrás de esta oración de estilo poco convencional? Etty no duda del socorro de Dios (ella tiene suficiente experiencia de la paz y la fortaleza que se le han dado). Pero, en este tiempo particular en que parece que Dios se ha retirado, en que se queda silencioso y como impotente ante el desencadenarse del mal, ella estima que no es la hora de pedirle cuentas, ni de una intervención exterior. Se siente devuelta a su propia responsabilidad de mantener vivas en ella misma (y de despertarlas en lo posible en el corazón de los demás) las certezas que la hacen vivir, de «salvar», si se puede decir así, en ella y en los demás, una morada para Dios, un espacio de paz, de benevolencia, de humanidad. Lo que hay que preguntarse no es tanto: ¿qué va a hacer Dios con nosotros?, sino más bien: ¿qué vamos a hacer nosotros con él? ¿Dejaremos que se apague la llama de la bondad y de la esperanza bajo las olas del mal, o trataremos de mantenerla viva cueste lo que cueste?

EL ÚLTIMO VIAJE

La política nazi continúa endureciéndose. Etty resiste ante el consejo de algunos amigos que le proponen escaparse, ocultarse. ¿Pero en nombre de qué puede dejar de compartir el destino de todos? Ella quiere asumir la misma suerte que su pueblo. ¿Acaso no había escrito, cuando estaba aún en libertad, las siguientes palabras?:

«Este pequeño fragmento del destino de masa que estoy en condiciones de cargar, lo llevo en mis espaldas como un fardo, con nudos cada vez más fuertes y apretados; me hago un cuerpo con él y lo llevo por la calle».

Otra razón para elegir esto: sus padres (a los que había aprendido a amar de nuevo después de su evolución interior), así como su hermano Mischa, estaban también internados en Westerbork desde la gran redada de junio de 1943.

En julio de 1943, los miembros del Consejo judío que quedaban en Westerbork fueron desposeídos de su estatuto particular. Etty pierde la

posibilidad de dejar el campo y se convierte en «residente» (sin embargo, en principio, no deportable).

Mischa, por sus talentos reconocidos como músico, tenía una oportunidad de escapar a la deportación, pero no quiso beneficiarse sin su familia. Fracasaron las gestiones en este sentido y suscitaron la cólera de los nazis. Se decidió que toda la familia Hillesum fuera deportada. El comandante del campo incluyó a Etty en esta medida.

Así pues, los cuatro miembros de la familia internados en Westerbork fueron embarcados en el convoy del 7 de septiembre, en dirección a Auschwitz. Luis y Rebecca Hillesum murieron probablemente durante el transporte o fueron gaseados al llegar. A Etty la matarán el 30 de noviembre de 1943 (según la Cruz Roja) y a Mischa en marzo de 1944. Solo Jaap se encontraba aún en Amsterdam. Será deportado en 1945 a Bergen Belsen y morirá de tifus en abril. Toda la familia fue, pues, aniquilada.

Los Hillesum subieron al tren muy tranquilos y animosos. Cantaban. Mischa y sus padres se encontraban en el primer vagón, Etty en el número 12. Etty llevaba con ella su pequeña mochila, con algunos efectos personales. Había metido allí su diario, una gramática rusa, obras de Tolstoi y la Biblia. Tuvo tiempo de garabatear dos cartas, que lanzó a la vía por una abertura del vagón, para decir adiós a unas amigas. Unos campesinos las recogieron y las echaron al correo. Se conserva una de ellas. Comienza con estas palabras:

«Cristina, abro la Biblia al azar y encuentro esto: *El Señor es mi cámara alta...*».

No se sabe nada de las semanas pasadas en Auschwitz. Pero no hay duda de que Etty ha tenido la gracia de ser fiel a la línea de fondo de su vida:

«Estoy dispuesta a aceptarlo todo, en cualquier lugar de la tierra donde le plazca a Dios enviarle; estoy dispuesta también a atestiguar, a través de todas las situaciones, y hasta la muerte, la belleza y el sentido de esta vida».

«Hay que elegir: pensar en sí mismo sin preocuparse de los demás, o tomar distancia respecto a los deseos personales y entregarse. Y para mí, este don de sí no es una resignación, un abandono a la muerte. Se trata de mantener la esperanza, allí donde puedo y donde Dios me ha puesto».

* * *

He sacado las citas de los siguientes libros:

—Etty Hillesum, *Une vie bouleversée (Journal et Lettres de Westerbork)*, Éditions du Seuil, coll. Points.

—Paul Lebeau, *Etty Hillesum, un itinéraire spirituel, Amsterdam 1941-Auschwitz 1943*, Éditions Albin Michell, coll. Spiritualités vivantes.

—Sylvie Germain, *Etty Hillesum*, Éditions Pygmalion-Gérard Watelet, coll. Chemins d'éternité.